

Maggie Price

Asuntos
Ocultos

eLit

Asuntos Ocultos

Maggie Price

2º La ley de la pasión

Sinopsis

Había dos normas fundamentales para cualquier policía: no investigar a un compañero y no enamorarse jamás de un compañero.

La sargento Carrie McCall iba a romper la primera norma del cuerpo, pues tenía la misión de investigar al sargento Lincoln Reilly. A pesar de su brillante historial, había pruebas circunstanciales que sugerían que Reilly mataba a delincuentes ya absueltos con la frialdad del peor asesino.

Además, Carrie debía tener mucho cuidado con la segunda norma, porque tenía que hacerse pasar por su amante. Reilly era un seductor infalible, y con ella parecía estar dispuesto a todo. Así que Carrie tendría que poner en práctica todo lo que había aprendido para ser una buena policía... o poner en peligro algo más que aquella misión...

Capítulo 1

—**B**uenos días, ¿le importaría decirme dónde puedo encontrar al teniente Quintana?

La sensual voz hizo que Lincoln Reilly apartara su atención de la cafetera que tenían en la Unidad de Ejecución Selectiva. Se volvió con un azucarillo a medio abrir entre los dedos y sintió que la mente se le ponía en estado de alerta al ver a una mujer menuda con una abundante melena cobriza y ojos azules que adornaban un rostro creado para hacer que los hombres le prestaran atención.

Aunque Lincoln había estado algo desconectado de la moda femenina en los dos últimos años, algo le decía que el jersey y los pantalones que le ceñían las curvas eran el último grito en estilo. Sin embargo, la placa de sargento del Departamento de Policía de Oklahoma City y la pistola de nueve milímetros que la mujer llevaba en el cinturón lo hicieron centrarse de nuevo. No parecía una agente de policía corriente.

—El despacho de Quintana está allí —dijo Linc—. Es el que tiene un panel de cristal que da a la sala común de la unidad.

—Gracias. ¿Qué tal es trabajar para la UES?

—Es un trabajo como otro cualquiera —replicó Linc, mientras vaciaba el contenido de dos azucarillos en su taza de café.

Había tenido un fin de semana infernal con personas que le evocaban recuerdos que le desgarraban el alma. Con un estado de ánimo tan bajo, no le apetecía charlar con nadie. Además, la UES trabajaba muy autónomamente en operaciones secretas que desconocían la mayoría de los policías.

—Se lo preguntaré a Quintana —murmuró la pelirroja, al ver que

Lincoln no parecía muy dispuesto a contestar—. ¿Sabe una cosa? Ése podría ser su problema —añadió, indicando con la cabeza la taza de café de Linc.

—¿Qué problema?

—El mal carácter. Todo ese azúcar refinado que se ha echado en el café tiene una montaña de aditivos. Debería probar la stevia.

—¿Y qué diablos es la stevia?

—Un edulcorante natural realizado a partir de extractos de plantas. Yo tomo el café solo, por si piensa preguntar.

—Saber eso me ha mejorado el día.

Las sensaciones poco bienvenidas que estaba experimentando en su cuerpo lo hicieron sentirse lo suficientemente perverso como para darle un sorbo a su café en vez de ofrecerle a ella una taza. Aparentemente, la sargento no se ofendió.

—Me llamo Carrie McCall —dijo, extendiendo la mano—. Me han trasladado del Cuerpo de Policía a la UES.

Linc observó la mano mientras olisqueaba el perfume que emanaba de ella y que era tan cálido y cremoso como el café que se estaba tomando. ¡Maldita sea, tenía que alejarse de aquella mujer! No quería que le recordara cómo el aspecto, la voz y el aroma de una mujer tenían el poder de atraerlo.

—Linc Reilly —replicó—. Ahora, si me perdona, creo que voy a por un poco de stevia.

Con eso, se dio la vuelta y atravesó la sala de la unidad. Cuando llegó a su escritorio, ella ya estaba a medio camino del despacho de Quintana, avanzando con un lento y cadencioso movimiento de caderas.

Linc se sentó y notó que toda la sala había quedado en silencio. Miró a su alrededor y no lo sorprendió ver que los ojos de todos los hombres estaban pendientes de Carrie McCall.

—¿Quién es ese bombón? —le preguntó Tom Nelson, desde otro escritorio. Tenía los ojos pegados a la puerta del despacho de

Quintana, por la que McCall acababa de desaparecer.

—Se llama sargento McCall —respondió Linc—. Ha venido transferida del departamento de policía.

—¡Aleluya!—exclamó Nelson—. Ya iba siendo hora de que esta unidad tuviera algo digno de ver.

—Ya tenemos dos mujeres en esta unidad. Si Annie o Evelyn te oyen, te harán picadillo para Carrie de perros —comentó.

Miró perplejo el escritorio de Annie Becker. Su compañera siempre llegaba a trabajar antes que él, pero aquella mañana aún no la había visto.

—Nuestras chicas son muy atractivas —admitió Nelson—, pero no tienen nada que ver con las hermanas McCall.

—¿Hermanas?

—¿Conoces a Grace Fox, la viuda de Ryan Fox?

—Sí.

—Ella es la mayor. Me han dicho que la pequeña ha salido de la academia hace unos meses, pero aún no me he encontrado con ella por ninguna parte. Si es tan guapa como las otras dos... ¡Mamma mía!

—Si sigues hablando así, te vas a encontrar con un pleito por acoso sexual.

—Nada de eso. Lo único que he hecho es hacerles un cumplido a las hermanas McCall.

—Algunas mujeres no lo considerarían así —replicó Linc mientras abría un cajón y sacaba una carpeta.

—Reilly tiene razón, Nelson —dijo una voz a espaldas de Linc, con un tono muy despectivo—. Ya sabemos todos que él es un experto en cuidar de lo que más le conviene a una mujer.

Linc apretó la mandíbula y se dio la vuelta. Después del terrible fin de semana que había tenido, encontrarse con Don Gaines no iba a ayudarlo a mejorar su estado de ánimo.

—No te andes por las ramas, Don —le espetó—. Si tienes algo

que añadir, dímelo a la cara.

—He dejado muy claro lo que pienso —replicó Gaines, tras tomar un sorbo de café.

—Como el agua —afirmó Linc. No añadió que estaba de acuerdo con el hombre al que una vez había considerado un hermano. Él, Lincoln Reilly, había puesto el trabajo por encima de su esposa y había conseguido que la asesinaran—. Dado que remover el fango no va a cambiar las cosas, te sugiero que cambies de tema o que te largues.

—Yo simplemente estaba diciendo tonterías sobre las mujeres —comentó Nelson, mirando con cautela a los dos hombres—. No quería que esto volviera a empezar otra vez.

—Esto no va a acabar nunca —le aseguró Gaines—. En cuanto a Carrie McCall, es mejor que tengas cuidado con lo que dices, Nelson. Tal vez no lo aparente, pero tiene fama de ser una buena agente de policía.

—Gracias por el consejo —musitó Nelson, mientras Gaines se dirigía a su escritorio—. Lo siento, Linc —añadió—. No sé qué decir.

—Pues no digas nada —replicó él. Entonces, volvió a hacer girar la silla—. No es culpa tuya, Tom.

—Tampoco tuya, compañero.

—Sí, claro...

Era como si su compañero le hubiera leído el pensamiento. Nadie tenía que recordarle lo que llevaba pendiendo de su conciencia como si fuera una piedra de cien kilos desde hacía dos años.

Casi era como si él mismo hubiera matado a Kim. Como no la había puesto en primer lugar, ella había sufrido una muerte horrible. Si hubiera sido mejor esposo para ella, aún estaría viva. Si hubiera sido mejor policía, habría averiguado algo sobre el canalla del pasamontañas que la secuestró, violó y asesinó. De hecho, lo único que sabía era lo que había visto en la cinta de una cámara de seguridad que había en el lugar del crimen.

Por fin tenía algo. Después de dos años buscando a un hombre blanco con un tatuaje en el antebrazo, alguien lo había visto. Aquella pista había sido suficiente para darle a Linc algo con lo que empezar. Lo encontraría y lo haría pagar.

Soltó el aliento. El dolor que había soportado desde la muerte de Kim le había enseñado que era una estupidez atormentarse por algo que ya no se podía cambiar. Mientras esperaba a su compañera, abrió la carpetilla y examinó las notas que Annie y él habían ido recopilando sobre una serie de asesinatos que llevaban produciéndose desde hacía un año y medio.

Al contrario del de Kim, aquellos homicidios no tenían connotaciones personales. El interés de Annie y el de Linc se había despertado, cuando se dieron cuenta de que seis delincuentes de los que se ocupaban detectives asignados a la UES, habían resultado asesinados. El propio Linc se había tenido que ocupar de cuatro de las víctimas. Todas eran delincuentes que se habían aprovechado de ciudadanos inocentes y que habían conseguido evitar el castigo por sus delitos. Todos habían muerto a tiros en las calles, aparentemente en incidentes de violencia callejera. Sin embargo, el instinto de policía de Linc le decía que había algo más de lo que parecía en aquellos asesinatos.

—¡Reilly!

Linc levantó la mirada y vio a Quintana asomándose por la puerta de su despacho.

—¿Sí, teniente?

—Necesito verte. Y tráete una taza de café de más —añadió—. Solo. Y asegúrate de que no tiene azúcar.

Linc entornó los ojos y miró a través del panel del cristal del despacho de Quintana. El reflejo rojizo que vio a través de la cortinilla le dijo que Carrie McCall estaba sentada. Metió el expediente en el cajón y lo cerró con llave. Al final, aquella mujer se las había arreglado para que le sirviera una taza de café.

Sin mirar hacia la puerta, Carrie McCall notó el momento en el que Linc Reilly entró en el despacho. Había sentido el mismo hormigueo cuando lo vio junto a la cafetera. Se había pasado una semana estudiando su expediente, aprendiéndolo todo sobre él. A pesar de todo, nada la había preparado para la corriente eléctrica que sintió cuando se encontró cara a cara con el hombre al que tenía que investigar.

Se dijo que la reacción era normal. Después de todo, tenía órdenes de acercarse a él. De arrestarlo por asesinato si había pruebas para ello. Él representaba la misión más importante que había tenido hasta entonces, una misión que en el mejor de los casos, podía ser arriesgada y en el peor, peligrosa.

Carrie mantuvo su atención sobre el teniente John Quintana, que estaba sentado al escritorio frente a ella. Si el teniente supiera la verdadera razón por la que la habían destinado a aquella unidad, no la estaría tratando con tanta cortesía. A pesar de que estaba muy tensa, consiguió mantener una expresión relajada en el rostro.

—Estoy deseando trabajar en su unidad, teniente —dijo, con una sonrisa—. Después de estar cinco años patrullando las calles, me encuentro muy preparada para realizar otro tipo de trabajo policial.

—Sin duda eso lo encontrarás aquí —respondió Quintana. Entonces, señaló la silla que ella tenía a su lado—. Reilly, siéntate. Linc Reilly, ésta es Carrie McCall.

Carrie giró la cabeza y observó al hombre que se acercaba a ella. Medía casi un metro noventa y era de constitución muy fuerte, aunque no era muy corpulento. Tenía el cabello negro, algo largo, un rostro de afilados pómulos y los ojos dorados de un tigre, que ninguna mujer pasaría por alto, incluida ella misma. El esbelto cuerpo iba cubierto con unos vaqueros muy usados y una camisa roja, que llevaba remangada y que dejaba al descubierto unos fuertes antebrazos. Aquel hombre era impresionante. Y peligroso, si era el policía que había ejecutado fríamente a seis personas.

—Su café —dijo Linc—. Solo y sin aditivos.

—Gracias —respondió ella. Como anteriormente él se había negado a estrecharle la mano, volvió a ofrecérsela tras dejar la taza de café sobre la mesa—. Es un placer conocerlo, sargento Reilly.

—Lo mismo digo, sargento McCall —replicó él.

No dejó de mirar a Carrie mientras empujaba la mano de ella con la suya.

Carrie notó una sensación como si le hubiera caído un rayo. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no apartar la mano rápidamente de la de él.

—Ese recado que mencionó no parece haberle llevado mucho tiempo —comentó, con una fría sonrisa.

—No lo suficiente—repuso él.

—¿Es que ya os conocéis? —preguntó Quintana.

—Nos conocimos en la cafetera —contestó Linc—. ¿Me necesitabas para algo más que para repartir el café, teniente?

—Siéntate —le ordenó Quintana, señalando la silla una vez más. Esperó hasta que Linc tomó asiento—. ¿Cómo está la situación de las medidas contra *El Escondite*?

Carrie notó que Linc dudaba. Sabía perfectamente por qué. La UES era una unidad que trabajaba en operaciones secretas con los servicios de inteligencia y delincuentes que se encontraban amenazados.

Su trabajo era muy importante, y si se filtraba alguna información, las consecuencias podían ser nefastas. Los que trabajaban para la unidad podían llegar a mantener el secreto sobre las operaciones en las que estaban trabajando hasta con sus mismo compañeros de cuerpo. Carrie iba a tener que ser muy cuidadosa a la hora de tratar de obtener la información que había ido a buscar.

—Annie y yo vamos a hacer nuestra primera visita a *El Escondite* mañana por la noche. Te haré un informe sobre el estado en el que se encuentra todo lo que se ha hecho hasta ahora —respondió Linc,

después de un instante.

—No. Quiero un informe oral. Ahora mismo —replicó Quintana. Linc miró a Carrie y luego a su jefe.

—Como planeamos, los de Inteligencia han estado vigilando el aparcamiento de *El Escondite*. Han tomado fotografías de los empleados y de los clientes y han realizado un listado con las matrículas de sus vehículos. Cuando me den el listado, comprobaré quién es su propietario y buscaré los nombres en las bases de datos de criminalística. Eso nos dará a Annie y a mí una idea de las personas con las que tendremos que vérnoslas en *El Escondite*. Así podremos redactar el modo en el que vamos a llevar a cabo la misión.

—¿Cuántas visitas crees que harán falta para conseguir suficientes infracciones para efectuar una redada en ese sitio? —preguntó Quintana.

—Cinco o seis, depende de lo que encontremos una vez que estemos dentro. Necesitamos un número suficiente de infracciones para poder clausurar ese local permanentemente. Annie y yo esperamos tener todo lo que necesitamos antes del día de Acción de Gracias, pero no puedo prometerte nada.

—Muy bien, Reilly. Sólo una cosa más...

—¿De qué se trata?

—Annie ya no va a trabajar contigo en esto. Lo hará McCall.

—Mira, teniente, según mi confidente, se realizan muchas actividades ilegales en ese local. Tenemos que andarnos con mucho cuidado porque cualquier desliz puede dar al traste con toda la operación, Annie conoce muy bien su trabajo y tiene experiencia en esta clase de operaciones.

—Estoy de acuerdo contigo, Reilly. Lo que ocurre es que a Annie le han encargado una misión con la nueva fuerza de Seguridad Nacional. El capitán Vincent me llamó a mi casa este fin de semana para decírmelo.

—¿Cuánto tiempo estará ausente? —preguntó Linc, atónito.

—El que sea necesario. Por eso, McCall será tu compañera a partir de ahora. Ponla al día rápidamente para que esté preparada para mañana por la noche.

—Tú eres el jefe —replicó Linc.

La expresión de su rostro permaneció impassible, pero el tono de su voz atravesó los oídos de Carrie como si fuera el duro acero.

—Muy bien —dijo Quintana. Entonces, miró a Carrie—. McCall, he hablado con el capitán Vincent. Ha estudiado tu expediente y dice que tiene confianza en tus habilidades, lo que significa que no da mucho crédito a las acusaciones de la esposa de ese policía.

Carrie se sonrojó. Había esperado que su teniente consiguiera mantener el asunto en secreto. Para Carrie, la acusación infundada de la esposa de uno de sus compañeros era causa de gran mortificación.

—Le aseguro, teniente, que las acusaciones de esa mujer son infundadas. Yo no hice nada inapropiado —replicó—. Me tomo mi trabajo muy en serio. Lo último que haría sería enzarzarme en sesiones amorosas en el asiento trasero del coche patrulla mientras estoy de servicio.

A pesar de que se había dicho que no iba a hacerlo, se volvió para mirar a Linc. Él le devolvió la mirada sin revelar absolutamente nada de lo que estaba pensando.

—McCall, lo que importa aquí es que el despacho del alcalde ha estado recibiendo llamadas de un ciudadano que desea un golpe policial en *El Escondite*. Eso lo convierte en un asunto que será el centro de la atención política y de los medios de comunicación. Si algo sale mal, todos los que pensamos arrestar quedarán libres. Si eso ocurre, se exigirán responsabilidades. No nos vendría bien que la conducta inapropiada de un miembro de esta unidad pusiera en peligro esta operación.

—No tiene que preocuparse por mí, teniente —afirmó Carrie. Hacía un año, había empezado una relación sentimental con otro policía. Cuando ésta terminó en desastre, había decidido que en lo

sucesivo, evitaría cualquier tipo de vínculo romántico con policías. Para Carrie, esa regla era inquebrantable.

—Bien —dijo Quintana mientras se levantaba de su butaca. Antes de hacerlo había tomado una llave que había encima de la mesa—. El mes pasado se retiró uno de nuestros hombres, así que te puedes quedar con su escritorio. Si necesitas algo, habla con la secretaria. Además, Evelyn te dará algunos impresos para que los rellenes.

—Iré a verla enseguida —respondió Carrie tras aceptar la llave.

A continuación, recogió la taza de café que aún no había probado.

—Reilly, enséñale a McCall su escritorio.

—Por supuesto.

Si a Linc lo molestaba que le hubieran asignado una nueva compañera, no lo demostró. Se hizo a un lado para que ella pudiera salir del despacho en primer lugar. Los dos avanzaron por la sala común de la unidad. Carrie notó un murmullo a sus espaldas. Sintió que los ojos la observaban mientras seguía a Linc entre las mesas.

Él se detuvo junto a un escritorio tan ruinoso como los otros.

—Éste es —dijo, observando la taza que ella llevaba en la mano—. Supongo que después de todo, no querías café.

—Tienes razón —respondió ella, observando la férrea mirada que Linc le estaba dedicando—. Mira, Reilly, estoy segura de que tienes muchas reservas sobre lo que es tener una nueva compañera mientras estás realizando una investigación tan importante...

—Estás en lo cierto —repuso él, sin mover ni un músculo de la cara.

—Tus reservas son comprensibles. Yo no tengo deseos de grandeza ni soy una superpolicía dispuesta a demostrar lo buena que soy a la hora de atrapar a los malos. Yo nunca he trabajado en misiones secretas y quiero aprender todo lo que tú estés dispuesto a enseñarme. Lo único que te pido es que me des una oportunidad.

—Muy bien —dijo Linc, con rostro impasible.

—¡Eh, Reilly! Tienes una llamada por la línea tres —le gritó un

compañero desde el otro lado de la sala.

—Ponla en espera —le ordenó Linc. Entonces, se volvió a mirar de nuevo a Carrie—. Cuando responda esa llamada, te presentaré al resto de la unidad. A continuación, me marcharé a Inteligencia para recoger esas fotografías y los números de matrícula. Deberían haber averiguado el nombre de los propietarios a primera hora de la tarde. Podemos reunirnos entonces y te pondré al día sobre lo que tenemos hasta ahora.

—Gracias, Reilly.

—No tienes por qué dármelas, McCall —replicó, con una sonrisa—. Si lo fastidias todo, te lo haré pagar muy caro.

—No pienso estropear nada.

—En ese caso, no deberíamos tener ningún problema.

El habitual bullicio de llamadas de teléfono, voces, tazas de café y teclas de ordenador volvió a reanudarse cuando Carrie tomó asiento. Observó muy atentamente a Linc mientras atravesaba la sala. Respiró profundamente y dejó de pensar en la presencia física de su compañero para centrarse en otros aspectos. Otros agentes le habían dicho que era muy valiente, el tipo de compañero que cualquiera querría tener cuando había problemas. Se rumoreaba que Reilly podría ser tan cruel como cualquier delincuente que tuviera a los policías en su punto de mira.

Carrie admitió que eso no tenía nada de malo. Algunas veces, un policía sobrevivía exclusivamente porque era tan osado como la escoria a la que se enfrentaba. Los problemas surgían cuando esa misma ferocidad empujaba a un policía a ejercer su propia forma de justicia y se erigía en ángel justiciero. En vengador.

¿Habría transformado a Reilly el terrible fallecimiento de su esposa en uno de esos policías? ¿Acaso el dolor, el trauma y sin duda, el sentimiento de culpabilidad que había sufrido lo habían convertido en un asesino que se había convertido en juez, jurado y verdugo? Antes de abandonar la unidad, Carrie tendría las

respuestas a esas preguntas.

Capítulo 2

Linc había decidido poner al día a Carrie McCall en la sala de interrogatorios. Tenían una montaña de papeles que repasar y la enorme mesa era lo suficientemente grande como para extenderlo todo. Lo que no se le había ocurrido pensar era que la sala era lo bastante pequeña como para que la reunión con una mujer que llevaba un perfume tan sugerente adquiriera matices íntimos.

¿En qué diablos había estado pensando? La actitud y la mirada de Carrie McCall mientras examinaba fotografías y papeles era de lo más profesional, pero eso no lograba cambiar el hecho de que tuviera un físico impresionante, un rostro perfecto y una melena rojiza que le acariciaba suavemente los hombros y los senos con cada sutil movimiento. A Linc lo enojaba que ella fuera capaz de evitar que se concentrara en un caso que requería toda su atención.

—Desde el exterior parece un local de buen tamaño —comentó ella mientras examinaba las fotografías de *El Escondite*.

La irritación de Linc se incrementó cuando tardó un segundo en apartar la atención de ella para centrarla en el caso. En los dos años que habían pasado desde la muerte de Kim, casi no se había fijado en ninguna mujer y ninguna de ellas había evitado que se centrara en un caso. En aquel momento comprendió, que aunque ella no cometiera error alguno, le iba a dar muchos problemas. La clase de problemas que ni quería ni necesitaba.

—Antes fue una granja —respondió—. Hay una sala para beber y bailar, otra para jugar al billar y un puñado de salas más pequeñas. Tengo un plano de la distribución que repasaremos más tarde.

—Mientras trabajaba en la policía, jamás tuve noticias de este lugar —dijo ella—. Yo solía patrullar por los distritos del noroeste y este local está en el sureste, así que seguramente ésa sea la razón. ¿Cuánto tiempo lleva funcionando?

—Lo suficiente para que la gente que vive en las inmediaciones se queje de los borrachos, de las carreras de coches, de la música y de todo lo que acompaña a un lugar como ése.

—¿Y por qué no se ponen un par de unidades de tráfico para parar a los conductores cuando se marchen o se denuncia al dueño por contaminación acústica?

—Ya lo hemos hecho. Entonces, un muchacho de trece años se pasó por *El Escondite* y encontró revistas pornográficas en el contenedor de basuras.

—¿De trece años? No me irás a decir que ese jovencito se quedó con el contenido de las revistas, ¿verdad?

—En realidad, creyó que había encontrado una mina de oro hasta que su madre se las descubrió debajo del colchón. El muchacho no tardó en confesar dónde las había encontrado. La madre llamó al alcalde y prometió un infierno si la ciudad permitía, y cito textualmente, esa «*guarida de pecado*». Como el alcalde opta a la reelección, la mujer le prometió que haría que la congregación de su iglesia hiciera campaña contra él si no tomaba medidas. El alcalde llamó al jefe y le ordenó que tomara todas las medidas pertinentes para cerrar *El Escondite*.

—¿Tenemos idea de lo que está pasando allí?

—Apuestas, distribución ilegal de bebidas alcohólicas, actos sexuales en vivo... Más o menos cuando esa airada mujer llamó al alcalde, uno de mis confidentes me había hablado del tipo de actividades que se realizan allí. Yo le envié un informe a Quintana —dijo Linc, con expresión neutral. No tenía intención de decirle a su nueva compañera lo mucho que se había esforzado por conseguir aquel caso. Por fin había encontrado una pista sobre el asesino de su

esposa y ésta conducía a *El Escondite*—. Cuando el jefe nos dio la orden de cerrarlo, Quintana me asignó a mí el caso dado que ya conocía el local.

—¿Cómo lo has organizado todo?

—Quintana y yo estuvimos de acuerdo en que si un par de tipos fueran a ese lugar, los calificarían enseguida como atracadores o policías. Fuera como fuera, toda la actividad criminal cesaría mientras los dos hombres estuvieran allí. Si eso ocurriera, no tendríamos nadie a quien arrestar.

—Y el alcalde se pondría muy enfadado.

—Así es. Por otro lado, con un hombre y una mujer, que entran allí y se ponen cariñosos, a los que se les considera como matrimonio o simplemente amantes, la cosa es muy diferente.

—Tiene sentido —afirmó ella mientras volvía a mirar las fotos—. Además, por el modo de vestir, la clientela parece muy variada.

—Tienes razón, pero más del treinta por ciento están fichados. Robos, asaltos, atracos, comportamiento indecoroso... Tal y como tú dijiste, una verdadera mezcla.

—Así que tenemos que ir vestidos con vaqueros y botas.

Linc examinó el elegante jersey verde, la moderna cadena de oro que ella llevaba al cuello y los pendientes a juego. En el caso en el que ella tuviera un par de vaqueros, seguramente llevarían la etiqueta de algún diseñador famoso.

—La clase apropiada de vaqueros y botas, McCall. La regla básica de cualquier operación secreta es parecer lo que se supone que eres, no lo que una película o serie de televisión te dice que debes parecer.

—Dime lo que quieres que sea, Reilly. Eso será lo que te daré —prometió ella, tras apoyar los brazos sobre la mesa.

Lo que Linc quería era que se marchara. Que se llevara aquel aroma tan sensual y la sugerente voz tan lejos de él como fuera posible. Sin embargo, sabía que no iba a ocurrir.

—No puedes entrar en ese local como si acabaras de salir de un

desfile de moda —dijo, consciente del tono nervioso que había adquirido su voz—. Dado que no nos conocemos ni sabemos los intereses que tiene el otro, lo mejor que podemos hacer es presentarnos como una pareja que ha salido algunas veces. Así parecerá creíble que sólo conozcamos detalles superficiales el uno del otro. Diremos que los dos acabamos de llegar a la ciudad y que nos conocimos hace unos días en la cola de un supermercado.

—¿Se sabe ya qué trabajo vamos a tener?

—Diremos que yo estoy en el paro. Cuando estaba en la universidad, me pasé algunos veranos arreglando tejados, así que conozco el trabajo. Mi historia es que estoy buscando algún tejado que arreglar. Como estamos en noviembre, ese tipo de empleo escasea. Nadie se va a extrañar de que no tenga trabajo.

—¿Y yo?

—Eso digo yo, McCall. Tu familia podría formar una comisaría entera —replicó él. Desde aquella mañana se había enterado que su abuelo y su padre habían sido policías. Además de sus dos hermanas, tenía también tres hermanos en el cuerpo—. ¿Tienes experiencia en algo que no sea llevar una placa?

—Mi madre es dueña de un centro de jardinería. He trabajado allí durante fines de semana y vacaciones. Sé hablar de plantas y de flores con un experto sin meter la pata.

—Así es como sabes lo de... ¿Cómo diablos se llama esa cosa que me dijiste que echara en el café?

—Stevia. Es un arbusto perenne de la familia de los áster. Asteraceae, para ser más exactos. Sabe dulce, pero no tiene calorías.

—Te aseguro que impresionarás a los borrachuzos de *El Escondite* con esa clase de información.

—No creo que tenga que impresionar a nadie con mis capacidades mentales —repuso ella.

—Tienes razón —admitió Linc—. Sin embargo, es bueno que sepas tanto de plantas por si te encuentras con un experto en

petunias.

— ¿Estoy trabajando ahora en algún sitio de por aquí?

— ¿Contratan personal los centros de jardinería durante esta época del año?

— No. Funcionan con el personal mínimo.

— En ese caso, tú tampoco has conseguido empleo. Ya está lista nuestra tapadera. Estamos en paro, pero tenemos dinero para salir de juerga todas las noches. Tenemos buenos coches, que tomaremos prestados de los que el departamento tiene decomisados. Todo eso dará la impresión de que no nos importaría hacer algo fuera de la ley para conseguir fondos. Ni gastarlos en actividades ilegales.

— ¿Cómo que tú seas capaz de pagar para participar en uno de los actos sexuales «*en directo*» con una de las chicas que trabajan en el local?

— Así es. Ésa es otra ventaja de ir con una compañera. Por supuesto que dejaré que se me insinúen todas las chicas que trabajan allí y que me digan el precio. Sin embargo, dado que te tengo a mi lado, declinaré todas las ofertas. No quiero estropear lo que tengo contigo por tener un rollo con otra mujer.

— ¿Dónde has estado toda mi vida, Reilly? — preguntó ella, con sequedad—. Los latidos del corazón se me aceleran sabiendo que tengo un novio tan fiel.

— Amante, McCall. Fingiremos que yo soy tu amante. Eso significaba que nos daremos mucho la mano, que nos tocaremos y bailaremos mucho. ¿Crees que podrás realizar una actuación convincente?

— Como te he dicho, seré exactamente lo que tú quieras que sea — contestó Carrie, frunciendo los labios—. El profundo compromiso que tenemos el uno con el otro significa que yo tendré que rechazar a los que se me insinúen.

— De eso se trata. Te aseguro que con tu aspecto, te harán ofertas que implicarán mucho más que un morreo en el asiento trasero de un

coche patrulla.

—Yo no me morreeé con nadie en ninguna parte —replicó ella, muy irritada—. La idiota de la esposa de ese policía se puso celosa y no pudo soportar que él tuviera a una mujer como compañera. Yo tuve la mala suerte de que ella le fuera con la historia a mi jefe, quien después dio órdenes de que separaran al esposo de esa idiota de mí. Al día siguiente, me cambiaron de destino.

—Muy bien. Volvamos a la cascada de ofertas que vas a recibir —dijo Linc—. Cuando un tipo se te acerque o te ponga la mano encima, dile que yo tengo un temperamento muy descontrolado. Asegúrate de que sabe que si alguien toca a mi chica, no dudaré en vengarme.

—¿Y es eso cierto? ¿Serías capaz de vengarte de cualquiera que tocara a tu chica?

Linc presintió que aquella pregunta iba tan cargada como la pistola que llevaba colgada del cinturón, por lo que decidió no contestar.

—Eso no importa mientras los que están en *El Escondite* así lo crean.

—Bien, amante mío —susurró ella, con un tono de voz que despertó los sentidos de Linc—, trataré de no enojarte. No quisiera comprobar el mal genio que tienes.

—Eso será lo mejor, tesoro —replicó Linc. Se había dado cuenta de que Carrie McCall era capaz de excitarlo sólo con estar en la misma sala—. Hablando de enojos, ¿hay algún hombre al que podría molestar que estés la mayor parte de las noches conmigo?

—No.

—¿Ni siquiera un policía que me pegue con la porra sólo por estar bailando conmigo?

—No tienes que preocuparte, Reilly. Yo nunca empiezo una relación sentimental con otros policías.

—Supongo que la esposa de ese agente no conocía es detalle.

—No lo creo. Tus preguntas me sirven también para hacértelas a

ti. ¿Hay alguien a quien podría molestar que te pongas meloso conmigo en *El Escondite*?

—No, no tengo a nadie —susurró él.

Levantó la mirada a tiempo para ver la compasión en los ojos de Carrie.

—Lo siento —dijo ella, en voz muy baja—. Sé lo que le pasó a tu esposa. Pensé que podría haber alguien más reciente.

—No.

—Muy bien —comentó ella. Se centró una vez más en el trabajo—. Somos nuevos en la ciudad de Oklahoma —añadió—. Entonces, ¿cómo encontramos *El Escondite*?

—Hay un motel aproximadamente a un kilómetro al sur de aquí. El *Drop Inn*. Después de que me asignaran esta misión, alquilé una habitación allí. Le dije al dueño que era nuevo en la ciudad y le pregunté dónde me podría divertir un poco. Él me habló de *El Escondite*.

—¿Te alojas allí durante la misión?

—Voy de vez en cuando, por si alguien decide comprobar lo que digo. Cuando no esté allí, parecerá que me he ido a tu casa. Si tú te dejas caer por el motel conmigo, ayudará a dar credibilidad a nuestra tapadera. Queremos que todo el mundo te vea entrar en mi habitación. Cuando nos marchemos, dejaremos la cama como si lo hubieran hecho unos amantes de verdad.

—¿Cuándo empezamos?

—Mañana por la noche. ¿Tendrás tiempo para comprarte la ropa que vayas a necesitar?

—¿Crees que trabajo en el centro de jardinería de mi madre con vaqueros de diseño? Piénsatelo, Reilly. Cavo la tierra, transporto bolsas de estiércol... Tengo mucha ropa apropiada. Por supuesto, si estamos metidos en actividades ilegales, tendría dinero para ropa más bonita. Tendré que pensar cuidadosamente en lo que me pongo. Tal vez ropa de calidad comprada en una tienda de segunda mano —

comentó. Esperó que él le dijera algo y cuando Linc guardó silencio, siguió hablando—. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—No es eso. Tienes razón. Simplemente, estaba tratando de imaginarte con una pala entre las manos y levantando sacos de estiércol, pero no lo consigo.

—Lo que demuestra que no sabes nada sobre mí.

—En eso tienes razón —replicó él.

Ni quería saberlo. Desgraciadamente, aquella misión requería que la conociera.

En aquel momento, la puerta se abrió. Los hombros de Linc se tensaron cuando Don Gaines entró en la sala.

—Tú debes de ser Carrie McCall —dijo Gaines, tras mirarla detenidamente. Entonces, se acercó a la mesa y extendió la mano—. Me llamó Don Gaines. No estaba presente cuando te presentaron a todos los compañeros.

—Encantada de conocerte —contestó Carrie con una sonrisa mientras le estrechaba la mano.

Gaines se volvió a Linc y le entregó un papel.

—He respondido la llamada de un detective de Tulsa. Quiere hablar contigo sobre un homicidio que tuvieron el fin de semana pasado.

Linc ahogó una maldición cuando leyó el nombre de la víctima. Arlee Dell tenía una montaña de delitos cuando surgió su nombre como sospechoso de una serie de robos en viviendas que Linc había investigado. Había detenido a Dell hacía un mes, pero nunca se pudo demostrar su relación con los delitos, por lo que había salido libre. Linc sospechaba que Dell había efectuado otro robo dos semanas antes, en el que una pareja de ancianos había sido maniatada, torturada y estrangulada.

—Gracias. Lo llamaré —repuso Linc.

—Ha dicho que Dell murió por arma de fuego. Le dispararon dos veces en el corazón y una en la cabeza.

Linc apretó la mandíbula. El que había sido su mejor amigo era un buen policía. ¿Se habría dado cuenta Gaines de que durante los últimos dieciocho meses, un buen número de delincuentes a cargo de policías de la UES habían muerto de un disparo en la cabeza? Si era así, Gaines sabría que Dell era la víctima número siete.

Recordó que en la universidad, Gaines había estado loco por Kim. Nunca había dejado de estar enamorado de ella y lo culpaba de la muerte de Kim. Nada le gustaría más que ver cómo él pagaba por lo que le había ocurrido a su esposa.

Linc se preguntó si aquella sería la razón de que Gaines se hubiera tomado tantas molestias por llevarle un mensaje telefónico. ¿Acaso quería que supiera que se había dado cuenta de que los asesinatos habían comenzado un mes después de que el cuerpo de Kim hubiera aparecido en una zanja?

Como buen policía, siempre sospechaba de todo. Por eso en aquellos instantes, no hacía más que preguntarse si el profundo odio que Gaines sentía por él habría alcanzado una intensidad que él no había acertado a comprender. ¿Estaría tan obsesionado por hacer que él pagara por la muerte de Kim que había decidido hacerlo responsable de esos asesinatos?

Después de todo, el asesino de Kim no había sido arrestado. El canalla había logrado escapar de la justicia, al igual que los otros siete gusanos que habían sido asesinados. Resultaba posible que un marido apenado pudiera empezar a matar para vengar a su esposa. Si ese esposo era policía, sabría cómo evitar que lo atraparan. El último de dichos asesinatos había ocurrido en algún lugar de Tulsa durante el anterior fin de semana. Linc había estado visitando a la familia de Kim en Claremore, una ciudad que sólo está a veinte minutos en coche de Tulsa.

La sensación de intranquilidad que Linc sentía se acrecentó cuando recordó que el viernes anterior había estado hablando con Tom Nelson sobre los planes que tenía para el fin de semana. Gaines

podría haber escuchado la conversación. Y sabía dónde vivían los padres de Kim.

Linc levantó los ojos del trozo de papel y observó a Gaines. Su rostro era imperturbable. Necesitaba averiguar si Gaines se había pasado al otro lado, si se había convertido en una de las personas que ambos habían estado persiguiendo todas sus vidas. Si la amargura por la muerte de Kim era tal que era capaz de cometer siete homicidios con el único propósito de inculpar al que había sido su amigo.

—Espero trabajar muy pronto contigo —le dijo Gaines a Carrie.

—Lo mismo digo.

Antes de salir, Gaines observó atentamente a Linc.

—Ese homicidio parece muy serio —comentó Carrie, cuando estuvieron a solas.

—¿Acaso no lo son todos los homicidios? —replicó Linc, con los hombros atenazados por la tensión.

—Muy serio —insistió ella—. Si el disparo en la cabeza de la víctima se produjo cuando ya estaba muerta, ¿no te parece eso el trabajo de un profesional?

—El trabajo de un profesional —repitió él. No obstante, Linc no tenía intención alguna de hablar de aquel tema con ella—. ¿Has adquirido esos conocimientos viendo películas sobre la mafia?

—No soy ninguna novata, así que te ruego que no me trates como si lo fuera —le espetó ella—. He estado presente en suficientes escenarios de asesinatos como para reconocer el trabajo de un profesional.

—Tal vez te deberían haber destinado a Homicidios.

—No —afirmó Carrie, con voz potente y firme—. Estoy donde debo estar.

—Tengo que devolver la llamada y luego me pasaré por el despacho de Quintana.

—Muy bien.

Linc se levantó. No estaba seguro de qué estaba pasando, pero se sentía amenazado por ello. Sin embargo, su nueva compañera no era responsable de los problemas que pudiera tener.

—Perdóname, McCall. No quería hablarte así.

—No pasa nada. Tengo la piel muy dura.

Linc le observó el rostro y la garganta. Mientras salía por la puerta, pensó que la piel de Carrie McCall no le parecía tan dura. De hecho, tenía el aspecto de fresca y cremosa seda.

Dos horas más tarde, Carrie tenía un dolor de cabeza de impresión. Sabía que en parte, se debía a los montones de papeles y fotografías que tenía apilados encima de la mesa, pero además, estaba el estrés añadido por pasar tanto tiempo cerca del hombre, que en aquellos momentos estaba al otro lado de la mesa. Lo miró rápidamente y vio que él estaba sentado en silencio, estudiando un informe con aquellos turbadores ojos dorados.

Cuando regresó, no había hecho mención alguna a lo que le había dicho el detective de Tulsa sobre el homicidio ni Carrie le había preguntado. No quería demostrar demasiado interés en el asunto.

Justo en aquel momento, Linc dejó a un lado el informe y miró a Carrie a los ojos. Ella trató de buscar al hombre en aquella mirada, deseando poder determinar el grado de implicación que él tenía en los asesinatos, pero no vio nada.

—Ya hemos trabajado una jornada completa —dijo Linc—. ¿Qué te parece si nos reunimos aquí mañana por la tarde para repasarlo todo? Después, realizaremos nuestra primera visita a *El Escondite*.

—Me parece muy bien —respondió Carrie. Antes de que pudiera levantarse, él le colocó una mano encima de la muñeca.

—Discúlpame por lo de antes.

—Ya te habías disculpado.

—Así es. Hasta mañana.

El cielo de noviembre lo cubría todo como una cortina grisácea. Carrie se dirigió al aparcamiento y allí, con los dientes castañeteando

de frío, se metió en su deportivo MG rojo y salió del parking. Cinco manzanas después, se detuvo en una cabina de teléfono.

Ya en su casa, se tomó una aspirina, se dio una ducha, cenó y se volvió a meter en el coche para dirigirse al centro comercial de Penn Square. El reloj del salpicadero marcaba las ocho cuando se detuvo detrás de una furgoneta negra. Entonces, descendió de su vehículo y caminó contra un viento tan frío como una cuchilla de hielo. La puerta de la furgoneta se abrió cuando ella llegó a su lado.

—Entra, sargento, antes de que te mueras de frío.

Las sombras oscurecían el rostro de la mujer que había sentada detrás del volante. Por sus anteriores encuentros, Carrie sabía que la capitana Patricia Scott llevaba veinticinco años en el cuerpo, los últimos tres como agente de la División de Asuntos Internos del Departamento de Policía de Oklahoma City.

—Bien, McCall, ¿cómo ha ido tu primer día en la UES?

—Bueno... —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Estoy allí bajo falsas pretensiones, investigando a otro policía...

—Nadie dijo que sería fácil. Ya hablamos de ello, McCall. Si un policía se vuelve loco y empieza a matar gente, tenemos que detenerlo —afirmó Scott.

Carrie asintió.

—¿Tuviste tiempo de averiguar algo sobre el homicidio de Tulsa después de mi llamada?

—Sí —respondió la capitana, sacando un expediente de entre los dos asientos—. La víctima se llama Arlee Dell.

—¿Encaja ese asesinato con los otros?

—Sí. Dell tiene un amplio historial delictivo. Siete sentencias por delitos mayores, que incluyen violación, intento de violación, asalto y acoso.

—¡Qué majo! ¿Qué vínculo tiene con Linc Reilly?

—Reilly detuvo a Dell para interrogarlo por unos robos producidos en viviendas, pero no consiguió suficientes pruebas como

para mandarlo a la cárcel. Hace dos semanas, se produjo un delito similar en el que una pareja de ancianos fue torturada y estrangulada. Dell es, era, el principal sospechoso de Reilly.

—Parece que la vida de Dell estaba dedicada a hacerle daño a la gente.

—Dell es la séptima persona que muere en el último año y medio después de haber estado en contacto con un detective de la UES. No es una coincidencia —afirmó Scott—. Los ataques son demasiado perfectos. Nunca hay testigos ni daños colaterales. Nunca hay policía cerca e incluso en uno de los asesinatos los coches patrulla fueron desviados de la zona por medio de una llamada falsa a Emergencias. Evidentemente, el asesino prepara muy cuidadosamente los ataques y su huida. Lo único que queda en el escenario del crimen es un delincuente muerto al que al menos, se le ha disparado una vez en la cabeza.

—Delincuentes que seguirían cometiendo unos cuarenta o cincuenta delitos al año —apostilló Carrie—. En realidad, no puedo sentir piedad alguna por las víctimas que ha escogido el *Vengador*.

—¿*El Vengador*? —preguntó Scott, atónita.

—Sí. Ese es el apodo que le he puesto. O que los he puesto. Podrían ser dos policías.

—Sea como sea, ese apodo está muy bien. Mira, McCall, nadie espera que sientas remordimientos porque mueran malas personas. Desde luego, yo no los siento. El problema es cómo mueren. El trabajo de Asuntos Internos es asegurarse de que los policías no se exceden en sus funciones. Si no lo hacemos nosotros, puedes estar segura de que se formará un comité de ciudadanos que se ocuparán de ello. Además, la mayoría de los policías prefieren los de Asuntos Internos porque, como policías, saben perfectamente lo que es tratar con ese tipo de carroña. Cuando un policía se extralimita, tenemos que intervenir.

—Tienes razón, pero es que no me gusta mentir sobre lo que

hago.

—Esperemos que no tengas que hacerlo por mucho tiempo. Tienes razón. Podría tratarse de un grupo de policías, pero cuando se repasan los nombres de esos tipos junto con los de los policías que se ocuparon de ellos, el nombre que sale constantemente es el de Reilly, por lo que en estos momentos, es nuestro principal punto de investigación. ¿Qué impresión tienes de él hasta ahora?

«*Que es moreno, misterioso y sexy*». El hecho de que el físico de Reilly era lo primero que le acudió al pensamiento provocó en Carrie una cierta intranquilidad.

—Es muy concienzudo —respondió—. Tiene completamente planeada la misión que empezamos mañana. Dudo que sea la clase de hombre que deje algo al azar.

—*El Vengador* tampoco. ¿Cómo reaccionó Reilly cuando Gaines le entregó el mensaje sobre el asesinato de Tulsa?

Carrie consideró la situación. En el momento en el que Gaines entró en la sala, había sentido cómo el ambiente entre los dos hombres se cargaba de tensión. Estaba segura de que existía algún conflicto entre ambos. Dado que no sabía lo que lo habría provocado, decidió guardarse para sí aquel detalle por el momento.

—Reilly no mostró ninguna reacción externa en el momento en el que Gaines le mencionó el asesinato —respondió Carrie—. Traté de que me hablara al respecto cuando Gaines se marchó, pero no quiso hacerlo. Si Reilly es el *Vengador*, no va a meter la pata fácilmente. Lo último que hará será confesar. El único modo de detenerlo es en flagrante delito.

—Por eso se te ha asignado el trabajo. Acércate a él.

—Sólo podré hacerlo hasta cierto punto.

—Si lo que me estás diciendo es que no piensas acostarte con el sargento Reilly, te recuerdo que nunca te lo he pedido.

—Sólo quería dejarlo claro —comentó Carrie.

No sabía cómo se le había podido ocurrir realizar aquel

comentario.

—Me alegro de que ese punto haya quedado aclarado —afirmó Scott.

Entonces, sacó una pequeña caja de metal y se la entregó a Carrie. Con la tenue luz de la farola del aparcamiento, Carrie vio el nombre de unos caramelos para el dolor de garganta impreso sobre la tapa de la caja.

—¿Acaso crees que me duele la garganta?

—Eso es lo que creará cualquiera que te vea esta caja en el bolso. En su interior, hay arcilla para que puedas copiar el relieve de una llave. Consigue la de la puerta de la casa de Reilly y copia las dos caras. Cuando la tengas, dame la caja y realizaremos una llave.

—¿Está segura de que es legal que yo me cuele en casa de Reilly?

—Esto lo hace legal —replicó Scott. Le entregó un sobre—. Es una orden judicial que te autoriza a buscar ciertas pruebas. Si encuentras algo que vincule a Reilly con los asesinatos, lo fotografías y te marchas. Entonces, escribes un informe en el que se detalle lo que viste y dónde está localizado.

—¿Y Reilly no necesita saber que se ha efectuado un registro?

—Con ese tipo de orden, los tribunales pueden esperar siete días para notificar que se ha producido un registro.

—No me gusta la idea de entrar en la casa de otro policía. ¿Y si Reilly no es el *Vengador*?

—¿Y si lo es? Tarde o temprano, un inocente resultará herido. Tenemos que encontrar al *Vengador*, McCall. Si no es Reilly, estupendo, pero tenemos que saberlo.

Carrie sabía que estaba haciendo lo correcto, pero a pesar de todo, sentía una cierta sensación de culpabilidad e intranquilidad.

—La casa de Reilly tiene alarma —prosiguió Scott—. Podríamos enviar a alguien para desconectarla mientras tú efectúas el registro, pero existe la posibilidad de que Reilly tenga algún sistema que lo alerte si alguien trata de desarmarla. Además, vive en la ampliación

de una antigua casa, por lo que seguramente los vecinos están en casa durante el día y se darían cuenta de que hay alguien merodeando por el exterior.

—No puedo pedirle a Reilly su código.

—Cierto —replicó Scott. Entonces, se metió la mano en el bolsillo del abrigo—. Si vas a su casa y él tiene que introducir el código de seguridad, utiliza esto.

Carrie observó atentamente la pequeña grabadora que Scott le había entregado.

—¿Cómo voy a conseguir su código con una grabadora?

—Es una grabadora muy sensible. Llévala en el bolsillo y actívala en el momento en el que Reilly marque su código de seguridad. La grabadora captará los tonos y los del departamento técnico podrán traducirlos en los números que componen el código.

—Muy astuto.

—Una vez que tengas la llave y el código, lo único que tienes que hacer es ir a casa de Reilly cuando sepas que está en otra parte. Si encuentras algo que lo vincule con esos homicidios, lo arrestaremos. Punto final.

Unos instantes después, Carrie se metió en su MG y observó cómo se alejaban las luces de la furgoneta de Scott. En vez de marcharse ella también, se puso a pensar en lo ocurrido aquella tarde. Le habría gustado no ver cómo la pena aparecía en los ojos de Linc cuando ella mencionó a su esposa. El hombre que la secuestró y la violó durante varios días antes de matarla seguía libre. Un hombre que era tan malvado como los siete que ya no representaban una amenaza para ciudadanos inocentes.

Carrie estaba segura de que más de la mitad de la población aplaudiría al *Vengador* si supiera que había evitado cientos de delitos violentos, que había salvado la vida de montones de personas inocentes. Incluso ella misma lo aplaudía.

«No», pensó. Ella llevaba una placa. No se le permitía pensar así.

El asesinato era asesinato. Se le había ordenado que arrestara a un asesino y eso era lo que tenía intención de hacer. Si el asesino era Linc Reilly, no le importaba en absoluto.

Capítulo 3

Al día siguiente por la tarde, Linc observó cómo su compañera se subía al todoterreno verde que había sacado del depósito de vehículos confiscados del Departamento de Policía. Tras arrancar el motor, notó aliviado que ella no se había puesto el perfume tan arrebatador que llevaba el día anterior. Lo único que se olía en el fresco viento de noviembre era jabón y piel. Sin embargo, una media hora más tarde, decidió que el aroma cálido y natural de mujer que lo envolvía era mucho más excitante y erótico que cualquier perfume.

—¿Qué tienen los hombres con las furgonetas de tipo pickup? —preguntó Carrie, mientras inspeccionaba el aparcamiento de *El Escondite*—. Acláramelo, Reilly. ¿Acaso creen los hombres que conducir una aumenta la producción de testosterona?

—El traficante que conducía este todoterreno no debió de pensar lo mismo —replicó Linc, apagando el motor del vehículo—. Y yo tampoco —añadió, tras contar que efectivamente, había diez furgonetas de aquel tipo por cada coche—. Mi coche es un Cadillac.

—Los policías no cuentan —comentó ella.

Bajó la visera del coche y abrió la tapa que cubría el espejo que había en su interior para ahuecarse el cabello. Gracias a la tenue luz del espejo, Linc comprobó que se había aplicado abundante maquillaje, pero que éste, en vez de darle un aspecto barato, aumentaba el atractivo con el que había nacido.

—¿Por qué no cuentan los vehículos de los policías? —preguntó, con cierta curiosidad.

—Porque los policías van armados. En lo que se refiere a la

testosterona, el hecho de que un policía amartille un arma equivale al de un civil que conduce una de esas furgonetas.

—McCall, ésa tiene que ser la tontería más grande que...

Linc se interrumpió cuando vio un que un Chevrolet azul entraba en el aparcamiento y se detenía al lado del todoterreno. Segundos más tarde, descendía un hombre muy corpulento con el cabello recogido en una coleta y se dirigía hacia la entrada del bar.

—¿Lo reconoces por las fotografías que estudiaste? —le preguntó a Carrie.

—Howard Klinger, alias Howie Kling. Tiene antecedentes por robo. Se le atribuyó en una ocasión el robo en una residencia, pero la condena se redujo a la de posesión de propiedad robada.

—Buena memoria, McCall.

Él también tenía buena memoria, que le permitía recordar con detalle la porción de tatuaje que había visto dos años atrás en una grabación de seguridad. Lo turbaba la posibilidad de que aquello hubiera sido una de las últimas cosas que su esposa había visto. La mayoría de las noches se despertaba cubierto de un sudor frío, medio esperando ver la oscura y resbaladiza cola de la serpiente deslizándose por debajo de la puerta del armario. Recientemente, un confidente le había dicho que había visto a un jugador de billar con un tatuaje muy similar en *El Escondite*. Si Linc no lo localizaba en aquella primera visita, la misión que tenían entre manos le daría todas las noches que necesitara hasta que aquel cerdo se presentara.

—¿Estás lista? —le preguntó a Carrie.

—Sí —respondió ella. Metió el bolso debajo del asiento—. Así, no tendré que preocuparme toda la noche por dónde lo tengo.

—¿Y dónde llevas la pistola?

—En el interior de la bota izquierda.

Linc bajó la mirada y vio que ella se había puesto unas botas negras con un tacón de aguja no muy alto.

—Tú no llevas botas de vaquero, McCall.

—He pensado mucho en mi imagen y he decidido que voy a conservar mi estilo. Dado que los personajes que interpretamos tienen dinero, pero no trabajo, he optado por una mezcla. Vaqueros y seda, con un poco de piel sintética. ¿Qué te parece, Reilly? ¿Te gusta la combinación? —le preguntó mientras se echaba hacia atrás el cabello.

Linc contempló la cazadora de visón sintético y los vaqueros negros que se le moldeaban perfectamente al trasero y a las piernas.

—A mí me parece bien —confesó con mucha tranquilidad, a pesar de que le estaba hirviendo la sangre—. ¿Qué clase de arma llevas en la bota?

—Una Browning del calibre 25. ¿Y tú?

—Llevo una pistola Sig 38, también en la bota izquierda. Vamos —contestó él. Los dos bajaron del todoterreno—. Recuerda que estamos colados el uno por el otro —añadió.

—De acuerdo.

—Tienes que acostumbrarte a esto —comentó, mientras le rodeaba la cintura con un brazo.

—No hay problema.

A pesar de las capas de ropa que llevaban, Carrie fue muy consciente de la fuerza del brazo que la rodeaba y de la firmeza del muslo contra la cadera. La discreta fragancia de la loción para el afeitado la tensó por dentro. En silencio, dio las gracias de que él no supiera los vuelcos que le estaba dando el estómago.

Se aseguró que no debería sentir esos vuelcos. Linc Reilly no era la clase de hombre con el que ella consideraría tener una relación. Existía la posibilidad de que él hubiera matado a siete personas, e incluso aunque fuera inocente, era un compañero de trabajo. Su compañero. Conocía muy bien las dificultades de tener una relación romántica con otro policía.

Mientras avanzaban entre los coches del aparcamiento, tragó saliva y para olvidarse de lo que estaba sintiendo, centró toda su

atención en el local al que se dirigían.

—¿Te apuestas algo a que prácticamente todos los borrachos se han caído por estos escalones? — preguntó Linc al llegar al porche de entrada.

—No —replicó ella—. Tienes todas las de ganar.

—Lo sé —afirmó él, con una sonrisa—. Sólo apostado sobre seguro.

El reflejo rojo de una luz de neón le iluminó el rostro. Bajo la luz rojiza, tenía un aspecto sexy, rudo y algo cruel. Los vuelcos que estaba dando el estómago de Carrie se transformaron en volteretas. ¿Por qué el policía que le habían ordenado que investigara tenía que ser el tipo de hombre que la atraía como una polilla a la luz?

Linc abrió la puerta. Inmediatamente, una oleada de ruido y humo los envolvió.

—Pasa —le dijo él por encima del ruido.

En el interior, un gorila de enormes bíceps los miró de arriba abajo.

—Las tías no pagan —anunció—. Los hombres pagan veinte dólares —añadió, mirando a Linc.

—Claro —replicó él.

Entonces, se sacó un rollo de billetes del bolsillo delantero de los ajustados Levi's.

Carrie se quitó la cazadora de visón sintético que había elegido aquella mañana en una tienda de segunda mano y observó el brillo que se encendía en los ojos del gorila cuando Linc sacó un billete de veinte del fajo que tenía entre las manos.

—¿Les cobras por entrar a todos los hombres? —preguntó él.

—A los clientes habituales no.

—¿Cuántas visitas tengo que hacer antes de que me consideres un cliente habitual?

—Ya te lo diré —respondía el gorila, con una fría sonrisa en los labios.

—El primer sablazo de la noche —murmuró Linc cuando se reunió con Carrie.

Entonces, tomó la mano de ella entre una de las suyas y los dos juntos avanzaron entre el laberinto de mesas. El contacto reavivó las mariposas que ella sentía en el estómago. «*Pon los pies en el suelo, McCall*», se dijo a sí misma. Inmediatamente, centró su atención en la sala.

Tal y como el plano de Linc le había mostrado, la larga barra del bar ocupaba una pared entera de la sala. Las mesas ocupaban el resto, rodeando una espaciosa pista de baile que en aquel momento, estaba a rebosar de parejas bailando. A través de un arco, Carrie vislumbró varias mesas de billar y más allá, una pared con varias puertas cerradas. El confidente de Linc le había dicho que aquéllas eran las habitaciones en las que las chicas entretenían a los clientes.

Justo cuando llegaron a la barra, dos hombres se levantaron de sus taburetes. Carrie dejó su cazadora encima de uno de los asientos y Linc realizó un gesto similar con el otro. Desde allí, podían dominar todo el local.

—¿Qué va a ser? —les preguntó el camarero.

Estaba llenando una jarra de cerveza y casi no los miró. -

—¿Quieres lo de siempre? —le preguntó Linc a Carrie, tras colocarte una mano sobre el muslo.

A ella le pareció que el calor de cada uno de los dedos de él le atravesaba la gruesa tela vaquera.

—No cuando la noche es aún joven. Empezaré con algo menos salvaje.

Linc le colocó un dedo por debajo de la barbilla y le dedicó una sonrisa que le provocó a Carrie un nudo en la garganta.

—Nena, hasta ahora no he encontrado nada en ti que no sea salvaje.

Mientras a Carrie le costaba respirar, él pidió un refresco light y una cerveza. Cuando el camarero les colocó sus bebidas delante, Linc

sacó otro billete de veinte del fajo y lo tiró sobre la barra.

—Quédate con el cambio —le dijo.

—Gracias —respondió el camarero, mucho más interesado—.
¿Nuevos en la ciudad?

—Yo me mudé aquí la semana pasada—dijo Linc. Entonces, señaló a Carrie con la cabeza—. Ella también. Me alojo en el *Drop Inn*. El encargado me dijo que encontraría aquí buena comida...

—Las hamburguesas son estupendas. La de chili os hará arder.

—Y algo de acción...

El camarero agarró una botella de whisky.

—¿De qué clase?

—¿Cómo te llamas, guapo? —le preguntó Carrie, aunque ya sabía la respuesta por las fotografías que Linc le había enseñado.

—Zach —respondió el camarero llenando varias copas de whisky.

—Bien, Zach. Yo me llamo Carrie. Mi amigo Linc y yo estamos buscando acción de todas las clases —comentó ella, guiñándole un ojo—. ¿Qué nos recomiendas?

—Tenemos una máquina de póquer, billar... y muchos clientes muy simpáticos.

—Si quisiera jugar a los videojuegos, me iría a un salón de juegos —dijo Linc, tras dar un sorbo a su cerveza.

Zach volvió a mirarlos de arriba abajo. Carrie sabía que Linc y ella no serían invitados para participar en actividades ilegales hasta que los hubieran investigado un poco. Estaba segura de que el dueño del motel en el que supuestamente se alojaba Linc recibiría muy pronto una llamada de teléfono.

—Seguid viniendo por aquí —replicó el camarero—. Tal vez no tardéis en encontrar algo más interesante.

—Muy bien —contestó Linc—. Carrie, ¿te apetece jugar al billar?

—Ve tú —repuso ella. Su plan era separarse parte del tiempo para tratar de ver tanto como les fuera posible—. Yo voy a jugar al póquer con la maquinita que Zach nos ha sugerido. Si me aburro del póquer,

estoy segura de que encontraré a algún vaquero que me haga mover el esqueleto.

Linc extendió rápidamente la mano y le agarró la garganta.

—Cuando lo encuentres, nena —susurró—, asegúrate de que ese tipo comprende que eres mía.

Carrie sintió que la boca se le secaba al experimentar los primeros agujonazos del deseo. El aroma de la loción que Linc se había puesto era como una droga que se le metía en el sistema y le aceleraba el pulso. Durante un instante, se preguntó cómo sería sentir las manos de Linc sobre la piel desnuda, notar aquellos perfectos y blancos dientes sobre la garganta...

Su garganta, en la que en aquellos momentos, latía el pulso alocadamente contra la mano de Linc. Saber que él podría notar el efecto que estaba produciendo en ella le hizo recuperar la cordura. ¿Qué estaba haciendo? Era una agente de policía que estaba realizando una misión.

Forzó una sonrisa y trató de transmitir tranquilidad en la voz.

—Se me acaba de ocurrir una cosa.

—¿El qué?

—Después de bailar, querré arreglarme un poco —dijo, extendiendo la mano—. ¿Por qué no me das las llaves del todoterreno para que pueda ir a por mi bolso?

—Yo te lo traeré.

—Cielo, no quiero tener que cargar con él desde ahora. Saldré a buscarlo cuando lo necesite.

Linc agarró la cazadora y rebuscó la llave en el bolsillo.

—Si eso es lo que quieres... —susurró.

Entonces, se la colocó en la palma de la mano.

—Sí.

Agarró con fuerza la llave. En el llavero sólo estaba la del todoterreno, pero había visto cómo Linc metía el llavero que llevaba habitualmente en la guantera del coche. Ese llavero contenía con

toda seguridad las llaves de su casa. Cuando estuviera jugando al billar, Carrie saldría y realizaría la copia de las llaves.

—Hasta luego, nena —dijo él.

—Cuenta con ello, cielo.

—¿Quieres que echemos otra partida? —le preguntó el motero a Linc mientras le entregaba un arrugado billete de veinte dólares.

—Otra noche —respondió él.

Se había pasado una hora jugando al billar, observando atentamente los peludos antebrazos de los hombres. Vio muchos tatuajes, pero ninguno que se pareciera a la cola de una serpiente. Sabía que sería mucho esperar encontrarse con el canalla que mató a Kim en la primera noche.

Tras dejar el taco en el soporte que había en la pared, tomó su cerveza y regresó a la sala principal. El aire estaba viciado con el humo de los cigarrillos y vibraba con la música. Entornó los ojos y recorrió con ellos la pista de baile. Segundos más tarde, localizó el brillo de una melena rojiza entre los que bailaban.

Anteriormente, cuando agarró a Carrie por la garganta, había sentido la suavidad de aquella melena rojiza. Había sentido la tentación de asir uno de aquellos sedosos mechones, hacerle levantar la cabeza y...

¿Y qué? ¿Ver lo que hacía falta para conseguir que el pulso le latiera aún más fuerte? Se frotó la mandíbula con una mano y consideró la situación. El hecho de que el pulso se le hubiera acelerado no indicaba que sintiera una atracción por él. Aquélla era su primera misión secreta y debía de tener los nervios de punta. Sin embargo, no era así en su caso. Al agarrarla por la garganta lo que había sentido era precisamente atracción, una atracción que no le resultaba en absoluto bienvenida. Tenía que concentrarse en encontrar al asesino de Kim. El problema era que no podía dejar de pensar que el que había sido una vez su mejor amigo, u otra persona, había decidido hacerlo parecer el autor de siete asesinatos.

Mientras tomaba un sorbo de cerveza, recordó los acontecimientos de aquella tarde. Después de hablar con el detective de Tulsa había ido a ver a su jefe. Se lo había explicado todo, desde el hecho de que los siete hombres asesinados tenían expedientes en la UES hasta que él había pasado el fin de semana en Tulsa. Quintana pareció convencido de que Linc no tenía nada que ver con los asesinatos. La reacción de su jefe tranquilizó a Linc, pero decidió mantenerse alerta por si acaso. Con tanto encima, no necesitaba la complicación añadida de una nueva compañera que lo hacía vibrar por dentro.

Vio que Carrie estaba bailando con un joven vaquero. Cuando la música terminó, el hombre le susurró algo al oído y ella se echó a reír. Linc dejó la cerveza y se acercó a ellos. Agarró a Carrie por la cintura y observó con atención al vaquero. El muchacho tenía poco más de veinte años.

—Es hora de que yo reclame a mi chica —le dijo Linc.

El vaquero lo miró con desilusión y a continuación, centró su atención en Carrie.

—Ha sido un placer, pelirroja.

—Lo mismo digo. Cuídate, West —replicó ella.

—Lo haré. Espero volver a verte por aquí.

—Cuenta con ello.

Linc observó cómo el vaquero se fundía con la multitud y después miró a Carrie. Ella se había recogido el cabello con una mano y se estaba abanicando con la otra. Tenía las mejillas muy ruborizadas y el cabello húmedo en las sienes. Parecía como si acabara de hacer apasionadamente el amor y estuviera dispuesta a meterse en la cama para repetir. La imagen hizo que Linc apretara los dientes.

—Parece que ese vaquero es un verdadero admirador tuyo, pelirroja.

—Se llama West Williams —susurró ella—. No recuerdo haber leído información sobre él, ¿Y tú?

—No. ¿Crees que está fichado?

—Mi instinto me dice que es un buen chico, pero lo comprobaré de todos modos. Deberíamos bailar—sugirió ella, tras colocar una mano encima del brazo de Linc—. Cerca de la máquina de discos. Está pasando algo en uno de los reservados y no sé lo que es.

—Muy bien.

La máquina de discos empezó a reproducir una canción de amor. Linc rodeó a Carrie con los brazos, pensando que hubiera preferido algo más movido que no requiriera tanto contacto. Trató de no fijarse en el modo en el que el cuerpo de ella se fundía con el suyo.

—Bailas bien —le dijo Carrie al oído.

—Supongo que esperabas que te pisara los dedos de los pies.

—¿Por qué dices eso?

Sin pensar, Linc se enredó un mechón del cabello de Carrie entre los dedos. En aquel momento, pensó que era una verdadera pena que resultara tan agradable tenerla entre sus brazos.

—Podría ser por el modo en el que me estás clavando las uñas en el hombro.

—¡Oh...! —susurró ella. Inmediatamente abrió la mano—. ¡Lo siento!

—No ha sido nada.

Llegaron al lateral de la pista de baile que quedaba más cerca de los reservados. Linc inclinó la cabeza de modo que su mejilla rozaba la de Carrie y la boca quedaba justo al lado de la oreja de ella. Se preguntó si la piel de su compañera sabría tan bien como olía.

—¿Qué es lo que estoy buscando? —preguntó.

—Observa el reservado de la esquina —respondió ella, sin dejar de bailar.

Las notas de la canción se fueron desgranando hasta convertirse en otra con un ritmo más rápido. Linc le colocó la mano sobre la espalda y siguió bailando sin dejar de observar el reservado. Minutos más tarde dijo:

—He visto dos hombres y dos mujeres entrar por separado. Cada uno de ellos se sienta allí durante un rato y luego se marcha.

—Así es. Mientras yo estuve bailando, he contado una docena de personas que hacían exactamente lo mismo. Nunca se acerca una camarera para ver si a alguien le apetece tomar algo. ¿Se te ocurre algo que explique lo que está pasando?

—Todavía no —respondió Linc. Cuando la canción terminó, él se apartó, pero tomó a Carrie de la mano—. ¿Qué te parece si vamos a probar ese reservado?

—Me estás leyendo el pensamiento.

Ella entró primero en el cubículo y tomó asiento.

—Está demasiado oscuro como para ver nada —dijo. A su lado, Linc sintió que ella se rebullía mientras golpeaba la pared con una mano—. Lo único que noto es un trozo de madera forrado —añadió.

—¿De qué tamaño es?

—Aproximadamente como el reposabrazos de una butaca.

—¿Se mueve?

—No, que yo sepa —contestó Carrie. Lo miró a los ojos—. Esas personas no se habrían sentado aquí para luego marcharse sin razón alguna. Tienen que haber recogido algo. O dejado algo. Tal vez las dos cosas. No hay otra explicación.

—Drogas y dinero, tal vez —comentó Linc. Entonces, levantó la mirada y vio una cámara que los estaba enfocando—. Nos están grabando. Salgamos para mirar el otro lado de esa pared. Tal vez podamos ver si hay algún panel que se desliza.

—Buena idea.

Linc sonrió cuando una camarera se les acercó rápidamente.

—Dos cervezas...

Ella lo interrumpió inmediatamente.

—Estaré encantada de servíselas en otra mesa. Ésta esta reservada.

—Lo siento —dijo Linc. Se puso de pie inmediatamente—. No lo

sabíamos.

—No pasa nada. Encuentren otra mesa y les llevaré inmediatamente esas cervezas.

Carrie se levantó también.

—Escucha, cielo, tanto bailar me ha dejado agotada. ¿Qué te parece si nos olvidamos de esas cervezas y me llevas a mi casa?

—Claro, nena —respondió Linc.

Le dio unos cuantos dólares a la camarera y le dijo que volverían al día siguiente.

Cuando salieron al exterior, Linc se sacó una pequeña linterna del bolsillo y juntos se deslizaron hacia la parte posterior del local.

—¿Ves algo? —preguntó mientras iluminaba la esquina trasera del edificio.

—Nada —respondió ella—. Sin embargo, ninguna de las camareras se dignó ni siquiera a mirar a ninguna de las personas que estuvieron en ese reservado mientras yo estaba bailando. Cuando nos sentamos nosotros, se nos acerca una casi inmediatamente. Algo ocurre en ese reservado.

—Sí, yo...

En aquel momento, sé escuchó un leve crujido. Linc se quedó completamente inmóvil y de soslayo, vio que se abría la puerta trasera del local. Inmediatamente, miró a Carrie para asegurarse de que ella también lo había escuchado. Rápidamente apagó la linterna y se la metió en el bolsillo. Unas décimas de segundo después, el gorila de la puerta se acercó a ellos. Sus fuertes brazos parecían de acero cuando se colocó bajo la pequeña farola que iluminaba el porche trasero. Entonces, recorrió con la mirada la zona.

A pesar de que había muchas sombras en aquella parte de la calle, Linc no vio nada que pudiera ofrecerles cobijo. Si trataban de salir huyendo, sus pisadas sobre la grava del aparcamiento alertarían al gorila.

Sabía que sólo faltaban unos escasos segundos antes de que el

matón mirara en su dirección. También sabía que sólo había un modo de no mantener intacta la coartada que Carrie y él tenían.

Agarró con fuerza a Carrie por la muñeca y tiró de ella.

—Sígueme el juego —le ordenó en voz baja y urgente antes de cubrirle la boca con sus labios.

Capítulo 4

Carrie se quedó completamente atónita por las sensaciones que estaba experimentando. La parte de su cerebro que aún seguía funcionando aceptaba perfectamente que Linc la hubiera tomado entre sus brazos sólo para no estropear su tapadera cuando el gorila salió del local. Sin embargo, el hecho de que comprendiera los motivos de Linc, no había logrado evitar que el pulso se le acelerara y que algo muy cálido brotara en su interior.

Automáticamente, le colocó las manos sobre los hombros y se agarró con fuerza. El pulso le rugía en los oídos. Tuvo que contenerse para no murmurar de placer al sentir las caricias de la boca de Linc contra la suya. Sus defensas cayeron y saboreó con deleite sus labios.

Linc la tenía tan cerca de su cuerpo que Carrie tenía los senos apretados contra el torso de él. El calor que emanaba del cuerpo de su compañero atravesaba las capas de ropa que había entre ellos. Carrie se echó a temblar cuando el aroma cálido y masculino de la colonia que él se había puesto la envolvió completamente. El deseo pareció inundar cada poro de su piel. Le pareció que podría estar allí toda la noche, envuelta en aquella atmósfera de erótico y sensual calor.

—¿Qué diablos estáis haciendo?

El grito del gorila sobresaltó a Carrie. Le pareció que las piernas eran como de gelatina. El corazón le latía tan fuerte que sentía el pulso bajo la piel. Todo su cuerpo parecía haber adquirido una sensibilidad añadida. Ningún hombre la había afectado nunca de aquella manera ni la había llevado tan lejos con sólo un beso.

—Tranquila —le advirtió Linc con un hilo de voz. Sin dejar de abrazarla, se volvió y le dedicó al gorila una irónica mirada—. Hombre, ¿qué te parece a ti que estamos haciendo?

Carrie se giró para contemplar al gorila, que parecía más amenazador bajo la tenue luz de aquella bombilla, y casi pudo leer lo que él estaba pensando. Por supuesto que le parecía que estaba contemplando a dos amantes dándose un revolcón. Con lo que había visto, era imposible que pensara que Linc y ella estaban fingiendo. ¿Cómo iban a estar haciéndolo cuando habían estado a punto de devorarse el uno al otro?

Rápidamente corrigió sus pensamientos. Había sido ella la que había estado a punto de hacerlo. Lentamente levantó la mirada y vio que Linc observaba al matón con una expresión impasible en el rostro.

Había estado actuando. El beso que habían compartido había estado a punto de volverla loca, pero la actuación de Linc se había debido exclusivamente al cumplimiento de su deber. Además, Linc Reilly era su misión. El posible sospechoso de haber cometido siete asesinatos. Por su propio bien, debía recordarlo.

—Lo que parece es que te estás comiendo a esa pelirroja. Lo que quiero saber es por qué aquí —replicó el hombre, que se parecía al increíble Hulk, mientras bajaba los escalones—. ¿Estáis buscando algo aquí?

—Escucha compañero —empezó Linc—. La señorita y yo estábamos... Hablando, ¿verdad, nena? —añadió, lanzando a Carrie una atrevida mirada.

—¿Hablando? —replicó ella, con un gesto de incredulidad—. Cielo, este fortachón me parece demasiado inteligente como para creerse esa tontería. Tienes razón, guapo —añadió, refiriéndose al gorila—. Estábamos aquí a oscuras porque yo estoy buscando algo.

—¿Sí? —repuso el matón—. ¿Y qué es exactamente lo que estás buscando?

—Divertirme —ronroneó ella, acurrucándose contra Linc—. Y este hombre me lo ha prometido. Él quería ir a su motel, pero yo... Bueno, yo no quería esperar —añadió, con un coqueto pestañeo—, así que le atraje hasta aquí para que tuviéramos un poco de intimidad. Espero que no te hayamos causado demasiados problemas.

El matón la contempló con cierto aire de sorna, como si ella fuera una delicada damisela que empezaría a gritar si él le ponía una mano encima. Lo que no sabía era que Carrie iba armada y que a pesar de la diferencia de tamaño, podía inmovilizarlo con un golpe en la tráquea.

—La parte posterior del bar es zona restringida —dijo Hulk, por fin—. Estáis en un lugar en el que no deberíais. Que no vuelva a sorprenderos aquí.

—Te lo prometo —afirmó ella. Entonces, se volvió a Linc y le dedicó una sonrisa—. Cielo, ahora que se me ha enfriado la sangre, aquí hace demasiado frío para mi gusto. Prefiero irme a tu motel, si aún lo deseas.

—Sí, nena. Claro que sí —susurró Linc, volviendo a besarla—. Te deseo entera...

Minutos más tarde, Carrie se preguntó cómo había podido atravesar el aparcamiento cuando le temblaban tanto las piernas.

—Hemos estado cerca —comentó él, tras ponerse detrás del volante.

—Sí —susurró ella.

Centró su atención en el parabrisas, con la esperanza de que se le calmaran los nervios.

—Te has ocupado de ese tipo como una profesional —afirmó él mientras arrancaba el coche.

«Ojalá hubiera sido capaz de controlar de igual manera las reacciones que me produce mi compañero», pensó Carrie. No era capaz de olvidarse que había bastado un beso de Linc para que ella se iluminara como un árbol de Navidad.

Cerró los ojos. La había tomado por sorpresa, eso era todo. Su

sistema no había estado preparado para la repentina oleada de sensaciones. Tendría que estarlo la próxima vez. «*Ojalá no haya próxima vez*», se dijo. Sólo con estar al lado de Linc se sentía como si estuviera zambulléndose en lo desconocido.

— ¿Por qué estás tan callada, McCall?

— Sólo estaba repasando lo ocurrido esta noche —mintió ella—. Tenemos que ir al motel y escribir los informes sobre lo que observamos y a quién vimos haciéndolo.

— Por supuesto —dijo él. Se quitó los guantes y se mesó el oscuro cabello con una mano—. Mira, McCall, lo que ocurrió allí...

— Era lo único que podíamos hacer para mantener intacta nuestra tapadera.

— Eso es. Lo que ocurrió es un ejemplo de misión en el que no sólo se necesita una historia y una razón para estar en un lugar, sino que se necesita una historia y una razón muy buenas —añadió él—. Sólo quería asegurarme de que a ti no te importaba.

— Tu preocupación queda anotada —replicó ella, algo molesta de que el beso que habían compartido no pareciera haber tenido efecto alguno en él—. Puedes relajarte. No eres el primer hombre que me besa.

— Bueno, eso no es ninguna novedad —comentó él, con tranquilidad—. Como te dije antes, llevaste muy bien el asunto. Todo el asunto.

— Gracias —dijo Carrie. Mientras Linc creyera que su reacción había sido tan buena como la actuación de él, no se sentía tan vulnerable. Rápidamente, decidió cambiar de tema y señaló el Chevrolet azul que aún seguía aparcado al lado del todoterreno—. Howard Klinger entró en el bar al mismo tiempo que nosotros, pero no lo vi dentro. ¿Y tú?

— No. Lo busqué cuando estábamos en el bar y luego cuando estuve jugando al billar. Yo tampoco lo vi por ninguna parte.

— ¿No te parece extraño?

—Más que extraño. Tenemos que averiguar lo que ese tipo está tramando.

—Y a donde va para hacer lo que esté tramando.

—Mientras tú estabas buscando el panel en la pared exterior del bar, me percaté de que hay una escalera de madera en la parte posterior del edificio. Las luces de un par de habitaciones del segundo piso estaban encendidas. Howie pudo estar arriba.

—Tal vez el gorila se enfadó tanto porque no quería que viéramos a nadie utilizando esas escaleras —comentó Carrie.

—Eso tiene bastante sentido.

—¿Crees que Howie tiene algo que ver con lo que está ocurriendo en ese reservado? —preguntó Carrie, frunciendo el ceño.

—Todo es posible. Tenemos que instalar una cámara en el reservado.

—¿Una cámara?

—Eso es lo que estaba pensando.

—¿Se te ocurre algún modo de colocarla?

—No, pero conozco un policía en la Brigada Antivicio que sí lo sabrá. ¿Has trabajado alguna vez con Wade Crawford?

—Mi hermana Morgan sí.

Carrie contuvo el aliento al ver que Linc se inclinaba para abrir la guantera. Contempló cómo apartaba el llavero que ella, después de sacar el molde de la llave de su casa, había tratado de colocarlas tal y como había encontrado. Recobró la respiración sólo cuando vio que Linc sacaba el teléfono móvil y volvía a cerrar la guantera.

—¿Te parece bien que concierte una entrevista con Crawford mañana?

—Por supuesto.

Mientras Linc realizaba la llamada, Carrie sacó el bolso que había vuelto a colocar debajo del asiento después de sacar el molde. Bajo los dedos, notó la frialdad de la cajita que contenía la impresión de la llave de la casa de Linc.

—Crawford está muy liado mañana por la mañana —anunció él, después de terminar la llamada—. Lo antes que podemos verlo es a las siete de la tarde de mañana —añadió, mientras metía una marcha del coche—. Va a instalar unas cámaras en un lugar que no está demasiado lejos de mi casa, por lo que será allí donde nos reuniremos. ¿Te parece bien?

—Claro —respondió ella.

Aquella podría ser su oportunidad para conseguir el código de la alarma.

Linc le dio la dirección y añadió:

—Cuando hayamos terminado con Crawford, tú y yo volveremos aquí para nuestra segunda noche de diversión.

—¿Cuándo dijeron los de la sección de objetos confiscados que tendrían listo mi coche?

—¿Por qué? —preguntó Linc mientras se dirigía hacia la salida del aparcamiento—. ¿Es que no te gusta cómo conduzco?

—Ahora que lo mencionas, no te vendrían mal unas clases de perfeccionamiento —bromeó ella. Si tuviera su propio coche, podría ir a todas partes sola. Lejos de él, lo que le daría tiempo para tranquilizarse—, pero te lo preguntaba porque tu plan requiere que cada uno tengamos nuestro vehículo —explicó—. Si tú llegas solo al bar en alguna ocasión, las chicas se mostrarán más predispuestas a insinuarse. Aunque las rechaces, podrías charlar con ellas un rato para averiguar qué es lo que ocurre allí.

—Me alegro de que hayas recordado mi plan, McCall.

—¿Y mi vehículo?

—Los de objetos confiscados acaban de hacerse con un Corvette rojo y blanco que me pareció que te vendría al pelo, por lo que lo aparté para ti. Puedes ir a recogerlo mañana. ¿Te parece bien?

—Estupendo —respondió Carrie.

Sería capaz de conducir un camión de basuras con tal de estar alejada de él.

Al día siguiente por la tarde, Linc acababa de echar un puñado de pienso en el bol que había sobre el suelo de la cocina cuando sonó el timbre.

—Que aproveche, peludo —le dijo al siamés que se había pasado cinco minutos frotándosele contra las piernas.

El hambre era la única razón por la que el maldito gato se le acercaba.

Tras lavarse las manos, se las secó con un paño que se echó por encima del hombro y fue a abrirle la puerta a la mujer que le había impedido dormir la noche anterior.

En aquella ocasión, Carrie llevaba la cazadora de visón sintético sobre un jersey de cuello alto de color negro y una falda de cuero rojo que dejaba al descubierto un muslo muy cremoso. Se había peinado con un recogido muy informal y su cabello relucía como el fuego bajo la luz del porche.

—Hace mucho frío aquí fuera —dijo Carrie—. ¿Vas a invitarme a entrar?

—Sí, claro —respondió Linc. Cuando abrió la puerta de par en par, vio que el Corvette estaba aparcado frente a la casa—. ¿Te gusta el coche?

—Es un sueño —contestó ella mientras se quitaba la cazadora—. Dado que es el único vehículo que hay aparcado frente a la casa, deduzco que Wade Crawford aún no ha venido.

—Ha llamado.

Cuando Linc se dispuso a tomarle la cazadora, olió el perfume tan sensual que ella solía ponerse. «*Estupendo*», pensó. Se cuadró de hombros y se dirigió al salón. Allí, dejó la cazadora de Carrie en el mismo sitio en el que estaba la suya.

—Crawford va a llegar un poco tarde. Tengo todo lo que necesitará saber sobre *El Escondite* sobre la mesa que hay delante del sofá.

Carrie comenzó a estudiar los volúmenes encuadernados en cuero

que él tenía en las estanterías que había a ambos lados de la chimenea. Eso le dio a Linc la oportunidad de mirarle la espalda, el trasero y las piernas, todas ellas partes de un cuerpo con el que un hombre podría pasarse toda la noche soñando. Si él hubiera conseguido dormir algo la noche anterior, con toda seguridad habría soñado con ellos.

Había estado toda la noche despierto en su sórdida habitación de motel, diciéndose una y otra vez que las sensaciones que le había producido aquel beso eran sólo producto de la lujuria pura y simple. Un hombre que deseaba a una mujer. Nada complicado. Después de todo, era un ser humano. La había tenido entre sus brazos, temblando contra su cuerpo. Cuando Carrie separó los labios bajo los de él... ¿Cómo diablos no iba a reaccionar?

—Tienes muy buen gusto, Reilly —comentó ella—. Muy buen gusto.

—El mérito es de mi esposa. Era su casa cuando nos casamos. Yo sólo me vine a vivir aquí con ella.

—Se le daba muy bien la decoración...

—Se ganaba la vida con ello. Era decoradora. Y muy buena.

—En mi familia, es mi hermana Grace la que tiene la habilidad para el diseño de interiores. Cuando su esposo murió, vendió su casa y se vino a vivir con Morgan y conmigo. Ahora, nuestra casa es cálida y cómoda y todo es gracias a Grace.

Linc se metió las manos en los bolsillos. Sin realizar comentario alguno, se puso a pensar que todo el mundo se enfrenta de un modo muy diferente a la muerte de su cónyuge. Él había preferido quedarse en aquella casa, con el maldito gato al que Kim tanto había querido porque era un modo de aferrarse a su esposa.

Sin embargo, había decidido cerrar completamente el segundo piso porque sólo subir la escalera y entrar en el dormitorio que Kim y él habían compartido era como si le clavarán un puñal en el pecho una y otra vez. Llevaba dos años durmiendo en el sofá del despacho,

viviendo como un monje y tratando de deshacerse de la culpabilidad y la angustia que le provocaba el hecho de tener la sangre de Kim sobre las manos.

En aquellos momentos se encontraba allí, frente a la mujer que lo había devuelto a la vida. Apretó los puños. No deseaba sentirse atraído por otra mujer. Lo que quería era seguir canalizando su tiempo y sus energías en encontrar al canalla que le había arrebatado a Kim y a la persona que quería atribuirle siete asesinatos. Ya tenía bastante encima como para añadir a su nueva compañera.

Cuando Carrie se acercó a una de las estanterías, se fijó en que ella llevaba puestos unas manoletinias de color rojo.

— ¿Piensas bailar con esos zapatos?

— Ya lo he hecho antes —replicó ella.

— McCall, quiero que vayas armada siempre que entres en *El Escondite*.

— Y lo estoy.

— ¿Acaso llevas la pistolera en el muslo? —preguntó, mirándola de arriba abajo. Trató por todos los medios de no imaginárselo.

— Bingo. ¿Has cocinado esta noche? —quiso saber Carrie, tras acercarse a él.

— ¿Por qué? ¿Acaso hueles a humo?

— No —comentó ella, con una carcajada que le llegó hasta lo más hondo de su ser. Entonces, tocó el paño de cocina que Linc llevaba encima del hombro—. Tienes un aspecto muy doméstico, eso es todo.

— Estaba dándole de comer al gato —replicó, quitándose el paño del hombro—. Echar la comida en un bol es más o menos hasta donde llegan mis habilidades culinarias, ¿y tú?

— Casi ni sé cómo se llega a la cocina. Morgan es la cocinera de la familia. Para ella, las recetas de un gourmet son un juego de niños.

— Grace decora, Morgan cocina. ¿Cuál es tu especialidad?

— Siempre se me han dado muy bien los hombres —comentó ella, echándose hacia atrás el cabello.

—Otra primicia —dijo Linc, justo en el momento en el que sonaba el timbre para anunciar la llegada de Wade Crawford.

Linc fue a abrir y en cuanto vio a Carrie, Wade Crawford le dedicó una resplandeciente sonrisa.

—No sé por qué tú y yo jamás hemos trabajado juntos, Carrie —comentó, mientras le estrechaba la mano. Era un hombre atractivo, alto, delgado, que llevaba el cabello recogido con una cinta de cuero. Linc notó que Crawford miraba a Carrie con verdadera admiración. Efectivamente, a ella parecían dársele muy bien los hombres.

—Trabajaste con mi hermana Morgan hace un par de meses —replicó Carrie, con una sonrisa.

—Eso es. Alex Blade y ella estaban trabajando juntos en una misión, en la que creo que resultó herida. ¿Cómo está?

—Bien. Ahora está patrullando las calles. Alex y ella acaban de anunciar su compromiso.

—No me sorprende. Cuando le dije a Blade que esperaba poder pasar más tiempo con Morgan, estuvo a punto de rebanarme la garganta.

—Eso es el amor verdadero.

—Sí, aunque a mí me va más lo de aprovechar el momento y divertirse —replicó Crawford—. ¿Y a ti?

De repente, Linc se sintió muy molesto. Dio un paso al frente e intervino en la conversación.

—¿Qué os parece si los dos ponéis freno a vuestras libidos, al menos hasta que nos hayamos ocupado de lo que nos ha reunido aquí? —les espetó.

—Por supuesto —dijo Carrie, con una sonrisa.

Se quitó los zapatos y se acurrucó en una esquina del sofá. Inmediatamente, el gato se le sentó encima y se quedó dormido.

Quince minutos después, Linc había terminado de informar a Crawford sobre la investigación que estaban llevando a cabo en *El Escondite* y lo que pensaban sobre el reservado.

—Muy bien. Vamos a planear cómo podemos grabar lo que está pasando allí. ¿Es éste el reservado del que estáis hablando? —preguntó, indicando el lugar exacto en el plano.

—Sí —respondió Linc.

—¿Y ésta es la máquina de discos?

—Correcto.

—¿Alguna idea de qué marca es?

—No lo sé —respondió Linc—. ¿Y tú, McCall?

—No. Puedo mirarlo mientras estemos allí esta noche.

—Muy bien —afirmó Crawford—. La máquina está en un buen ángulo para que una cámara pueda filmar la actividad que se desarrolla en el reservado.

Mientras acariciaba al gato, Carrie frunció el ceño.

—¿Estás pensando en poner una cámara sobre la máquina de discos?

—Dentro —contestó Crawford—. Llamadme para decirme la marca de la máquina y lo prepararé todo. Tiene que haber una etiqueta en alguna parte, como las que tienen las máquinas expendedoras, en la que se especifica el nombre de la empresa de reparaciones y el número de teléfono. Entonces, programaré una moneda especial implantada con un microchip. Uno de vosotros, sólo tendrá que meter la moneda para que el chip vuelva loca a la máquina. Lo coordinaremos todo para que cuando ocurra, yo esté dentro de una furgoneta en el aparcamiento. Cuando la máquina se vuelva loca, sólo tenéis que montar un buen jaleo y decir que os ha robado el dinero. Yo controlaré las llamadas que se emitan desde el bar. Cuando marquen el número de la empresa de reparaciones, yo interceptaré la llamada. Al día siguiente, me presentaré, retiraré la moneda, arreglaré la máquina e implantaré una cámara en su interior dirigida al reservado en cuestión. Más fácil imposible.

—¿No necesitaremos una orden para hacer eso? —preguntó Carrie.

—Para la cámara no. *El Escondite* es un lugar público que cuenta con un sistema de vigilancia, por lo que no se espera intimidación. En realidad, no es muy diferente a entrar con una minicámara escondida en la hebilla del cinturón o algo así. Lo de interceptar la llamada es otro asunto que un juez tendrá que aprobar, pero no creo que haya ningún problema. El departamento ha recibido numerosas quejas sobre las actividades que se desarrollan en ese bar. Hay muchos ciudadanos en pie de guerra por ello. Los dos tratasteis de averiguar lo que está ocurriendo, pero os lo impidieron. Presentaremos todos los hechos ante un juez y pediremos permiso para interceptar sólo la llamada que realicen a la empresa de reparaciones. Estoy completamente seguro de que conseguimos el beneplácito del juez. Bueno —concluyó Crawford mientras se ponía de pie—. Tengo que marcharme. ¿Es eso todo lo que necesito saber sobre ese local?

—El portero tiene el aspecto de poder romper ladrillos con la cara —comentó Linc mientras se levantaba también.

—En ese caso, seré amable con él. No te molestes en acompañarme a la salida —dijo.

Entonces, desapareció por el pasillo.

Cuando la puerta se cerró, Linc miró a Carrie. Se había levantado y se había vuelto a poner los zapatos. El siamés estaba despierto y la observaba con adoración.

—Ese maldito minino no me hace ni caso a menos que tenga hambre —observó Linc mientras se ponía su cazadora.

—No me imagino por qué —dijo Carrie. Cuando le acarició la cabeza, el gato empezó a ronronear con fuerza—. No lo entiendo, Reilly. ¿Cómo podría ser inmune a tu irresistible encanto?

—Uno de los grandes misterios de la vida. Venga, vayámonos al bar —dijo. Tomó la cazadora de Carrie y la ayudó a ponérsela.

—El perfecto caballero.

—Sí.

Cuando le colocó la cazadora sobre los hombros, la mano derecha

rozó la nuca de Carrie. Sintió el chispazo de la electricidad y con el reverso de los dedos, notó que ella se echaba a temblar. Terminó de colocarle la cazadora y apoyó las manos sobre los hombros de ella. Como Carrie llevaba el cabello recogido, podía admirar el esbelto cuello. De repente, experimentó la necesidad de bajar la cabeza y acariciarle aquel trozo de piel con los dientes. Decidió que se trataba simplemente de puro deseo. Nada más. Recordó de nuevo a Kim y decidió que si hubiera sido mejor esposo para ella, su mujer aún seguiría viva. Habiendo fallado tan absolutamente a una mujer, no tenía deseo alguno de iniciar una relación con otra.

Después de soltarse de él, Carrie se dio la vuelta y lo miró. En sus ojos se reflejaban los nervios.

— ¿Lista para ir a trabajar?

— Sí —respondió ella.

—Tengo que apagar un par de lámparas. Espérame en la puerta principal.

—Bien.

Carrie estaba en el recibidor, observando atentamente el panel de la alarma cuando él se reunió con ella unos segundos más tarde. Un ligero gesto de preocupación le fruncía el ceño.

— ¿Te inquieta algo, McCall?

En el rostro de Carrie se reflejó un gesto que él no supo interpretar. Una sombra.

—Nada. Sólo estoy ansiosa por ir a trabajar.

Carrie se metió las manos en los bolsillos de la cazadora y esperó mientras él marcaba el código de la alarma.

Capítulo 5

Tres días más tarde, Carrie estaba haciendo equilibrios con un plato de cartón en una mano mientras se inclinaba por encima de la mesa de la pequeña sala de interrogatorios de la unidad.

—Linc no me había dicho que era su cumpleaños —comentó, agarrando un tenedor del montón de cubiertos de plástico.

—Eso es típico de Reilly —dijo Tom Nelson, antes de meterse otro trozo de pastel de chocolate en la boca—. No le gusta que la gente esté pendiente de él. ¿No te diste cuenta de lo rápido que regresó a su escritorio con la excusa de tener que hacer una llamada cuando vio el pastel?

—Me di cuenta —contestó Carrie.

Mientras saboreaba el pastel de chocolate y fresa, Carrie observó como Nelson se sacudía las migas de la camiseta. Aunque su misión era descubrir si Linc Reilly era el responsable de los siete asesinatos, Carrie había recopilado información sobre todos los detectives de la UES. Sabía que Nelson también había tratado con uno de los delincuentes asesinados y que hacía unos años, el afable policía había sido acusado de dejar pruebas en la casa de un presunto violador en serie. El hecho nunca se había demostrado, pero si era cierto, podía ser que Nelson hubiera pasado de tratar de incriminar a delincuentes a matarlos. Por ello, decidió aprovechar la primera oportunidad que tenía de charlar con él.

—¿A qué se debe eso? —preguntó—. ¿Acaso odia tanto cumplir un año más que no puede fingir que agradece mucho que tu esposa le haya preparado un pastel?

Cuando se escuchó una risotada del otro lado de la sala, en la que se había reunido toda la unidad para tomar el pastel, Carrie levantó la mirada y vio que Quintana estaba charlando con varios de sus hombres.

—No. Linc lo agradece mucho. Puedes estar segura de que llamará a Susan para agradecerle el esfuerzo y que incluso le mande unas flores. Simplemente, creo que el hecho de que yo le trajera un pastel ha sido una mala idea.

—¿Por qué?

—El cumpleaños de su esposa es dentro de un par de días. Bueno, debería decir que era. Se me había olvidado hasta que entré aquí en la sala con el pastel y Evelyn me lo recordó. Linc y Kim siempre se marchaban juntos durante un fin de semana para celebrar sus cumpleaños. Algunas veces esperaban y se tomaban un par de días de vacaciones por el día de Acción de Gracias. Esta época del año es muy triste para Linc.

—¿No fue su esposa asesinada precisamente en Acción de Gracias?

—Eso fue cuando encontraron el cadáver. Hace dos años.

—Lo has hecho con buena intención —comentó Carrie, comprendiendo lo tristes que debían de ser los recuerdos para su compañero—. Estoy segura de que Linc lo sabe.

—Sí —susurró Nelson. En aquel momento, su teléfono móvil empezó a sonar. Nelson le dijo a la persona que llamaba que esperara y se levantó—. Supongo que tendremos que darle a Linc más tiempo.

Carrie asintió y vio cómo Nelson salía de la sala.

—Es una pena que Kimberly Reilly no tuviera más tiempo de vida.

La voz resonó a sus espaldas. Carrie se dio la vuelta y descubrió a Don Gaines, que se había apartado del resto de los policías. Evidentemente, el alto detective con cabello negro, piel cetrina y ojos hundidos no tenía reparo alguno en admitir que había escuchado la conversación entre Nelson y ella.

Carrie recordó su primer día en la unidad, cuando Gaines le dio a Linc el mensaje sobre el asesinato en Tulsa. Carrie observó a los dos hombres y sintió que una profunda animadversión se despertaba entre ellos. En aquellos momentos, mientras la observaba a ella, tenía una expresión de frialdad casi idéntica. Por el tono de la afirmación que había hecho sobre Kimberly, Carrie se preguntó si la esposa de Linc podría ser la causa de aquel enfrentamiento.

—Estoy segura de que todo el mundo desearía que Kimberly Reilly siguiera con vida —afirmó.

—Unos más que otros. ¿Habéis congeniado Reilly y tú como compañeros?

—Sí. Linc está poniendo a prueba sus habilidades como jugador de billar y yo he aprendido todos los bailes country que existen.

—Supongo que habréis estado bailando juntos.

—En nuestra misión aparentamos ser pareja. Y las parejas bailan. ¿Por qué lo pregunta?

—No sería la primera vez que los compañeros terminan siendo algo más.

Carrie se tensó al recordar el beso que Linc y ella habían compartido, el deseo que ella había experimentado en su casa cuando él la ayudó a ponerse la cazadora... A pesar de todo, lanzó a Gaines una fría mirada.

—No sé por qué dice eso, sargento Gaines.

—¿Por qué no me llamas Don?

—¿Por qué no deja de andarse por las ramas y me dice ya lo que quiere decirme?

—Muy bien. Sería una terrible equivocación que empezaras una relación con Reilly.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que a mí me preocuparía cualquier mujer, sea policía o no, que se enrollara con Reilly. Es culpa suya que ella esté muerta.

Carrie parpadeó. Durante un momento, se puso a pensar en los

asesinatos del *Vengador*, pero ninguna de las víctimas había sido una mujer.

—¿Quién?

—Kim.

Carrie se tensó. Miró hacia atrás para ver si Quintana o alguno de los otros detectives habían escuchado aquella afirmación. Su intranquilidad se acrecentó cuando vio que Gaines y ella eran los únicos que quedaban en la sala.

—Es una acusación muy seria, sargento Gaines.

—Pero cierta.

—¿De verdad? Yo he oído que la señora Reilly se marchó sola de la ciudad y que paró en una gasolinera cuando estaban cometiendo un robo. Que el ladrón mató al encargado primero y luego a ella.

—Días después.

—¿Cómo puede justificar que la muerte de Kim es culpa de Reilly?

—La familia de ella había planeado una reunión en Claremore — contestó Gaines—. Reilly le dio a Kim su palabra de que iría con ella, pero se echó atrás. Según las cintas de las cámaras de vigilancia de la gasolinera, ella entró justo después de que ese canalla hubiera disparado al encargado. Echó a correr, pero él la atrapó, la secuestró, la violó Dios sabe cuántas veces y dos días después la arrojó a una zanja.

La muerte de Kim no era culpa de Linc, pero Carrie no tenía intención de discutir con Gaines. En vez de eso, trató de encontrar las razones de la evidente inquina que sentía por su compañero.

—Evidentemente, Kim significaba mucho para usted.

—Estuvimos saliendo juntos. Era una mujer muy hermosa — susurró—. Se merecía algo mucho mejor que la vida que llevaba.

En aquel momento, Carrie comprendió que estaba enamorado de ella.

—¿Mejor que un esposo que le había prometido llevarla a un sitio

y luego cambió de opinión?

—Si Reilly la hubiera querido, la habría llevado a Claremore. Seguiría viva. Su muerte es culpa de él.

—¿De verdad cree que Linc no la quería?

—Dímelo tú misma. ¿Qué opinión te merece un hombre que entierra a su esposa en la sepultura más barata de todo el cementerio? —le preguntó. Carrie abrió la boca, pero no pudo encontrar palabras para responder—. No tengo ningún plan, Carrie. Considerate advertida, eso es todo. A Reilly se le da muy bien decirle a una mujer lo que desea escuchar. Desgraciadamente, no se puede confiar en lo que dice.

De soslayo, Carrie captó movimiento en la puerta. Giró la cabeza y vio que Linc estaba apoyado en el umbral. Observaba la escena con la expresión cauta de un policía. Afortunadamente, estaba demasiados lejos como para haber podido escuchar la conversación.

—Hablando del rey de Roma... —dijo Gaines de todos modos.

—Eh, compañero —lo saludó ella, con una sonrisa—. ¿Me necesitas para algo?

Linc miró a Gaines y luego volvió a mirarla a ella.

—Wade Crawford ha llamado —respondió—. Ya tiene la moneda preparada —añadió, acercándose lentamente a ella—. Le dije que los dos iríamos a su taller. Los tres debemos decidir el modo en el que vamos a llevar a cabo la operación.

—Muy bien. ¿Cuándo vamos a verlo?

—Ahora mismo —contestó él, mientras le dedicaba una gélida mirada a Gaines—. Es decir, si tú has acabado de hablar del rey de Roma a mi compañera...

—Linc, yo...

—Hablabamos de camino al taller de Crawford, Carrie.

Minutos más tarde, Linc se reunió con Carrie en las escaleras.

—Hablemos aquí mismo —dijo él.

—Muy bien.

—Tengo una idea muy aproximada de lo que Gaines te estuvo diciendo. Me ocuparé de él más tarde. Por el momento, me imagino que tengo que controlar los daños que se han producido en ti.

—¿De qué estás hablando?

—No podemos trabajar como compañeros si no somos sinceros el uno con el otro, McCall. No quiero que tú tengas dudas sobre mí.

Carrie bajó la mirada. ¿Habría descubierto de alguna manera que ella trabajaba para Asuntos Internos y que lo estaba investigando como sospechoso de siete asesinatos? ¿Habría querido dejarle claro que sabía lo que ella estaba tramando?

—¿Ocurre... ocurre algo?

—Estoy esperando que me digas de qué hablaste con Gaines.

—Sé que no estabas lo suficientemente cerca como para escuchar la conversación. Entonces, ¿por qué crees que sabes lo que me dijo?

—No tuve necesidad de escuchar la conversación porque me ha dicho lo mismo a la cara en innumerables ocasiones —afirmó Linc, cruzándose de brazos—. Te dijo que la muerte de Kim es culpa mía.

—Así es —admitió Carrie.

—Yo no hablo sobre lo que le ocurrió a mi esposa, pero tú y yo necesitamos trabajar juntos. Por lo tanto, si tienes alguna pregunta sobre lo que Gaines te contó, hazla.

—Muy bien —dijo Carrie, completamente incrédula—. Aquí va la primera. Dado que sabes que Gaines va por ahí acusándote de haber provocado la muerte de su esposa, ¿por qué no le has partido ya la cara?

—Porque tiene razón. Es culpa mía.

—He oído hablar lo suficiente sobre el caso como para saber lo que ocurrió. Tú ni siquiera estabas presente.

—De eso se trata precisamente. No estaba allí. Había prometido llevarla con su familia y me eché atrás.

—Debes considerar que si tú hubieras entrado también en aquella gasolinera, podrías estar muerto.

—Si yo hubiera estado allí, ese canalla no le habría puesto una mano encima. Como no estaba con ella, está muerta. La culpa es mía. Supongo que tienes más preguntas —añadió, al ver que Carrie permanecía en silencio.

Carrie tenía que hacer su trabajo. No se podía permitir pensar en él como nada más que una misión. A pesar de todo, no veía solamente un policía que podría estar asesinando delincuentes. También veía a un hombre cuya esposa había sido asesinada, un hombre que jamás podría aceptar aquella muerte como una mala jugarreta del destino. Por lo tanto, se culpaba de lo ocurrido.

Ella no quería admitir que había algo en él que estaba empezando a atraerla mucho más que el físico. Dada su situación, sólo pensarle le provocaba pánico.

—¿Preguntas, McCall?

—¿Por qué te odia Gaines? —dijo, pronunciando lo primero que se le vino a la cabeza.

—Los dos salimos con Kim. Ella me eligió a mí. Antes de que me lo preguntes, te diré que después de eso, no hubo nunca nada entre Gaines y ella, a pesar de lo mucho que a él le hubiera gustado. Cuando Kim le dijo que se iba a casar conmigo, él le respondió que esperaría todo el tiempo que fuera necesario hasta que ella se diera cuenta de la equivocación que iba a cometer.

—Y cuando ella murió, él también perdió cualquier posibilidad que pudiera tener con ella. Y por supuesto, eso es culpa tuya.

—Bingo. En la universidad, Gaines y yo éramos muy buenos amigos. Me resulta difícil imaginármelo ahora.

Carrie se preguntó hasta dónde habría llevado a Gaines la amargura que sentía hacia Linc. Desde el principio, la muerte de Kimberly Reilly había parecido ser el motivo de la presunta oleada de crímenes provocada por su esposo. Nada de lo descubierto aquel día cambiaba ese punto, pero ¿y el *Vengador*? ¿Sería posible que los crímenes hubieran sido cometidos no por el marido de Kim, sino por

el hombre que estaba enamorado de ella, un hombre decidido a conseguir que el elegido de Kim pagara por la muerte de ésta?

Carrie se frotó la frente, donde se le estaba empezando a formar un dolor de cabeza. No recordaba si Gaines se había ocupado de algunas de las víctimas del *Vengador*. Fuera como fuera, Gaines tenía acceso a los expedientes de la UES.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Linc.

—Es sólo un dolor de cabeza.

—Probablemente Crawford tendrá aspirinas —dijo Linc—. ¿Alguna pregunta más antes de que nos dirijamos al sótano?

—Tal vez. Me gustaría plantearte una teoría para que me des tu opinión.

—Te escucho.

—Dos policías, un hombre y una mujer, se reúnen en un restaurante para cenar. Después de la cena, la mujer policía se marcha al lavabo y su compañero le dice que la esperará fuera. En el aparcamiento, se encuentra con un drogadicto que está intentando robar un coche. El drogadicto dispara antes de que el policía consiga siquiera desenfundar el arma. El policía cae muerto. Si su compañera hubiera estado con él, ¿podría haberlo salvado? ¿Es culpa de ella que su compañero haya muerto sólo porque se fue al lavabo?

—¿Por qué crees que necesito escuchar el relato de la muerte de Ryan Fox? —le preguntó Linc, acercándose a ella.

—Porque mi hermana no dejaba de culparse de la muerte de su esposo aunque ella ni siquiera estaba presente. ¿Te suena?

—No —replicó él—. Mi situación es muy diferente.

—Sé que eso es lo que te parece. Kim era tu esposa y te parece que la defraudaste. Tal vez lo hiciste por no llevarla en coche a Claremore aquel día, pero su muerte no es culpa tuya, igual que Grace no tuvo nada que ver con el asesinato de Ryan. Simplemente ocurrió.

—Te dije que respondería tus preguntas —le espetó Linc—, pero no que te dejaría analizar mi vida. Si tienes algo que creas que debes

preguntar para facilitar tu trabajo conmigo, hazlo ahora. Si no, esta conversación se ha terminado.

—Eres un tipo duro, Reilly —repuso Carrie, levantando la barbilla—. Grace también se puso hecha una fiera conmigo cuando le dije que ahogarse en un sentimiento de culpabilidad inmerecido era malo para ella. Si no hubiera pasado lo que tuve que pasar con mi hermana, sería como todos los demás. Me limitaría a ir con cautela en lo que se refiere al tema de la muerte de tu esposa. Sin embargo, sé perfectamente que a la larga, eso no te va a servir de nada. Lo que necesitas es...

Se sobresaltó cuando Linc golpeó las palmas de las manos contra los ladrillos que había a ambos lados de su cabeza y la acribilló con aquellos ojos marrones dorados.

—Nena, te aseguro que no tienes ni idea de lo que necesito.

La repentina cercanía hizo que Carrie contuviera la respiración. Al notar el olor del cuerpo de Linc, viril y fuerte, se le aceleró el pulso.

—Lo que Grace necesitó... lo que Grace necesitó fueron unas sesiones de apoyo psicológico con el psicólogo del departamento —susurró ella—. Le vinieron muy bien. Creo que tú también deberías intentarlo.

—Yo no soy Grace —replicó él. Tenía los labios a pocos centímetros de los de ella.

—Ya lo he notado.

El inminente beso despertó una inquieta energía en Carrie. Se le ocurrían varias razones por las que debería agacharse y alejarse de él. Todas eran razones muy prácticas, lógicas y sensatas, pero se quedó inmóvil por la única razón para no hacerlo. Deseaba volver a saborear la tentadora boca de Linc, sentir sus manos acariciándole el cuerpo...

Justo en aquel momento, la puerta se abrió y el teniente Quintana salió al rellano de la escalera. Linc se apartó de la pared, pero no

pudo impedir que su jefe se diera cuenta de la situación.

—Me dijiste que los dos teníais una reunión con Crawford —le dijo a Linc.

—Allí era a donde nos dirigíamos —respondió él.

—Pues os estabais entreteniendo demasiado.

—Teníamos cosas de las que hablar —comentó Linc.

—McCall —rugió Quintana—, me aseguraste que no volverías a repetir el comportamiento que supuso que te transfirieran a esta unidad.

—Lo que Linc le ha dicho es cierto, señor — dijo ella.

El rubor le abrasaba el rostro. Deseaba poder fundirse con la pared. No quería ni pensar lo que habría ocurrido si Quintana no hubiera abierto la puerta.

—Volved a vuestros trabajos —les ordenó Quintana—. No quiero volver a presenciar algo similar —añadió, antes de bajar por la escalera.

Linc lanzó una maldición. Carrie se apoyó contra la pared.

—Eso no ha sido nada bueno —musitó.

—En eso estamos de acuerdo —afirmó Linc.

Completamente desesperada por recuperar el control, Carrie se apartó de la pared.

—Mira, aparentemente nos sentimos atraídos el uno por el otro.

—Aparentemente —afirmó él.

—Somos compañeros —reiteró ella.

Varios años atrás, había empezado una relación sentimental con otro policía que trabajaba en su mismo turno. Los recuerdos del dolor y del sufrimiento experimentados bastaban para congelar el deseo que la presencia de Linc pudiera instigar en ella. Además, era consciente de que había empezado a sentir por él algo que no debería experimentar una compañera de trabajo, ciertamente algo que ningún policía de Asuntos Internos debería sentir por su presa.

—Estamos trabajando juntos en una investigación secreta, Linc.

Una relación resultaría demasiado peligrosa. Podríamos descuidarnos —afirmó—. Uno de nosotros podría resultar herido.

—Tienes razón —repuso él—. Una relación entre ambos es una mala idea por muchas razones aparte del trabajo —añadió. Comentó a mesarse el cabello sin dejar de mirarla—. Entonces, los dos estamos de acuerdo en dar marcha atrás. Concentrarnos en lo que tenemos que hacer. Ser inteligentes.

—Sí —respondió ella, esperando que las piernas lograran sostenerla lo suficiente como para llegar hasta el taller de Wade Crawford—. Completamente.

Capítulo 6

—**L**uces, cámaras, acción... —dijo Wade Crawford a la noche siguiente, cuando se agachó en el asiento trasero del todoterreno de Linc.

En el asiento del conductor, Linc observaba *El Escondite*, donde dos moteros charlaban en el porche de entrada mientras bebían unas cervezas. Aquella misma tarde algo más temprano, había visto a dos hombres jugando al billar. Los dos tenían tatuajes, pero ninguno se correspondía con la serpiente que él estaba buscando.

Linc sentía una tremenda frustración en su interior. Ya llevaban una semana investigando *El Escondite* y él no había conseguido ni la más mínima pista sobre el canalla que había asesinado a su esposa. La misión que Carrie y él estaban llevando a cabo no podía durar indefinidamente.

—Eh, Reilly, ¿estás conmigo? —preguntó Crawford.

—Sí.

Linc se colocó en ángulo, de manera que podía ver perfectamente el asiento trasero en el que se había acomodado el otro policía. Antes de la reunión, Linc había aparcado el todoterreno más allá del alcance de las lámparas. El ordenador que Crawford tenía en el regazo suponía la única fuente de luz en el interior del vehículo. Como tenían los cristales ahumados, nadie podía ver lo que ocurría en el interior del vehículo.

—No estaba seguro de que pudieras conseguirlo —dijo Linc, estudiando el monitor—, pero esa cámara que colocaste en el interior de la máquina de discos tiene una visión perfecta del reservado de la

esquina.

—Me duele que dudarás de mi habilidad —replicó Crawford.

—Jamás dudé de tus habilidades en el trabajo, pero me pareció que la camarera rubia que no te dejó ni a sol ni a sombra mientras trabajabas, podría haberte distraído un poco.

—¿Tanny? —replicó Crawford, con una sonrisa—. Ningún problema. Tuve que distraerla durante un par de minutos mientras metía la cámara en el interior de la máquina, eso es todo. Lo hice prometiéndole que la invitaría a salir en su noche libre.

—Todo en cumplimiento del deber, ¿no?

—Mi vida es el servicio a mi país. ¿Estás preparado para que te dé instrucciones?

—Preparado.

—Si lo único que te interesa es lo que esté pasando en el reservado de la esquina, no tienes que hacer mucho. Cuando el ordenador esté encendido, también lo está la grabadora de vídeo a la que la cámara envía las señales. Lo que enfoque el objetivo es lo que se graba en la cinta, junto con la fecha y la hora en la que tuvo lugar.

—Estoy impresionado, Crawford. La calidad de la imagen es perfecta.

—Tecnología punta. Tan nítida como estar en el mismísimo lugar que estás grabando. Si lo que quieres es ver lo que está ocurriendo en los otros reservados, utiliza esto —dijo, manipulando una palanca—. Así, la cámara que hay en el interior de la máquina realiza un barrido de la zona.

—Parece muy sencillo.

—Es coser y cantar —afirmó Crawford—. Vaya, vaya... Ahí está tu compañera, acurrucada en uno de los reservados con un vaquero. Ese tipo está mirando a Carrie como si estuviera planeando llevársela hacia la puesta de sol. Yo diría que le ha dado muy fuerte.

—Ni que lo digas —repuso Linc, haciendo un esfuerzo por no demostrar su malhumor—. Se llama West Williams. Se le pegó la

primera noche y no la ha dejado en paz desde entonces.

—Con el físico que ella tiene, ¿te extraña?

—No.

No hacía más que mirar a Carrie. Aquella noche llevaba un jersey blanco sin hombros y unos vaqueros se le ceñían como una segunda piel. Su cabello era un revuelo de ondas rojizas y sus ojos azules aparecían brillantes y seductores...

Casi tanto como lo habían estado el día anterior en el rellano de la escalera, cuando su boca había estado a pocos centímetros de la de él.

El recuerdo le hizo contener la respiración. Apartó la mirada hacia el aparcamiento y recordó el aspecto que Carrie había tenido, con el rostro levantado y los gruesos y sensuales labios ofreciéndole un beso. Había deseado tanto saborearlos, dejar que el erótico contacto volviera a electrizarlo por dentro... Sabía muy bien que lo habría hecho si Quintana no hubiera aparecido por la puerta.

Linc se imaginaba que el teniente le había hecho un favor. Linc sabía sin duda que besar a Carrie McCall dos veces habría sido un error. Un tremendo error.

No tenía intención de volver a repetir el beso que habían compartido en la parte trasera del bar. Aquello sólo había sido parte de su trabajo. Una respuesta necesaria para justificar su presencia ante la repentina aparición del portero. Su tapadera estaba amenazada. No les había quedado elección.

Si hubiera besado a su compañera el día anterior, lo habría hecho por sentimientos, no por su trabajo. Aquello era algo que no quería compartir con la atractiva Carrie McCall ni con ninguna otra mujer. Nunca más.

«No», pensó Linc, como si así quisiera reforzar aún más su determinación. Nunca más. Tal vez su nueva compañera podría mantenerlo despierto toda la noche, haciendo que anhelara cosas que había decidido dejar atrás, pero no pensaba ir más allá. Ni hablar.

—Una camarera acaba de servirles una cerveza —le relató Wade—. Carrie está mostrando interés por la pulsera que lleva.

Linc miró el monitor. La pulsera era de plata y llevaba una turquesa del tamaño de un vaso de tequila. Su instinto de policía se acrecentó cuando notó el interés con el que Carrie observaba la pieza.

—Crawford, ¿puedes centrar la imagen en la pulsera?

—No hay problema —dijo el otro policía. Rápidamente tecleó sobre el ordenador y envió los comandos necesarios a la cámara de vídeo—. El modo en el que Carrie está dirigiendo la muñeca de la camarera hacia la cámara me hace pensar que ella espera que lo estemos grabando.

—Así es. Carrie sabe que yo he salido del bar para que podamos probar la cámara. Quiere que grabemos esa pulsera.

—Misión cumplida —afirmó Crawford—. Muy bien, la camarera acaba de alejarse de ellos y parece que Carrie se está deshaciendo de ese tipo, o que al menos lo está intentando. Ese tipo no parece muy contento de que ella se vaya a marchar.

Linc observó la pantalla y tensó la mandíbula cuando vio que Williams besaba a Carrie en la mejilla. Con una risotada, ella salió del reservado, se despidió con la mano de Williams y abandonó la zona de influencia de la cámara.

—Lo más probable es que vaya a venir aquí para decirnos lo que le ha parecido esa pulsera —comentó Linc.

Giró la cabeza y se fijó en la puerta principal del bar. Minutos más tarde, Carrie apareció en el porche. Bajó elegantemente las escaleras y se dirigió hacia el todoterreno de Linc.

En el momento en el que abrió la puerta, su aroma inundó el habitáculo del coche. El deseo se apoderó de Linc. Él pensó que para siempre, la presencia de Carrie sería como el equivalente a colocar una copa de whisky debajo de la nariz de un alcohólico. Ella lo atraía. Lo tentaba. A pesar de todo, tenía que resistirse, oponerse a todo lo que una mujer como ella podía llevar a su vida. Era necesario. No

podía volver a arriesgarse. No podría sobrevivir otra pérdida.

Carrie cerró la puerta y se volvió hacia el asiento trasero.

— ¿Funciona la cámara?

— Otra persona de poca fe — protestó Crawford.

— No dejes que tu ego se resienta, Wade. Esperaba que todo estuviera a punto para que grabaras mi conversación con la camarera.

— Lo vimos — dijo Linc—. ¿Qué pasa con esa pulsera?

— ¿Se te pasa algo por alto, Reilly? — replicó ella.

— En alguna ocasión. Cuéntanos lo de la pulsera.

— Debe de ser carísima. Es de plata maciza con una turquesa de color verde.

— Que al menos en el monitor, parecía lo suficientemente grande como para que se atragantara una cabra — añadió Linc.

— En persona tiene el mismo aspecto — afirmó Carrie—. La camarera se llama Yolanda. Cuando le pregunté dónde se compró la pulsera, se puso muy tímida y me dijo que tenía un novio muy generoso. Cuando se marchó, West me dijo que no tiene novio, que le había comprado ella misma la pulsera a un tipo que se llama Howie.

— Howard Klinger — dijo Linc—. Alias Howie Kling.

— ¿Quién ese tipo? — quiso saber Crawford.

— Un ex presidiario que viene aquí todas las noches — explicó Linc—. Desaparece en cuanto entra por la puerta principal, lo que significa que no viene a disfrutar del ambiente del bar.

— ¿Trafica con joyas robadas? — preguntó Crawford.

— Después de ver esa pulsera, estoy completamente segura — respondió Carrie—. Tiene antecedentes por robo. Lo acusaron del robo en una residencia, que quedó reducido a posesión de mercancía robada. En la primera noche que vinimos aquí, Linc y yo vimos a Klinger en el aparcamiento, pero luego no lo vimos dentro. Los de Inteligencia estuvieron preguntando por él. En las calles se dice que Klinger tiene un negocio de compraventa de objetos robados en la parte trasera de un bar.

—No hace falta ser Sherlock Holmes para saber de qué bar están hablando —comentó Crawford.

—Creo que lo tenemos bastante claro —afirmó Linc.

—Wade, ¿puedes imprimir una fotografía de la pulsera de Yolanda? —preguntó Carrie—. Si conseguimos declararlo como mercancía robada, podremos demostrar que Klinger está vendiendo objetos robados y posiblemente, atribuirle el robo de esa pieza.

—Puedo imprimirte todas las fotografías que quieras —respondió Crawford—. De hecho, tal vez te gustaría venir a mi casa para ver el resto de fotografías que tengo.

—Tranquilo, compañero —dijo Carrie.

El tono ronco de su voz acicateó el deseo en el vientre de Linc. ¿Había experimentado tal deseo físico por una mujer anteriormente, incluso por Kim? No lo recordaba.

—¿Te parece bien, Reilly?

Linc miró a Carrie sin comprender.

—Lo siento. Tenía la mente puesta en otra parte.

—Estoy agotada de tanto bailar —repitió ella. Entonces, apartó la mirada hacia el parabrisas—. Me voy a casa.

Una señal de advertencia se encendió en el cerebro de Linc. Era la misma alarma que había escuchado el día anterior en el rellano de la escalera, justo cuando ella no mantuvo el contacto visual cuando él le dijo que no quería que ella tuviera dudas sobre él. Como policía, había sido testigo de aquel comportamiento miles de veces, cuando un sospechoso se negaba a mirarlo porque tenía algo que ocultar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él.

—Sí —respondió.

Los ojos le miraron el rostro y se apartaron rápidamente.

Blip.

—Muy bien. Vete a casa y descansa.

¿Tendría Carrie algo entre manos o sería su innata paranoia como policía? Todo era posible. Efectivamente, ella se había pasado la

noche bailando. Sin embargo, ¿cómo se podía explicar su reacción en el rellano de la escalera? Tampoco por qué en ninguna de las dos ocasiones lo había mirado a los ojos.

—Investigaré esa pulsera mañana —prometió ella.

—Muy bien. Hasta mañana.

Después de despedirse, Carrie abrió la puerta del todoterreno y salió. Linc observó cómo avanzaba a través del aparcamiento, mirándola interrogándose sobre ella más allá de su relación hombre-mujer. Ya no era sólo una fémina por la que sentía una innegable atracción, sino más bien un rompecabezas que había que resolver.

—McCall tiene un cuerpo con el que un hombre se podría pasar soñando toda una vida —susurró Crawford—. Creo que voy a llamarla.

Linc apretó la mandíbula. Tanto si tenía secretos como si no, no le gustaba la idea de que otro hombre le pusiera las manos encima.

—Déjala en paz mientras estamos realizando esta misión —le dijo a su compañero—. No quiero ver cómo mi compañera se distrae.

—¿Sabes una cosa, Reilly? Eso es lo mismo que Alex Blade me dijo cuando le conté que tenía pensado llamar a Morgan, la hermana de Carrie. Ahora, Blade y ella están comprometidos —añadió Crawford mientras cerraba el ordenador—. Creo que la historia está a punto de repetirse.

—Te estás equivocando —replicó Linc.

—Sí, sí. Bueno, algo me dice que si tengo intención de salir con una McCall, tendría menos posibilidades de encontrarme con el puño de un policía si me concentro en Grace.

—Bien pensado —musitó Linc.

Por segunda vez aquella noche, Carrie se montó en el asiento del copiloto de un vehículo. Para aquella reunión, la capitana Patricia Scott había elegido el solitario aparcamiento de una biblioteca no muy alejada de la casa que Carrie compartía con sus hermanas.

—Creo que estamos investigando al policía equivocado —dijo

Carrie, casi antes de cerrar la puerta.

—¿Sí? —replicó Scott.

—Sí. Creo que Reilly no es el *Vengador*.

—¿Tienes pruebas que avalen lo que has dicho?

—No, pero me lo dice mi intuición, capitana.

—¿Estamos hablando de tu intuición femenina?

—De mi intuición como policía —repuso Carrie—. Habría esperado un comentario así por parte de un hombre, no de una mujer que lleva en el cuerpo más de veinticinco años.

—Me estás malinterpretando, sargento. Confío en mi intuición femenina mucho más que en mi instinto como policía en lo que se refiere a cualquier asunto relacionado con los hombres. Me apuesto algo a que a ti se te da también muy bien interpretarlos.

—Así es.

Poco más de media hora antes, se había quedado petrificada cuando levantó la mirada después de decirle a Linc que se marchaba a su casa y descubrió que él la estaba observando como si tuviera un láser en los ojos. Había sido como si quisiera leerle el pensamiento. Estaba segura de que no sabía que trabajaba para Asuntos Internos, pero debía de haber una razón por la que él la había observado con tal intensidad.

¿Se habría delatado o era la intranquilidad que sentía por la misión lo que la estaba convirtiendo en una paranoica? Fuera como fuera, sabía que se ocuparía mejor de la situación si no sintiera que estaba engañando a Linc.

Cerró los ojos y se recordó que simplemente estaba cumpliendo órdenes. Iba a detener a un policía que se había convertido en un asesino. Lo haría. Lo que no estaba dispuesta a hacer era detener al policía equivocado.

—No es sólo mi instinto o mi intuición lo que me dice que Reilly es inocente —afirmó—. Hay más.

—Tienes toda mi atención, sargento McCall.

—Hay otros dos detectives en la UES que podrían ser responsables de los crímenes del *Vengador*. Uno es Tom Nelson.

—¿Porque se lo acusó de colocar pruebas en el apartamento de un violador en serie?

—Exactamente.

—Investigamos los detalles que provocaron la acusación. No se demostró nunca nada.

—Pero tampoco se probó lo contrario, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Y si es cierto? Un policía que es capaz de hacer eso podría pasar también de incriminar a los delincuentes a meterles una bala en la cabeza.

—¿Crees que Nelson tiene motivos para hacer que Reilly parezca culpable?

—No. En realidad, parece apreciarlo mucho, pero no sabemos si el hecho de que Linc se haya ocupado personalmente de cinco de las víctimas del *Vengador* tiene algo que ver con cómo éste elige quién va a morir. Podría ser todo una coincidencia. Lo único que sabemos con toda seguridad es que todos los fallecidos tienen expedientes en la UES.

—Dijiste que hay dos detectives que merece la pena tener en cuenta. ¿Cuál es el otro?

—Don Gaines. ¿Lo ha considerado Asuntos Internos?

—Tanto como a Reilly antes de ponerlo a la cabecera de la lista de sospechosos.

—Debéis investigarlo de nuevo. Gaines tuvo una relación con Kimberly Reilly antes de que Linc y ella se casaran. Gaines la amaba y sigue amándola, por lo que odia a Linc por habérsela robado. Gaines me arrinconó y me dijo que Linc es culpable de la muerte de Kim. Afirmó que está muerta porque él se negó a llevarla a una reunión familiar aquel día.

—¿Por qué te hace pensar eso que Gaines es el *Vengador*?

—Que Linc fuera acusado de los siete asesinatos sería su venganza por el hecho de que Linc le robara a Kim y por la muerte de ésta. El fallecimiento de Kim terminó con las esperanzas de Gaines de que la mujer a la que consideraba el amor de su vida dejara algún día a su esposo y se le echara en los brazos. Piénselo, capitana. Gaines tiene acceso a todos los expedientes de la UES. Lo único que tuvo que hacer fue elegir a las víctimas y asegurarse de que la mayoría de ellas hubieran estado relacionadas con Linc. El modo en el que Kim murió le da a Linc motivos para vengarse con tipejos de esa calaña. Gaines no es ningún idiota. Sabía que alguien terminaría por descubrir el patrón de los asesinatos y que se empezaría a investigar a Linc. Por lo que sabemos, Gaines fue el primero que habló con el capitán de la unidad sobre el patrón que seguían los asesinatos.

—Aparentemente, has pensado mucho en todo esto.

—Nuestro trabajo es pensar, ¿no? —le espetó Carrie, algo molesta por el tono que la capitana había empleado—. Descubrir a un policía corrupto en vez de perseguir a uno honrado. Sólo porque Linc parezca el más idóneo para ser el *Vengador*, no significa que lo sea.

—Estoy de acuerdo. También es nuestro trabajo considerar todas las pruebas. Teniendo en cuenta todo lo que me acabas de decir, no te va a gustar escuchar la información que he recibido esta tarde.

—¿De qué se trata? —preguntó Carrie, con un nudo en el estómago.

—Dado que el último asesinato del *Vengador* ocurrió fuera de la ciudad, investigamos los movimientos de todos los detectives de la UES durante el pasado fin de semana.

—Deduzco que eso significa que Linc ha utilizado su tarjeta en alguna parte.

—Sí. El sábado por la noche en un restaurante en Claremore poco después de las ocho en punto. Arlee Dell fue asesinado en Tulsa sobre las once. Se tarda unos veinte minutos en ir en coche desde

Claremore a Tulsa, por lo que Reilly tuvo tiempo de sobra de cenar, ir a Tulsa y buscar a Dell.

—Gaines me contó que la familia de Kim vive en Claremore. Ella iba allí cuando fue asesinada. ¿Estaba Linc en Claremore con sus suegros?

—Sí. Un camarero del restaurante dijo que Reilly cenó allí con una pareja mayor. Supongo que llevó a sus suegros a cenar antes de dirigirse a Tulsa.

—¿Utilizó también su tarjeta de crédito en Tulsa?

—Aún no tengo pruebas al respecto.

—Gaines salió con Kim —dijo Carrie, sintiendo náuseas por lo que acababa de escuchar—, por lo que tal vez fue con ella a Claremore para conocer a sus padres. Tal vez incluso habló con ellos la semana pasada. Ellos podrían haberle dicho que Linc iba a ir a verlos. Saber eso lo ayudaría a apretar la soga alrededor del cuello de Linc. Gaines fue a Tulsa y...

—Y asesinó a Arlee Dell.

—Es posible.

—En nuestro trabajo, cualquier cosa es posible, pero no creo que lo que acabas de describir sea probable, McCall.

—Linc trabajó en Homicidios, por lo que jamás utilizaría su tarjeta de crédito dos horas antes de asesinar a alguien en un lugar cercano.

—En este caso, los suegros de Reilly podrían testificar que estaba en Claremore. ¿Por qué no iba a invitarlos a cenar? Sus suegros le podrían dar una prueba irrefutable de que no estaba en Tulsa.

—No... *El Vengador* no deja cabos sueltos —insistió Carrie—. Lleva dos años cometiendo sus asesinatos y nunca ha dejado rastro alguno. ¿Por qué iba a empezar ahora? Si Linc hubiera cometido ese asesinato, habría ido a visitar a sus suegros otro fin de semana. Podríamos estar hablando de esto toda la noche para comprender por qué un policía se ha convertido en un asesino. Debatir incluso

por qué vamos a detener a un policía que está matando delincuentes y que por lo tanto, está haciendo que la vida de los ciudadanos decentes sea mucho más segura. En la academia nos repiten constantemente que trabajamos para las víctimas. El problema es que estas víctimas han hecho daño a mucha gente inocente. El noventa y nueve por ciento de la población está más segura porque esos siete hombres están muertos. No estamos hablando de algo que sea blanco o negro, capitana. Hay muchas zonas grises.

—Los policías deben ser los buenos. El que estamos buscando cree que puede asesinar y esconderse detrás de su placa. No es así. Tenemos que descubrir de quién se trata y detenerlo —replicó Scott. A continuación, sacó un sobre de debajo del asiento y se lo entregó a Carrie—. Ahí dentro está la llave de la casa de Reilly y el código de seguridad de su alarma, junto con una cámara en miniatura. Cuando realices tu investigación, recuerda que si encuentras algo que evidencia que Reilly es el *Vengador*, debes fotografiarlo y no tocarlo.

—Lo recuerdo. Lo que no sé es cuándo voy a tener oportunidad de registrar la casa. Linc no me habla de sus planes. Ha pasado algunas noches en el motel, pero no me lo dice de antemano.

—Estoy segura de que podrás encontrar el modo de conseguir esa información —dijo Scott, mirándola fijamente a los ojos.

—Dime una cosa, capitana —replicó Carrie—. Cuando entre en la casa de Linc y rebusque entre sus cosas, ¿cómo voy a poder volver a mirarlo a la cara?

—Teniendo en cuenta que si Reilly es el asesino, él es el responsable de lo que le ocurra. Se ha arruinado a sí mismo. Nada de lo ocurrido es culpa tuya.

Carrie se echó a temblar, aunque no por el frío aire que golpeaba contra la ventana de la furgoneta, sino con el hecho de que estaba espiando a otro policía para demostrar su culpabilidad. Un policía por el que a pesar de sus mejores intenciones, estaba empezando a sentir algo.

Pensar en la profundidad de esos sentimientos le producía un nudo en el corazón. Sentir algo por Linc no era algo que ella hubiera buscado ni deseado, pero a pesar de todo, no había podido evitar que ocurriera. Aun cuando él no estaba cerca Linc no hacía más que ocupar sus pensamientos y turbarle los sentidos.

La razón por la que trabajaba con Linc era todo una mentira, pero no todo lo que sentía por él. A cada día que pasaba, la necesidad que sentía de él iba creciendo y le costaba más controlar sus sentimientos. No sabía cómo controlar lo que le estaba ocurriendo. No sabía lo que haría si la investigación demostraba que era culpable de siete asesinatos... En nombre del cielo, ¿qué podía hacer?

Capítulo 7

El miedo que sentía Carrie ante la perspectiva de registrar la casa de Linc se manifestó dos noches más tarde en *El Escondite*, cuando él mencionó que planeaba pasar la noche en la habitación que tenía en el motel. Presa de la tensión, Carrie se obligó a centrarse en su trabajo durante el resto de la velada, durante la cual consiguió pruebas de que en el local se servían licores que no habían pagado sus correspondientes impuestos y se realizaban apuestas ilegales.

Media hora después de que Linc y ella hubieran abandonado el bar, Carrie salía de una tienda que estaba abierta las veinticuatro horas tomándose antiácidos como si fueran caramelos. Aunque había sentido el impulso de ir a registrar la casa de Linc inmediatamente, había decidido proceder con cautela. Sabía que él tardaría unos quince minutos en llegar del bar al motel y pensaba pasar por delante para asegurarse de que su coche estaba en el aparcamiento. Sólo entonces, se dirigiría a su casa para llevar a cabo su cometido.

No quería creer que Linc pudiera ser el *Vengador*. No quería ni pensar siquiera en lo que ocurriría si encontraba pruebas en su contra. ¿Podría sentarse frente a él en el estrado y testificar en su contra delante de un tribunal?

Se metió otro antiácido en la boca y a continuación, los pocos que le quedaban en el bolsillo del abrigo. Cuando extendió la mano para abrir el coche, una mano le agarró la muñeca.

Se dio la vuelta y un par de ojos oscuros, acompañados de una agradable sonrisa, le impidieron echar mano a la pistola que llevaba en la bota.

—Eh, pelirroja —dijo West Williams—. ¿Se te olvidó que me prometiste un baile antes de que te marcharas esta noche del bar?

—Hola, vaquero —replicó ella, con una sonrisa.

Sentía una verdadera simpatía por West. Además, el hecho de que parecía conocer lo que ocurría en *El Escondite*, aunque no estuviera implicado directamente en las actividades ilegales que allí se realizaban, le daba oportunidad de averiguar más datos para la investigación. Los demás hablaban más libremente en su presencia. Sin embargo, aquella noche sólo deseaba que la dejara en paz para engullir más antiácidos y terminar de una vez por todas con el registro en casa de Linc.

—Lo siento —añadió, mientras abría la puerta del coche—. Me emocioné tanto ganando al videopóquer que se me olvidó. ¿Qué te parece si te compenso mañana por la noche? Te prometo ponerme los zapatos de baile.

—Te tomo la palabra, pelirroja —susurró él. Entonces, la aprisionó contra la puerta abierta del coche y le colocó las manos sobre la cintura—. De hecho, me gustaría tomarte de muchas maneras diferentes, pero me imagino que tú ya lo sabes... —musitó, con una sonrisa muy íntima.

—Me siento muy halagada —repuso Carrie, tras colocarle las manos sobre el torso—, pero soy la chica de Linc. He sido muy sincera contigo desde el principio.

—Sé que eso es lo que dices, pero los dos no habéis pasado mucho tiempo juntos desde hace un par de noches. Él está casi siempre jugando al billar y tú bailando o jugando con las máquinas. De hecho, casi no os habéis mirado ninguna de las dos noches. Eso me hace pensar que ese viejo de Linc y tú no vais tan en serio como cuando empezasteis a ir por el bar. Pienso aprovecharme de que él sea un idiota.

«*Maldita sea*», pensó Carrie. El hecho de que Linc y ella hubieran acordado mantener las distancias por la atracción que sentían parecía

haber afectado al modo en el que se relacionaban mientras estaban trabajando. No se había dado cuenta de que la barrera que habían levantado entre ellos resultara tan evidente para los que los observaban. Se apostaba algo a que Linc tampoco.

Cuando West empezó a besarla en la garganta, Carrie tuvo que contenerse para no darle un puñetazo. Después de todo, no era uno de los delincuentes que frecuentaban el bar. De hecho, ni siquiera tenía una multa de tráfico. Tan sólo era un joven de veintiún años que se había enamorado de una mujer que tenía la habilidad de manipular a los hombres a su antojo. Una mujer que lo había manipulado a él para sacarle información.

Carrie reconoció que lo había utilizado desde el principio. Además del sentimiento de culpabilidad que tenía por estar investigando a su compañero, lo último que necesitaba era un vaquero enamorado cuyo ego no tenía deseos de hacer pedazos.

—Me estás volviendo loco, pelirroja —murmuraba él contra el cuello de Carrie—. Vente a casa conmigo. Déjame que te haga el amor. Te demostraré lo bueno que puede ser cuando se está con un hombre que te desea de verdad.

—No —insistió ella, incrementando la presión de las manos sobre el torso de West hasta que él dio un paso atrás—. No podemos hacerlo. Si no fuera por Linc, te aseguro que aceptaría tu oferta, pero le he dado mi palabra de que le seré fiel mientras estemos juntos.

—Él nunca sentirá por ti lo que siento yo. De hecho, estaba pensando darte esto cuando termináramos de bailar esta noche —dijo, sacándose algo del bolsillo.

Carrie se quedó sin aliento cuando contempló la pulsera de plata incrustada con unas piedras azules.

—West, yo...

—Las piedras son lapisca... lapisza... Bueno, la-pis algo —comentó, tirando de la mano de Carrie. Inmediatamente, le colocó la pulsera en el brazo—. Y la plata es maciza.

—Esto debe de haberte costado la paga de una semana —susurró, siguiéndole la corriente.

—No. Howie me hizo un buen trato.

—Howie...

—Sí. Me pareció que te gustaba tanto la pulsera de Yolanda la otra noche que le pedí que averiguara si Howie tenía algo parecido.

Carrie asintió. Tal y como había hecho con la de la camarera, trataría de comprobar si aquella pulsera era robada. Si no lo era, se la devolvería a West.

—Es preciosa —susurró—. Si Howie tiene más joyas, me gustaría echarles un vistazo. Me encantan los pedruscos.

—Probablemente pueda convencer a Yolanda para que te concierte una cita con él.

—Sólo tienes que decirme dónde y cuándo.

—Claro. Carrie —murmuró West, tras colocarle la mano en la mejilla—, te he comprado esa pulsera para que sepas lo que siento por ti. No creo que puedas decir lo mismo sobre Linc. Si sus sentimientos hacia ti fueran sinceros, no se marcharía del bar todas las noches sin asegurarse de que llegas bien a casa. Te seguiría, tal y como he hecho yo.

—¿Estás diciendo que me has seguido desde el bar? —preguntó Carrie, atónita.

Había estado tan ensimismada en sus propios pensamientos que no se había dado cuenta de que la seguían.

—Sí. Voy a seguirte hasta tu casa esta noche, sólo para asegurarme de que llegas sana y salva.

—West —dijo Carrie. Otro pensamiento le había intensificado el ácido que le abrasaba el estómago—, necesito que me digas la verdad. ¿Me has seguido a mi casa antes?

Si lo había hecho, tal vez la tapadera de Linc y ella no habría quedado completamente destruida, pero sí lo suficientemente dañada como para que tuvieran que terminar su participación en

aquella misión.

—No —respondió West—, pero ahora que parece que Linc y tú estáis bastante distanciados, voy a escoltarte hasta tu casa todas las noches.

—No. No necesito guardaespaldas. Ni lo quiero.

—Pues tienes uno, pelirroja. Mientras conduzcas, piensa qué hombre es el que se preocupa más por ti. El que está en la furgoneta que va detrás de tu coche o el que no está por aquí cerca.

Con sólo una mirada, Carrie llegó a la conclusión de que no iba a conseguir nada. Tenía que canalizar sus energías para encontrar el modo de deshacerse de su autoproclamado protector. Con él pisándole los talones, no podía ir a casa de Linc ni tampoco a la que compartía con sus hermanas. ¡Y mucho menos al edificio que albergaba todas las unidades de policía secreta de la ciudad de Oklahoma!

Consideró utilizar técnicas evasivas para perderlo por las calles de la ciudad, pero decidió que hacerlo podía alertarlo sobre su profesión. Tras analizar todo cuidadosamente, llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer era dirigirse a la habitación que Linc tenía alquilada en el motel.

—West, tengo que advertirte que voy a ver a Linc.

Una sombra cubrió los ojos del muchacho.

—No importa —dijo, mientras le acariciaba suavemente las mejillas—. Voy a seguirte de todas formas.

«*Malditas serpientes*», pensó Linc. Estaba tomándose una copa de whisky y examinando las fotografías que tenía extendidas sobre la mesita de café del motel. Había perdido la cuenta de cuántos tatuajes de serpientes había visto desde la muerte de Kim. Sin embargo, ninguno coincidía con el que había visto sobre el antebrazo del asesino de Kim en la grabación de seguridad de la gasolinera.

Una vez más, repasó mentalmente la cinta. Vio el pánico y la desesperación en los ojos del encargado. Cómo se lanzó contra la

pistola del sospechoso. El fogonazo justo cuando Kim entraba por la puerta. La expresión horrorizada de su rostro antes de darse la vuelta y salir huyendo. El asesino saliendo en su persecución.

Linc apretó los dedos alrededor del vaso. La ira ante lo que Kim habría tenido que soportar durante los dos días que la mantuvo viva se apoderó con fuerza de él. Con mano temblorosa, vació el vaso y tuvo que contenerse para no arrojarlo contra la pared. Por milésima vez, maldijo al destino por evitar que la cámara de seguridad hubiera logrado una imagen completa del antebrazo del asesino. Un tatuaje era un modo muy rápido de identificar a un delincuente. Un tatuaje a medias era un asunto muy diferente. Dado que aquel cerdo llevaba puesto un pasamontañas, la parte del tatuaje que parecía la cola de una serpiente era lo único que Linc tenía. Eso y el hecho de que su confidente le había jurado que había visto un jugador de billar con un tatuaje idéntico.

Tras llenarse de nuevo el vaso, se centró mentalmente. No podía devolverle la vida a Kim ni compensarla por haber fracasado a la hora de protegerla. Lo único que podía cambiar y lo cambiaría, era que aquel maldito violador no siguiera libre.

Cuando oyó que alguien llamaba a la puerta, levantó la cabeza. Era más de medianoche y no esperaba compañía. Guardó rápidamente todas las fotografías, se levantó y agarró la pistola que tenía encima de la cama. Como aquel sórdido motel no tenía puertas con mirilla, se acercó a la ventana. Apartó ligeramente la cortina y cuando vio que era Carrie, la alarma se apoderó de él. Estaba seguro de que su compañera no había ido a verlo para charlar.

Se dirigió rápidamente a la puerta y la abrió. Carrie entró rápidamente.

—¿Qué es lo que pasa, McCall? —preguntó.

Antes de cerrar de nuevo la puerta, inspeccionó el aparcamiento.

—Tengo un problema, pero creo que se puede resolver sin que tú dispares a nadie —contestó ella, observando la pistola que su

compañero tenía entre las manos.

—En este vecindario es mejor estar prevenido —replicó él, antes de dejar el arma sobre la cómoda—. ¿Qué es lo que pasa?

—En dos palabras: West Williams.

—Tu amigo el vaquero.

—Que ha decidido subirle la temperatura a nuestra relación.

—Yo creía que vuestra relación se limitaba sólo a bailar.

—Eso creía yo hasta que descubrí que me había seguido a una tienda. En realidad, he echado mano de la artillería pesada desde que me di cuenta de que West conoce a los que pueden estar cometiendo los delitos en el bar. Aparentemente, West se tomó muy en serio todas mis atenciones —dijo Carrie. Se acercó a la ventana y se asomó con cuidado por la cortina—. ¡Maldita sea, tengo que encontrar el modo de deshacerme de él!

—¿Te ha seguido hasta aquí?

—Sí —respondió Carrie, apartándose para que Linc pudiera ver—. La furgoneta naranja.

Linc se asomó por la ventana y vio la furgoneta. Como estaba aparcada debajo del cartel luminoso del motel, podía distinguir la silueta de Williams en el asiento del conductor. Cuando se dio la vuelta, vio que Carrie estaba observando la gruesa carpeta que tenía sobre la mesa.

—He estado poniéndome al día con el papeleo —mintió.

—¿Necesitas ayuda?

Carrie había levantado la mirada. Aquella noche sus ojos estaban maquillados con una sombra de tono violeta y enmarcados por kohl oscuro. Unos ojos tan expresivos como si los hubiera pintado un artista. Ojos que a veces se negaban a mirarlo.

—Gracias, pero es un caso antiguo. ¿Por qué te ha seguido exactamente Williams hasta aquí?

—Decidió que nuestra relación está en las últimas.

—¿Qué es lo que le ha dado esa idea?

—Nosotros —respondió. Se quitó los guantes y se los metió en la cazadora—. West me indicó que cuando estamos en el bar, no pasamos demasiado tiempo juntos.

—Eso forma parte del plan. Así podemos observar mucho más cada noche.

—Eso no es todo. West dijo que últimamente, cuando estamos juntos, casi no nos miramos. Como esta noche cuando nos sentamos en la barra del bar. Para él, resulta evidente que algo ha cambiado entre nosotros.

—Vaya... —susurró Linc—. El departamento de policía debería contratarlo. Se le da de miedo observar a la gente.

—Demasiado.

—Sigue ahí —afirmó él, después de volver a inspeccionar el aparcamiento—. Es mejor que te pongas cómoda.

—Genial —replicó Carrie.

Con un gesto enojado, se quitó la cazadora. Al igual que había ocurrido unas horas antes en el bar, la sangre empezó a latirle a Linc en las venas al verla con el ceñido jersey rojo y la falda vaquera que casi no le cubría la pierna. Las brillantes botas negras que llevaba puestas tenían un tacón lo suficientemente afilado como para agujerear la raída moqueta del motel.

—Tendré que quedarme aquí hasta que se marche —añadió, arrojando la cazadora sobre la cama—. ¿Y si se queda ahí toda la noche?

Linc recorrió la cama con la mirada. Se imaginó a sí mismo quitándole el jersey, la falda... Se la imaginó tumbada sobre la cama, completamente desnuda, con la piel cubierta de sudor. Reprimió una maldición cuando el deseo se apoderó de él de un modo más fuerte y profundo de lo que había esperado.

—Tienes entre manos a un vaquero muy insistente —comentó.

—Deberías haberle visto la cara cuando me dijo que pensaba seguirme a casa todas las noches —dijo Carrie, tras tomar asiento en

una de las sillas—. Y lo dice en serio, Reilly. Con él pisándome los talones, no puedo marcharme a casa y mucho menos ir al despacho.

—¿Crees que podría ser un acosador?

—No —respondió ella. Se levantó y se acercó hasta el lugar en el que Linc estaba—. Sólo es un buen tipo completamente colado por una mujer a la que considera una damisela indefensa.

—Si supiera que llevas una automática en la bota, se lo pensaría.

—Pero no lo sabe. No puede saberlo. Ésa es otra de las razones por las que dice que sabe perfectamente que «ese viejo Linc» no siente nada por mí. Si no fuera así, me seguirías todas las noches a mi casa para que pudieras asegurarte de que estoy bien.

—¿Viejo has dicho?

—Son sus palabras, no las mías.

Linc lanzó una maldición.

—Bueno, ya recordarás que en nuestro plan mi personaje tiene un temperamento muy agresivo — dijo, al mismo tiempo que empezaba a ponerse su cazadora—. Que si alguien toca a mi chica, creo en la venganza a gran escala.

—Tranquilízate, Reilly —replicó ella, haciendo un gesto de desaprobación con los ojos—. No he venido aquí para que puedas machacar a ese tipo sólo porque está enamorado.

—A nuestra misión no le viene nada bien que un vaquero enamorado lo estropee todo.

—Estoy de acuerdo. El problema es que ese vaquero podría ser nuestro pasaporte para lo que estamos buscando.

—¿Sí? ¿Cómo? —preguntó Linc.

Aún estaba muy enojado de que aquel tipo hubiera decidido adentrarse en un territorio en el que ninguno de los dos tenía derecho a estar.

—Mira esta pulsera —respondió Carrie, levantando la muñeca izquierda—. West me la ha regalado. La llevaré al departamento mañana y cursaré su descripción en el listado de objetos robados.

Linc le agarró la muñeca y examinó la pulsera. Inmediatamente supo reconocer que la plata y las piedras eran auténticas.

—¿Te la ha regalado por alguna razón en particular?

—Quería que me fuera con él a su casa para demostrarme lo bueno que podía ser con un hombre que sienta algo por mí.

Linc observó atentamente los labios de Carrie mientras le acariciaba suavemente la muñeca.

—Al contrario del viejo de Linc, que no siente atracción alguna por ti. Y por el que tú tampoco sientes atracción —dijo.

Notó que el pulso de Carrie se aceleraba.

—Eso es... eso es lo que acordamos.

—No exactamente. Acordamos que no haríamos nada a pesar de que nos sentíamos muy atraídos.

—Lo que sea —replicó ella. Dio un paso atrás y obligó a Linc a soltarle la mano—. West le compró la pulsera a Howie. Cuando le mencioné que sentía debilidad por las joyas, me dijo que probablemente podría ayudarme a concertar una cita con Howie.

—Es decir, que si voy detrás de Williams por haberse acercado a ti, él podría cambiar de opinión sobre lo que te ha prometido.

—Así es. Si Howie está comerciando con mercancía robada en la parte trasera del bar, es un pez demasiado grande como para que dejemos que se nos escape del anzuelo.

—Estoy de acuerdo —admitió Linc. Resignado, dejó la cazadora de nuevo sobre la mesa—. Después del encontronazo que tuvimos con Quintana en la escalera, no quiero ser el que tenga que decirle que hemos fracasado en esta misión sólo porque un vaquero se ha enamorado de ti.

—Yo tampoco.

Linc se acercó a la ventana y volvió a inspeccionar el aparcamiento.

—La furgoneta sigue ahí.

—Le dije a West que iba a venir a verte. Ni siquiera eso lo ha

disuadido. Es casi la una de la mañana —dijo Carrie, después de consultar el reloj.

—A mí me parece que si el hecho de que tú hayas venido a visitarme iba a conseguir que diera marcha atrás, ya se habría ido. Si quieres que se largue, tendrás que darle algún incentivo.

—Por supuesto que quiero que se marche. ¿Sabes cómo conseguir que eso ocurra sin tener que darle una paliza?

—Sí, pero antes que te diga cómo librarte de tu enamorado, déjame que te describa la situación desde un punto de vista masculino. Una mujer como tú es un cóctel para un hombre sediento.

Se detuvo para observar a Carrie de la cabeza a los pies. ¿Cómo diablos podía culpar a Williams cuando con sólo verla, a él se le secaba la garganta? Lo que sentía por ella representaba una amenaza, sobre todo cuando no tenía intención alguna de volver a poner en jaque su corazón.

—¿Y?

—Ese vaquero tiene que estar muerto de sed. Te desea, McCall y además, se ha dado cuenta de que nosotros dos estamos algo distanciados. Cree que eso significa que yo ya no siento nada por ti y por eso, ha dado ese paso esta noche. Seguramente está convencido de que has venido a romper definitivamente conmigo y cree que si espera lo suficiente, tú saldrás corriendo, te montarás en su furgoneta y te irás con él a su casa.

—Pues qué bien... —susurró ella—. De acuerdo, Reilly. ¿Cuál es tu plan?

—Tenemos que demostrarle lo equivocado que está.

—¿Demostrarle?

—Tenemos que resultar muy convincentes. Si no lo somos, Williams podría hacer algo que terminaría con nuestra tapadera —dijo Linc. Entonces, señaló el cuarto de baño—. Da la luz —le ordenó. Ella obedeció de mala gana.

—¿Qué estás pensando?

Linc apagó la luz del techo de la habitación. La iluminación que proporcionaba la del cuarto de baño era el fondo perfecto.

—Mi plan es el siguiente. Como no hemos cerrado del todo las cortinas, probablemente se cree que hemos estado hablando, lo que es verdad. La luz se acaba de apagar, lo que indica que hemos terminado de hablar. Entre nosotros existe un estado de ánimo muy diferente. Los dos se lo vamos a demostrar acercándonos a la ventana y dándole a ese Williams una actuación que lo convenza de que nuestra relación vuelve a ir sobre ruedas. Tenemos que hacerle creer que no tiene oportunidad alguna de ponerte las manos encima.

—Mira, Linc. No he venido aquí para que tú y yo empecemos otra vez a morrearnos.

—No, has venido porque necesitas la ayuda de tu compañero. Y así debe ser.

—Soy policía desde hace cinco años, Reilly. No tienes que explicarme el concepto de compañerismo.

—En ese caso, déjame que te explique que estoy deseando que empecemos a besarnos con tanto entusiasmo como tú. Desgraciadamente, esto es lo único que se me ocurre para deshacernos de Williams. Si tú tienes una idea mejor, dímela. Sólo quiero que sepas que si ese vaquero continúa siguiéndote, podría ver u oír algo que no debería. Si eso ocurre, nuestra misión estará en peligro. Si Quintana no nos corta la cabeza, lo hará el alcalde.

—¿Es posible que esta misión se haga más complicada? —preguntó Carrie, con desesperación.

—Te aseguro que yo me hago cada día la misma pregunta —contestó él, muy secamente.

—Mira, no quiero que parezca que digo que eres un perverso. No es así. Sólo estás tratando de ayudarme y lo sé.

—Todo en cumplimiento del deber.

Después de un instante, Carrie se encogió de hombros.

—No es que no lo hayamos hecho antes por el bien de nuestro

trabajo, ¿no es así? Engañamos al gorila del bar. Podemos hacer lo mismo con West.

—Ése es el plan.

—Muy bien —susurró Carrie, acercándose a Linc—. Démosle a ese pobrecillo un espectáculo que no va a olvidar jamás.

—Sí...

Linc la agarró por el cuello y la atrajo hacia él. Se colocaron delante de la ventana. Con la suave luz del cuarto de baño, el cabello de Carrie había adquirido una tonalidad caoba. Su piel relucía como el oro. Y sus ojos... A pesar de la valentía que había tratado de demostrar con la voz y con la actitud, Linc notaba el nerviosismo que la atenazaba.

Con la mano que le quedaba libre, empezó a acariciarle el hombro y fue levantándola hasta envolverle con ella la garganta. Le rozó la sien con los labios tan suavemente como si fuera un susurro y a continuación, comenzó a mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—Yo... —musitó ella, dando un paso atrás—. Creía que el trato era que tú me ibas a besar.

—Y así es. Ya voy a hacerlo —susurró Linc.

Le enmarcó el rostro entre las manos y empezó a jugar con los labios de Carrie lenta y suavemente.

—Así no —insistió ella—. Como me besaste antes.

—No —repuso él. Empezó a acariciarle la mejilla con los labios y luego los deslizó hasta la mandíbula—. Piénsalo. Si esto fuera como antes, lo único que Williams vería sería pasión. Celeridad.

—¿Y... y no es ésa la idea? —preguntó Carrie, con voz ronca.

—La pasión y la celeridad se pueden comprar en la calle —respondió, colocando la boca a pocos centímetros de la de ella—. En los reservados de *El Escondite* —añadió, mientras le acariciaba el cuerpo con un gesto largo y posesivo—. Ese vaquero no cree que sintamos nada el uno por el otro. Eso es precisamente lo que tenemos que demostrarle. Lo que necesita ver —prosiguió. La abrazó

dulcemente mientras empezaba a mordisquearle la mandíbula—. Los sentimientos... Las emociones...

—Tiene... sentido —musitó ella, antes de deslizarle los brazos por el cuerpo y levantarlos hasta enredárselos alrededor del cuello.

Envuelto en ella, Linc sintió que la sangre se le caldeaba y que la razón empezaba a desaparecer empujada por la necesidad. De repente, comprendió que había cometido un grave error. Tenerla entre sus brazos lo había empujado a desearla. Lo de necesitarla sería el siguiente paso.

Se había jurado no volver a sentir nada por una mujer. Sabía muy bien el alto precio que se podía llegar a pagar por amar a una mujer. Por fallarle. Por dejar que muriera por haber puesto su trabajo en primer lugar.

Sintió cómo un dolor ya familiar le atravesaba el corazón. Sabía que debía apartarse de ella inmediatamente. Esperaba que el vaquero se hubiera creído lo que habían representado para él...

Carrie se deshacía contra él, cálida y suave. La rendición que ella mostraba lo golpeó con la fuerza de un puño. En aquel momento, comprendió que no podía ser sólo policía. En primer lugar, era un hombre que estaba abrazando a una mujer. Una mujer que había conseguido despertar algo dentro de él.

A pesar de que siguió abrazándola y besándola, se maldijo. El sabor, la esencia de Carrie le invadían cada poro de la piel.

Cuando un rayo de luz iluminó la habitación, Linc tardó un instante en comprender de qué se trataba. Levantó la cabeza y miró por la ventana justo a tiempo de ver cómo las luces traseras de la furgoneta de Williams se alejaban en la distancia.

—¿Reilly?

Se volvió de nuevo para mirarla. Vio que tenía el rostro arrebolado y los ojos abiertos de par en par. Sentía que los senos se le aplastaban contra el torso, que el cuerpo de Carrie temblaba...

—El vaquero se ha marchado —dijo él.

Carrie se puso de puntillas y le mordisqueó suavemente el labio inferior.

— ¿Quieres hacerme un favor?

Él le agarró el cabello con fuerza al sentir que la necesidad se apoderaba de él. La sangre le rugía en las venas y el sabor de Carrie le ardía en la lengua.

— ¿Qué?

— Cierra las cortinas.

Cuando ella lo obligó a besarla, Linc sintió que su autocontrol se partía en dos, resonando como el violento restallido de un disparo.

Capítulo 8

Carrie estaba segura de que sabía lo que implicaba el plan de Linc para librarse de West Williams. Por eso, en los segundos anteriores a perderse entre los brazos de su compañero, se había preparado mentalmente para enfrentarse al mismo ataque emocional que había sentido durante el apasionado beso que habían compartido detrás de *El Escondite*.

Había esperado que se le caldeara la sangre, había predicho que las piernas amenazarían con doblársele y también había reconocido que no había nada que pudiera hacer para impedir que el beso de Linc la desequilibrara.

La lógica, sin embargo, le había dicho que la actuación de aquella noche sería menos turbadora. Que la experiencia sería más o menos cuando se repite en una montaña rusa. Después de la primera vez, las siguientes ya no tenían el mismo impacto.

Nada podría haberla preparado para aquel despliegue de ternura. La suavidad de las caricias de Linc le había hecho saltar chispas bajo la piel. Los lentos y suaves besos le habían quitado el aliento. Había sido muy consciente de que todo su cuerpo parecía abrirse a la vida y que su autocontrol se le iba escapando entre los dedos. A pesar de todo, no le importó.

No le importaba nada más que el hombre, que lenta y dolorosamente, la había transformado en un volcán a punto de entrar en erupción. En aquel momento, mientras lo asía fuertemente y sentía la boca de él sobre la suya, le pareció notar que Linc echaba las cortinas segundos antes de que los dos cayeran sobre la cama.

Se hundieron en el abarquillado colchón. Las caricias que él le proporcionaba pasaron de ser suaves y delicadas para convertirse en calientes y apasionadas. Carrie se sentía totalmente desesperada por saciarse de él, por lo que abrió la boca todo lo que pudo para poder acoger la lengua de Linc mientras le arrancaba prácticamente los botones para desabrocharle la camisa. Le acarició el torso, gozando con la fuerza que emanaba de sus músculos y con el oscuro vello que le cubría la piel.

Con un ronco gruñido que le surgió de lo más profundo de la garganta, Linc le agarró el jersey y se lo levantó. Las ansiosas bocas se separaron solamente cuando tuvo que sacarle la prenda por la cabeza. Un instante después, el sujetador siguió al jersey por el aire.

—Eres muy hermosa, Carrie —susurró, tras llenarse las manos con los senos de Carrie y depositarle un beso sobre la clavícula.

—Tú también....

Bajo la tenue luz, la piel de Linc tenía un aspecto dorado. Con avidez, Carrie le acarició el torso y las firmes llanuras del vientre hasta llegar a la cinturilla de los vaqueros. El cambio que se produjo en la expresión de sus ojos prendió fuego también a las brasas del deseo que le ardían en el vientre.

—Podría comerte viva —dijo él.

Entonces, tomó un pezón entre los labios y empezó a succionar.

La excitación nubló el pensamiento de Carrie. El placer fue latiéndole por todo el cuerpo, tanto que la empujó a colocarle una mano sobre la nuca y a incrementar la presión de la boca. Un gemido rugió en la garganta. La piel se le caldeaba y le temblaba bajo las caricias de Linc. ¿Qué era lo que tenía aquel hombre, sólo aquel hombre, que era capaz de hacer que su mundo se tambaleara? El único hombre que no era adecuado para ella y que a pesar de todo, le estaba mostrando todos los movimientos adecuados.

«*No era adecuado para ella*». A pesar de que Linc no había dejado de acariciarla, la razón empezó a abrirse paso a través del deseo. La

luz empezó a iluminar con abrumadora claridad lo que estaba ocurriendo. Linc no era adecuado no sólo porque ella se había jurado que jamás volvería a tener relación con un policía. Era un sospechoso de siete asesinatos. Su sospechoso. Si no hacía algo muy pronto, el hombre al que estaba investigando no sólo estaría encima de ella, sino también dentro.

—No —dijo, agarrándolo por los hombros. Tenía la intención de apartarlo de sí, pero las manos le temblaban tanto que no pudo conseguirlo—. Linc, no.

—¿Te estoy haciendo daño? —le preguntó él, levantando la cabeza.

Tenía un brillo salvaje en los ojos.

—No...

—¿Qué es lo que pasa?

—No podemos hacer esto. Linc, no podemos...

—Claro que podemos.

Él tenía una mano encima de un seno de Carrie y la otra por debajo de la falda, que ella aún llevaba puesta. Ya nunca sabría lo desesperadamente que deseaba sentir aquellas manos recorriéndole cada centímetro del cuerpo.

—Yo no puedo —corrigió ella—. No puedo trabajar contigo y tener al mismo tiempo esta clase de relación.

—¿No te parece que es un poco tarde para darte cuenta de eso? —le espetó él.

—Sí. Es culpa mía. Jamás debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos.

Se apartó de él. Dado que el colchón parecía más bien una hamaca, le costó mucho poder levantarse de la cama. Cuando lo consiguió, se quedó atónita al ver que se tambaleaba sobre sus botas de tacón de aguja. Entonces, se dio cuenta de que ni siquiera se había sacado la pistola de la bota.

—Tranquila —dijo Linc.

Se había levantado muy rápidamente para sostenerla.

—Estoy bien. De verdad —afirmó, a pesar de que el mero contacto de la piel de Linc despertaba de nuevo el deseo en su cuerpo.

—Me alegro de saber que uno de nosotros lo está —comentó él, con cierta frustración en la voz.

—Lo siento —susurró ella, apartándose de él—. Yo... necesito marcharme.

Recogió el jersey y se lo puso. La respuesta al comportamiento de Linc había sido el deseo. Él la había excitado y ella había respondido. Nada más.

Se colocó la mano en el estómago. Si el deseo fuera lo único a lo que se enfrentaba, ¿por qué se sentía como si se estuviera desgarrando por dentro? Sabía perfectamente que no era simplemente deseo. Ni siquiera había sido sexo. Más bien, había estado a punto de hacer el amor. La respiración se le aceleró cuando se dio cuenta de que nunca antes había deseado a un hombre con tal ferocidad y avaricia como deseaba a Linc.

—¿Quieres decirme por qué de repente sientes la necesidad de salir huyendo de mí? —le preguntó él.

La ira se le reflejaba en las palabras.

—Lo siento —repitió, con un simple hilo de voz.

Apartó la mirada y vio su cazadora, que se había caído al suelo. La recogió y al hacerlo, se le cayó todo lo que tenía en los bolsillos. Rápidamente, se agachó y recogió sus guantes, las llaves del coche y el paquete de antiácidos a medio consumir.

—¿Te molesta el estómago? —le preguntó él.

—En realidad no —respondió, al tiempo que recogía el sujetador—. Son caramelos más que nada —añadió, para quitarle importancia.

Linc se acercó a la mesa, agarró el vaso que había al lado de una botella de whisky y se tomó un trago.

—Caramelos para una persona que tiene los nervios de punta.

—Trabajar en misiones secretas puede provocarle eso a una persona —replicó ella—. Supongo que ya lo sabes. ¿Acaso no te turba tanto fingimiento? ¿No te sientes nunca incómodo?

—En estos momentos estamos hablando de ti. ¿Son los nervios lo que evita que me mires a los ojos?

—Ahora mismo me siento un poco avergonzada.

—¿Y las otras veces que no has sido capaz de mirarme a los ojos? Si un sospechoso hiciera eso, diríamos que está mintiendo u ocultando información. Y ahora esto —añadió, señalando la cama—. Unas veces estás toda lanzada y otras te falta el tiempo para alejarte de mí. ¿Por qué no te sinceras conmigo? Dime lo que está pasando.

Carrie sintió que las manos empezaban a sudarle y que los pulmones necesitaban más oxígeno del que había en la habitación.

—Lo que ocurre es que no puedo compartir esta intimidad y trabajar contigo al mismo tiempo. Estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo en que la atracción que sentimos ya nos ha causado un problema en lo que se refiere a West Williams.

Linc dejó el vaso sobre la mesa y empezó a abrocharse la camisa.

—Sigue hablando.

—No hay nada más. Es el trabajo —afirmó.

Empezó a ponerse la cazadora. Ya tenía los dos brazos metidos en las mangas cuando él se le acercó con la velocidad de un rayo y le colocó las manos sobre los hombros.

—Eh...

Como tenía las manos atrapadas, estaba completamente indefensa cuando él la aprisionó contra la pared.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

—Tratar de obtener una respuesta. Soy policía desde hace mucho tiempo. Sé perfectamente cuándo alguien me está ocultando algo. Tú llevas un gran peso sobre los hombros, señorita. Los dos lo sabemos.

A pesar de la turbación que sentía, Carrie consiguió esbozar una fría sonrisa.

—Reilly, ¿acaso no sabes que no resulta muy inteligente decirle a una mujer que lleva un gran peso?

—Puedes tratar de evitar el tema todo lo que quieras, McCall, pero sabes que tengo razón —replicó Linc.

—Te equivocas —insistió ella, a pesar de que sabía que Linc la había leído como si fuera un libro abierto.

Con manos temblorosas, se abrochó la cazadora. Volvió a mirar la mesa y centró toda su atención en el grueso expediente que había sobre ella. Si miraba en su interior, ¿encontraría notas sobre todas las víctimas del *Vengador* o tal vez datos de delincuentes que se podían encontrar con un tiro en la cabeza? Si era así, el registro que pensaba efectuar en casa de Linc sería una completa pérdida de tiempo.

Había estado a punto de acostarse con él y estaba allí, planeando cómo revolverle la casa. Sintió que el corazón le daba un vuelto, el mismo corazón que había vibrado con sus caricias y que no podía creer que él fuera el asesino que estaba buscando.

—Linc...

Él le estaba pidiendo respuestas que no podía darle. «*Algunas respuestas*», se corrigió. Después de lo que había pasado entre ellos, Linc se merecía escuchar al menos la parte de verdad que podía contarle.

—¿Tienes algo que decir, McCall?

—Sí. No me resulta fácil hablar de esto —admitió—. ¿Te acuerdas de un policía llamado Parker Jackson? Dejó el departamento hace dos años.

—Oí hablar de él. Perdió su trabajo porque se excedió con un sospechoso, ¿no es así?

—Buena memoria. Parker y yo no éramos compañeros, pero trabajábamos en el mismo turno en la comisaría de Hefner. Él llevaba un par de meses divorciado cuando empezamos nuestra relación. Antes de eso, había rumores de que estábamos juntos, pero no era cierto. Cuando empezamos a salir juntos, acordamos mantener el

trabajo separado de nuestra vida personal.

—Supongo que me estás contando esto porque eso no fue lo que ocurrió.

—No. Yo sabía que Parker se había vuelto muy protector con respecto a mí. Que sentía la necesidad de cuidarme en el trabajo. Eso era lo último que yo deseaba. Me juró que podría aceptar que yo estuviera patrullando las calles y yo lo creí. Entonces, una noche cuando yo estaba de patrulla, vi a un chico tambaleándose por la acera. Yo llevaba la ventanilla bajada e incluso desde el interior del coche podía oler la cerveza. Me detuve y pedí refuerzos. Park estaba en la zona, por lo que se ofreció a ayudarme. En el momento en el que me dispuse a detener a ese muchacho, él empezó a insultarme. A mí no me escandalizó y ya le había esposado una mano cuando se dio la vuelta y me empujó. Me mantuve agarrada a las esposas, por lo que cuando caí, él lo hizo también. Fue a aterrizar encima de mí y yo me golpeé la sien contra el bordillo. Aunque el corte no era demasiado profundo, empecé a sangrar tanto que casi no podía ver por la sangre.

—Déjame que lo adivine. Jackson se tomó el asunto como algo personal porque el muchacho había herido a una mujer de la que estaba enamorado.

—Se volvió loco. Antes de que yo pudiera volver a ponerme de pie, agarró al chico y lo tiró de boca contra el suelo. En vez de esposarlo, le pegó un pisotón en el brazo. Se lo rompió...

—Si hubiera sido cualquier otro policía, Jackson se habría limitado a esposar al chico, pero al ser tú... Los sentimientos que tenía hacia ti le hicieron perder el control, ¿no es así?

—Sí. El abogado del muchacho prometió no presentar cargos si su cliente no era acusado de embriaguez, resistencia a la autoridad y asalto a un agente de policía. Los gastos hospitalarios corrieron a cuenta del estado.

—Y Jackson accedió a dejar su trabajo para evitar enfrentarse a un

delito por agresión.

—Podría haber ido a la cárcel por mí.

—No, Carrie. Él era responsable de sus propios actos. Como todos los policías.

—Tú puedes decir lo que quieras, pero si yo no hubiera estado con él, probablemente seguiría siendo policía.

—¿Qué ocurrió después de que lo dejara?

—Tratamos de sacar adelante nuestra relación. Al principio, él pareció aceptar la situación. Consiguió un trabajo y estudió para sacarse su licencia como agente inmobiliario, pero a medida que fue pasando el tiempo, la amargura comenzó a apoderarse de él. El hecho de tener que verme a mí vestida de uniforme sólo le recordaba lo que había perdido por mi culpa. Él no era el único que tenía problemas. Llegamos al punto de que cada vez que yo lo miraba, oía el ruido que se había producido cuando él le rompió el brazo a ese chico. Nuestra relación terminó por mutuo acuerdo.

—Parece que los dos perdisteis algo...

—Así es. Esta noche, durante algún tiempo, me olvidé de todo. Me olvidé de que me había jurado que jamás volvería a mantener relaciones con un policía. Cuando me dijiste que West se había marchado, debería haberme ido yo también, pero no lo hice y terminamos en esa cama porque yo...

—¿Porque tú qué?

—Porque quería estar allí contigo —admitió Carrie—. Y sigo queriéndolo. Tú estás enfadado conmigo porque crees que te engañé intencionadamente, pero no fue así. Lo que sí hice fue recordar de repente lo mal que se pueden poner las cosas cuando los policías que trabajan juntos empiezan a mantener una relación. Linc, yo no puedo ser tu compañera y tu amante a la vez. No puedo hacer las dos cosas y mantener la cabeza fría. Aquel día en la escalera decidimos mantenernos separados. Ser inteligentes... Tu parte del plan de esta noche lo era. West se marchó. Fui yo la que complicó las cosas

arrastrándote a esa cama. Ahora, tenemos más problemas a los que enfrentarnos. Todo es culpa mía y lo siento.

—Yo no he querido tocar a una mujer desde... — murmuró él, con una expresión inescrutable en los ojos—. Entonces, apareciste tú. No eras la única que estaba en esa cama, Carrie. Yo también podría haberme echado atrás. Los dos rompimos nuestro acuerdo, así que los dos tenemos que asegurarnos de que no vuelve a ocurrir. De ahora en adelante, seremos unos seres inteligentes. Sólo pensaremos en nuestro trabajo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió ella, con un gran alivio. Entonces, observó que él empezaba a ponerse su cazadora—. ¿Vas a alguna parte?

—Voy a seguirte hasta tu casa.

—No hay necesidad...

—Supongo que el vaquero comprendió el mensaje, pero quiero estar seguro. Podría estar esperando calle abajo a que tú pases para poder seguirte.

—Vivo al otro lado de la ciudad. Es ridículo que vayas hasta allí y que luego regreses aquí.

—Tienes razón. Esta noche dormiré en mi casa.

Carrie casi se sintió aliviada al darse cuenta de que no podría registrar aquella noche la casa de Linc. Necesitaba tiempo para tranquilizarse. Para pensar.

—Probablemente eso sea lo más inteligente — admitió ella.

—Eso es precisamente lo que hemos acordado —replicó él, con una sonrisa llena de ironía—. Hablando de ser inteligentes. También tenemos que asegurarnos de que tu amigo el vaquero cree que hemos vuelto a retomar nuestra relación. De ahora en adelante, nos reuniremos en la oficina e iremos juntos al bar y nos marcharemos también juntos. Y mientras estemos allí, empezaremos a pasar más tiempo juntos. Todo esto debería bastar para mantener a raya a Williams.

—Bien.

—¿Estás lista para marcharte?

Carrie observó la cama. Lo había estropeado todo dejándose llevar por la pasión. No podía cambiar lo que había ocurrido entre ambos, pero podía controlar los acontecimientos futuros. Tenía que bloquear los sentimientos que tenía hacia Linc, fueran éstos los que fueran. Así, podría volver a enfrentarse objetivamente con las presiones de su trabajo. Cumplir sus órdenes. Su deber.

—Estoy más que lista para marcharme de aquí —respondió.

Capítulo 9

El aire de la mañana era tan frío que cortaba. La gélida sensación acompañó a Linc hasta las oficinas de la UES. Cuando entró en la sala, Evelyn Forbes frunció el ceño.

—O yo estoy muy confundida o tú estás aquí en tu día libre —le dijo la atractiva morena.

—Tranquila, Ev. No te has teletransportado a un universo paralelo. Simplemente tengo mucho papeleo con el que ponerme al día.

Tomó un caramelo de la bandeja que ella tenía sobre el mostrador de recepción y se lo metió en la boca. A continuación, se dirigió a la cafetera. Al ver que el brebaje que contenía la jarra parecía barro, preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleva preparado este café?

—Está recién hecho —respondió Evelyn, sin dejar de teclear en el ordenador—. Parece fuerte porque yo lo he hecho así. Sammy tiene cólico, por lo que he estado levantada la mayor parte de la noche. Consumir grandes dosis de cafeína es el único modo que tengo de permanecer despierta todo el día. Debe de ser un papeleo muy importante lo que te ha traído a la oficina en tu día libre —añadió, cambiando de tema.

—Digamos que estoy muy entregado a mi trabajo —afirmó Linc.

La verdad era que no había querido quedarse en casa todo el día en compañía del malhumorado gato de Kim.

En aquel momento, el teléfono de Evelyn empezó a sonar. Linc se sirvió un café y se volvió para observar la sala en la que se

encontraban las mesas del resto de los detectives. Sin poder evitarlo, se fijó en la de Carrie. Estaba limpia y ordenada. Le extrañó que ella no hubiera llevado ningún objeto personal, sobre todo siendo una mujer a la que le importaban tanto los detalles. Inmediatamente, se reprendió por desear que apareciera la dueña de aquel escritorio. De hecho, sabía que ella no aparecería hasta última hora de la tarde del día siguiente para ir al bar.

Parecía que a su compañera no le estaba costando lo más mínimo cumplir el acuerdo al que habían llegado y darle la espalda a la atracción que sentían. Desde la conversación que tuvieron en el motel, ella había levantado cien muros y se había vuelto tan fría como el tiempo de noviembre. Era como si la mujer cuyo cuerpo había vibrado con sus caricias hubiera desaparecido. En aquellos momentos, era tan sólo una agente de policía decidida a cumplir con su misión.

A pesar de todo, representaban muy bien su papel cuando estaban en *El Escondite*. Allí, trataba a Linc con descaro y seducción. Cuando bailaban, realizaba movimientos sensuales contra el cuerpo de Linc que lo volvían loco. Cualquiera que hubiera estado observándolos habría visto a un hombre y a una mujer presos de la pasión. Sin embargo, en el instante en el que se marchaban del bar, esa mujer ya no existía.

Aunque él también había cumplido su parte del trato, no podía evitar que su mente recordara continuamente el aspecto que había tenido entre sus brazos, con los ojos desenfocados por el deseo y el cabello revuelto alrededor del rostro. Por mucho que hubiera tratado de borrar aquella imagen, sabía que la recordaría durante el resto de sus días. De igual modo, jamás podría olvidar el pánico que se le había reflejado en los ojos y la tensión de sus músculos cuando la tocó. Su instinto le decía que su compañera había estado muy lejos de decirle la verdad cuando afirmó que no tenía razón para no mirarlo a los ojos.

Sabía que jamás podría tener a la mujer, pero lo que podría poseer era su secreto. Era un nombre paciente. Sabía esperar, elegir el momento adecuado. Tarde o temprano descubriría lo que ella le estaba ocultando.

—¡Eh, detective entregado! —le dijo Evelyn—. Se requiere tu presencia.

—¿Quién y dónde?

—Quintana en su despacho. Acaba de llegar de una reunión en el centro de la ciudad. Ahora quiere verte. Me alegro de que sea a ti, dado que parece un perro rabioso que está buscando una pierna que desgarrar.

—Gracias por la advertencia.

A través del panel de cristal de su despacho, Linc vio al teniente hablando por teléfono. Para darle tiempo a que terminara su llamada, se dirigió primero a su mesa y se quitó la cazadora.

Quintana lo miró en aquel momento y sin dejar de hablar por teléfono, le hizo una señal par que se dirigiera a su despacho. Linc entró, se sentó y como muchas otras veces, se fijó en que a pesar de llevar doce años ocupando aquel escritorio, John Quintana parecía estar tan en forma como cuando patrullaba las calles.

Muy enojado, Quintana colgó el teléfono con un fuerte golpe. Linc levantó una ceja y tomó un sorbo de su café.

—¿Va bien tu mañana, teniente?

—Si se te ocurre alguna vez aceptar el trabajo de supervisor, Reilly, piénsatelo bien. Hace un mes, entregué el presupuesto de la unidad para el año que viene. Esta mañana, he ido a una reunión en el centro de la ciudad y el imbécil de un contable me dice que tengo que recortar los gastos otro cinco por ciento. ¡Cinco por ciento! ¿Te imaginas en lo que voy a estar trabajando durante el puente del día de Acción de Gracias?

—Creo que sí —replicó Linc.

Se le había hecho un nudo en el estómago. El cuerpo de Kim

había sido encontrado el día de Acción de Gracias. Cuanto más se acercaban al segundo aniversario de su muerte, más difícil le resultaba aceptar que seguía sin encontrar a su asesino.

—Bueno, ya basta de lo del maldito presupuesto —suspiró Quintana—. ¿No es éste tu día libre, Reilly?

—Sí. He venido para ponerme al día con el papeleo.

—Si no hubieras venido, te habría llamado de todas maneras.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Me he encontrado con el jefe Berry. Esta tarde tiene una reunión con el alcalde. Berry quiere informar a Su Excelencia de los progresos que se están realizando en la investigación, lo que significa que yo tengo que informarlo a él. La última vez que hablé contigo y con McCall, teníais ya los delitos de distribución ilegal de licores y de apuestas de juego. ¿Podéis añadir ya algo más?

—Desde la última vez que hablamos, McCall y yo hemos sido testigos de que se venden bebidas alcohólicas a menores.

—Bien. ¿Y qué me dices de las chicas?

—Ya he realizado el papeleo para acusar formalmente a cinco de las chicas del bar. Otra se me insinuó anoche mientras jugaba al billar. Realizaré el papeleo sobre ella hoy mismo.

—¿Cómo lo hacen?

—Utilizando un truco con whisky y champán. Para empezar, cada prostituta le pide a su hombre que haga tres consumiciones, a diez dólares cada una. El pobre está bien cargado de alcohol, por lo que accede a comprar la botella de champán. El que sirven es muy barato, pero le cobran ciento veinticinco dólares. Sólo después de todo eso, la prostituta se lo lleva a una de las habitaciones que hay en la parte posterior del bar.

—Déjame adivinar. Cuando están allí, el pobre infeliz se entera de que tiene que pagar más dinero para conseguir sexo.

—Exactamente.

—Muy bien. ¿Qué me dices del reservado?

—McCall y yo estamos seguros de que es un punto de distribución de drogas. No hemos podido conseguir que nadie muerda el anzuelo todavía cuando hemos dicho que queremos comprar para nosotros, pero creemos que lo conseguiremos muy pronto. Cuanto más compras hagamos, mejor será el caso para el fiscal. La cámara que Crawford instaló en la máquina de discos nos ha dado muchas fotografías de clientes que han realizado negocios en ese reservado. Con ellas, debería resultar muy fácil convencer al juez de la gran cantidad de droga que se distribuye allí cada noche.

—¿Y qué me dices del tipo que sospechas que trafica con objetos robados?

—Howie Kling. McCall ha conocido a un tipo en el bar que afirma que puede concertarle una cita con Kling para que ella pueda comprar joyas.

—¿Cuándo creéis que ocurrirá eso?

—Resulta difícil decirlo. Su contacto no ha aparecido por el bar desde hace tres noches.

—¿Crees que ha descubierto que sois policías?

—No lo creo —respondió Linc. Teniendo en cuenta el espectáculo que Carrie y él le habían dado, lo más probable era que estuviera lamiéndose las heridas en alguna parte—. Estoy seguro de que aparecerá pronto. Mientras tanto, McCall ha dado la descripción de las dos pulseras que sabemos que ese Kling ha vendido. Las dos son muy llamativas, por lo que esperamos que se confirme muy pronto que son robadas.

—Faltan tres días para Acción de Gracias —comentó Quintana—. No parece que McCall y tú vayáis a terminar el asunto antes de entonces.

—No —respondió Linc. Una vez más, se maldijo por no haber encontrado nada referente al asesino de Kim. Cuando la policía cerrara el bar, perdería el único vínculo que lo unía con aquel canalla—. Sería una tontería terminar la operación antes de que tengamos

algo firme sobre Klinger. Está claro que él está trabajando con la plena autorización del dueño del bar, así que si podemos acusar a Klinger, el dueño también tendrá que enfrentarse a una acusación de ocultación de objetos robados. Así nos aseguraremos de que no vuelve a abrir un bar en este estado.

—Es cierto. Me aseguraré que el jefe se lo recalque todo al alcalde. Tal vez así podamos contener la impaciencia de Su Excelencia.

—Cuanto más tiempo pasemos McCall y yo en el bar, más acusaciones podremos encontrar.

—Muy bien. Hablando de McCall. ¿Cómo van las cosas entre vosotros dos?

—La sargento McCall y yo nos concentramos exclusivamente en nuestra investigación —respondió Linc, sabiendo que el teniente se refería a la situación que había visto en el rellano de la escalera—. Es lo que se necesita para que usted, el jefe y el alcalde estén contentos.

—Bien. Después de esta misión, ¿te gustaría seguir teniéndola como compañera?

—Sí —dijo, sabiendo que a pesar de todo, no podría soportar estar alejado de Carrie—. McCall y yo formamos un equipo muy sólido. Me gustaría seguir trabajando con ella.

—Muy bien —replicó Quintana, tras observarlo atentamente durante unos segundos—. Los dos lleváis unas dos semanas trabajando juntos y los compañeros suelen hablar. ¿Le has contado tu teoría de que un policía está asesinando a los delincuentes que cometieron delitos graves y que está utilizando los archivos de esta unidad para elegir a sus víctimas?

—No. No se lo he dicho. Si estoy en lo cierto y ese policía se da cuenta de que alguien va tras él, será mejor para ella no saber nada.

—Tiene sentido. ¿Tienes ya alguna idea de quién podría estar cometiendo esos asesinatos y tal vez preparándolo todo para que parezca que fuiste tú el que cometió esos crímenes?

—Lo único que sé es que no fui yo —respondió Linc, guardándose

muy bien su opinión sobre Don Gaines.

—Reilly, llevas dos años bajo mis órdenes. Sé muy bien cómo trabajas. Si fuera tú, no me centraría en la basura de la que te has ocupado tú mismo ni asesinaría a un tipo en Tulsa cuando el mismo fin de semana, estuviste cerca de allí con tus suegros.

—Tienes razón. No lo haría. Cuando te hablé por primera vez de esos asesinatos, dijiste que le hablarías al capitán Vincent sobre mi teoría.

—Y lo hice. Al jefe estuvo a punto de darle un ataque. Me aseguró que hablaría del asunto a sus superiores.

—Si es así, me sorprende que esta unidad no haya tenido una visita de Asuntos Internos.

—En realidad, he hablado con Patricia Scott en un par de ocasiones. Me dijo que todos los suyos están comprometidos en otros asuntos en estos momentos, pero que enviaría a alguien en cuanto pudiera. Mientras tanto, me ha pedido que me fije a ver si puedo decidir qué policía está cometiendo esos asesinatos, si se trata de uno de los nuestros. Algunas veces, son los propios delincuentes los que se encargan de matar a otros.

—En este caso, no, teniente —afirmó Linc—. Estos homicidios son demasiado perfectos. Están muy bien planeados.

En aquel momento, alguien empezó a llamar a la puerta del despacho del teniente Quintana con gran urgencia.

—Siento interrumpir —dijo Tom Nelson—. Al teléfono está un policía de Dallas que quiere hablar con McCall. Dice que tiene información sobre las joyas que ella ha colocado en la lista de objetos robados.

—Contesta tú esa llamada —le ordenó Quintana a Linc—. Tal vez hayáis tenido suerte. Éste podría ser el policía que os diera el vínculo que necesitáis para terminar lo antes posible esta investigación.

—Sí —susurró Linc, mientras se levantaba y se dirigía a la puerta—. Menuda suerte.

—Vamos, mamá —le recriminó Carrie a su progenitora—. Hemos reservado este día en un balneario para relajarnos y planear la boda de Morgan. Te toca a ti que Fritz te ponga las manos encima y te masajee todo el cuerpo —añadió, con una sonrisa. Aquello era precisamente lo que acababa de hacer con ella. Extendió la mano y agarró la copa de cristal que contenía su segundo cóctel de la mañana—. Es una maravilla que ese Fritz sea también tan guapo.

A pesar de la mascarilla purificadora que le cubría el rostro, Roma McCall frunció el ceño.

—Yo prefiero una masajista. Después de todo, ese Fritz no es tu padre.

—Gracias a Dios —comentó Morgan, mientras se tomaba una fresa de la bandeja de fruta que les habían llevado. Como la mascarilla de arcilla que le habían puesto estaba casi seca, casi no podía abrir la boca—. Yo no me quedaría completamente desnuda si papá fuera el que me iba a dar el masaje.

—¿Y Alex? —preguntó Grace—. ¿Qué tal se le da dar masajes?

—Permíteme que te diga que mi prometido tiene las mejores manos de todo el estado —replicó Morgan.

Gracias a las velas de aromaterapia, al cálido ambiente y al alcohol, Carrie se puso a pensar en Linc. En la excitación que le habían producido sus manos cuando le acariciaron la caldeada piel, en la deliciosa presión que sus dedos le ejercieron en el interior del muslo. Durante los últimos tres días, se había negado a volver a pensar en lo ocurrido en el motel, pero en aquel momento, como tenía las defensas bajas, no hacía más que pensar en los eróticos momentos que había pasado entre sus brazos.

—No estés tan segura, Morgan —murmuró—. Conozco a un hombre que podría dejar a Blade en evidencia en lo de las mejores manos.

—Sigue hablando —la animó Grace, aún con los papelillos que le habían colocado entre los dedos de los pies para hacerle la pedicura

—. No sé mamá o Morgan, pero yo no sabía que habías empezado a salir con alguien. Cuéntanoslo todo.

—Sí, Carrie —dijo Morgan, antes de tomar un sorbo de champán—. No es justo que no nos cuentes que tienes un hombre en el anzuelo.

—Chicas —les advirtió Roma, levantando una mano envuelta en un guante de algodón—. Programamos este día en un balneario para que pudiéramos planear la boda de Morgan. No hemos planeado nada y si empezáis a hablar de hombres y de sexo, no haremos nada.

—Mamá tiene razón —afirmó Carrie. Dejó su cóctel sobre la mesa. Lo último que necesitaba era que se le soltara la lengua con los efluvios del alcohol y que empezara a hablar sobre Linc—. Bien, Morgan. Cuéntanos lo que has decidido sobre nuestros vestidos.

—Serán elegantes, pero muy sexys —contestó Morgan, mientras mojaba un poco de apio en una salsa.

En aquel momento, entró una de las asistentes del balneario. La mujer parecía un clon de Barbie.

—Señoras, Fritz ya está libre para otro masaje. ¿Quién es la siguiente?

—Morgan, ve tú —dijo Roma.

—Si me obligáis... —bromeó Morgan.

Entonces, levantó su copa a modo de brindis y salió por la puerta.

Roma levantó las manos enguantadas.

—Creo que mis cutículas ya están.

La asistente le quitó uno de los guantes y la parafina que había debajo. A continuación, tocó suavemente la pasta de color verde que cubría el rostro de Roma.

—La mascarilla necesita unos minutos más, señora McCall. Mientras tanto, venga conmigo a una sala de tratamientos para que le hagan el peeling corporal y facial. Señoritas —añadió la mujer, dirigiéndose a Carrie y a Grace—, ¿puedo traerles algo mientras esperan a la peluquera?

—Estamos bien —respondió Grace. Esperó hasta que la puerta se hubo cerrado para mirar con mucho interés a su hermana pequeña—. Bueno, ¿quién es el hombre de las manos estupendas?

—No creo que vaya a significar algo en mi vida —contestó Carrie—, pero necesito que me aconsejes, Grace.

—No será sobre hombres, ¿verdad? En eso tú eres la experta.

—No, sobre mi trabajo. Tú has trabajado en varias unidades y has realizado muchas investigaciones. Tienes que aconsejarme sobre cómo ocuparme de una investigación del modo correcto.

—¿Ocurre algo con ese bar que Reilly y tú estáis investigando?

—Como te imaginarás, no te puedo dar detalles muy concretos. Lo que me gustaría que dijeras es si has trabajado alguna vez en un caso en el que te pareciera que no tenías una visión general sobre el asunto, en el que tal vez, te centraste tanto en unos detalles o en un sospechoso que corriste el riesgo de pasar por alto piezas fundamentales del rompecabezas.

—Por supuesto. Suele pasar que cuando estás más segura de que algo es de una manera, resulta que no lo es. Tal vez tú, tu compañero e incluso tu jefe podéis construir un gran caso con puras conjeturas en el que todo encaja.

—Todo encaja —dijo Carrie, pensando en el caso que Asuntos Internos tenía en contra de Linc—. Todo encaja en una investigación en la que estoy trabajando, pero algo me dice que no es el sospechoso al que todo parece señalar. Sé que me falta una pieza fundamental.

—Es el sexto sentido de los policías —comentó Grace—. Me apuesto algo a que en los archivos policiales hay miles de casos que se resuelven solamente porque un policía se dejó llevar por su instinto en vez de aceptar algo así porque sí.

—Yo no puedo aceptar ciertas cosas. No lo haré.

—No lo hagas. Confía en tu instinto. Sea cual sea el tipo de caso que tienes entre manos, tienes que empezar en alguna parte. Tal vez el único lugar para empezar sea donde el sexto sentido te indique.

Entonces, se empieza a buscar, esperando encontrar pruebas. Si no es así, se busca en otra parte y se sigue así hasta que se encuentra lo que se necesite. Lo peor que se puede hacer es precipitarse a la hora de sacar conclusiones sólo porque algo parece lógico o tiene que ser de una cierta manera.

—Gracias. Agradezco mucho tu consejo.

—De nada, pero algo me dice que tú ya sabías todo lo que te acabo de decir.

—Sí, pero ayuda mucho escuchar a otro policía opinar lo mismo. Bueno, hablando de tipos con manos estupendas... —dijo Carrie, cambiando de tema—. ¿Tienes a alguien en la pantalla de tu radar? —añadió, recordando que Grace llevaba viuda casi tres años.

—No. Me resulta imposible imaginar que alguien puede reemplazar a Ryan.

—Y no debe ser así, Grace. Se busca a un hombre con el que construir una nueva vida, no uno que reemplace al anterior. Eso sería imposible.

—Hablemos de nuevo de tu hombre de las manos maravillosas —repuso Grace—. ¿Estás segura de que las cosas no podrían ponerse algo más serias?

—Lo de serias está descartado —respondió Carrie, a la que no la había molestado que su hermana cambiara de tema—. Es más bien un caso de calentamiento.

—Los calentamientos pueden llevar a algo serio.

—Esta vez no.

—¿Por qué? ¿Porque el hombre de las manos maravillosas es Linc Reilly?

—¡Dios Santo, Grace! —susurró Carrie, muy sorprendida—. ¿Cómo lo has sabido?

—Me lo imaginé el día que fui a la UES.

—¿Cómo? —preguntó Carrie, atónita—. Linc y yo estábamos escribiendo informes en la sala de interrogatorios. Él te explicó

brevemente en lo que estábamos trabajando. No ocurrió nada más.

—No fue por nada que Linc o tú dijerais, pero me dio esa sensación cuando os vi a los dos juntos. Había química.

—¡Genial! —bufó Carrie—. Muy bien, tal vez hay química entre Linc y yo, pero eso no significa que vayamos a tener una relación. Aunque fuera así, no iría a ninguna parte. Es imposible.

—¿Por qué? ¿Porque es tu compañero?

—Considerando lo que ocurrió entre Parker Jackson y yo, ¿no te parece una razón más que suficiente?

—Estoy de acuerdo en lo de que los compañeros no deberían empezar una relación sentimental. Si esto ocurre, el problema desaparece cuando uno de ellos es trasladado a otra unidad. Yo trabajaba en Investigaciones. Ryan estaba en Patrullas. El hecho de que los dos fuéramos policías no supuso nunca un problema.

—Sí, bueno, Ryan y tú tuvisteis suerte.

—Así fue. ¿Y quién dice que no la puedes tener tú también? No conozco muy bien a Linc, pero tiene reputación de ser un buen policía. Comprendo muy bien por lo que tuvo que pasar cuando su esposa fue asesinada. Resulta evidente que os sentís atraídos el uno por el otro. Si él está dispuesto a olvidar el pasado contigo, me parece estupendo.

No habría manera de olvidar el pasado con un hombre al que ella no hacía más que mentir. Aunque Linc no fuera el *Vengador*, terminaría descubriendo que ella estaba trabajando para Asuntos Internos y sabría que le habían ordenado que lo investigara. Sólo pensar en cómo reaccionaría al saberlo le ponía el vello de punta.

—Carrie, ¿qué te pasa?

—Nada —contestó ella, con una sonrisa forzada—. No es nada.

—Entonces, ¿por qué te has quedado pálida como un cadáver?

—Ha debido de ser por el cóctel. He tomado demasiado alcohol muy temprano y con el estómago vacío.

—Si tú lo dices...

Carrie no tuvo que responder porque en aquel momento, volvió a abrirse la puerta.

—Perdóñenme, señoritas —dijo la atractiva recepcionista del balneario—, ¿quién de ustedes es la sargento McCall?

—Las dos —respondió Grace—. ¿Es Carrie o Grace a quien busca?

—No lo sé. Tendré que volver al mostrador y clarificar ese detalle con un guapo caballero.

—¿Que ha venido un hombre que quiere ver a la sargento McCall? —preguntó Carrie, atónita.

—Sí. Me ha mostrado su placa y me ha dicho que es muy importante que hable con una de ustedes.

—Descríbalo —dijo Carrie—. ¿Cómo es aparte de guapo?

—Alto, moreno, esbelto... No lleva alianza de boda. Tiene unos ojos maravillosos, marrones y dorados, como los de un gato. ¡Madre mía!

—Es Linc Reilly —afirmó Grace mientras dedicaba a su hermana una sonrisa de satisfacción—. El hombre de las manos maravillosas.

Capítulo 10

Considerado el modo en el que la atractiva morena se contoneaba contra su costado, a Linc lo sorprendió que no se descoyuntara una cadera. O que se rompiera un tobillo con aquellos zapatos de tacón de aguja tan altos. Tal vez las dos cosas.

Se le había agarrado del brazo y lo conducía por uno de los elegantes pasillos del balneario.

—Me azoré mucho cuando descubrí que había dos sargentos McCall —susurró.

—Siento mucho la confusión —respondió Linc—. No se me ocurrió mencionar a qué sargento McCall había venido a ver.

—Estoy segura de que usted está acostumbrado a que las mujeres se azoren constantemente a su lado... —ronroneó. Linc prefirió no contestar—. Bueno, ya hemos llegado —añadió su acompañante, señalándole una puerta—. Si quiere hablar con Grace McCall, acaba de meterse en esta sala con la peluquera.

—No. Deseo hablar con Carrie.

—Entonces aquí —replicó la recepcionista, agarrando el pomo de una puerta cercana. Entonces, se acercó a él y levantó la cabeza—. Me llamo Monique. ¿Por qué no me llamas cuando estés libre? —le sugirió, antes de abrirle la puerta—. Podríamos salir a tomar algo, a cenar...

—Ha sido un placer conocerte, Monique.

La sonrisa de la recepcionista palideció al ver que él declinaba la oferta.

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

—Por supuesto.

Linc entró en una pequeña sala en la que el aroma de rosas y vainilla perfumaba el ambiente. Vio a Carrie sentada en una de las butacas comiéndose un trozo de apio.

—Buenos días, Reilly. Parece que has conseguido torear un buen toro.

Estaba descalza y ataviada con un albornoz de color rosa. Llevaba el cabello recogido y no tenía ni una gota de maquillaje. La vampiresa de la recepcionista no había conseguido que el pulso le latiera con la fuerza que lo había conseguido la mujer que tenía ante sus ojos.

—Y menudo toro... —replicó él—. Estoy seguro de que Monique tendrá otra cita antes de que yo vuelva a salir de este sitio.

—¿Por qué has venido a buscarme aquí en tu día libre? ¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Siento presentarme así, pero te dejé un mensaje en el contestador de tu casa y también te llamé al móvil, pero no contestaste.

—Mi teléfono está en la taquilla, junto con mi ropa y mi bolso.

Su ropa. Linc contempló el abultamiento de sus senos. No tenía que fantasear para saber cómo eran las curvas que ocultaba aquel albornoz. Lo sabía perfectamente.

—¿Qué es lo estás pensando, Reilly? —le preguntó ella, con voz fría e impersonal.

Linc levantó la mirada y comprobó que ella lo estaba observando con la misma plácida frialdad con la que llevaba haciéndolo tres días. A pesar de todo, consiguió que su temperamento se caldeara. Aunque sabía a qué se debía y que esto sería imposible, le costaba controlarse. ¿Cómo diablos podía hacerlo la mujer que estaba delante de él, observándolo como si nunca la hubiera tocado antes?

—Estaba pensando que pareces... bastante relajada.

—Lo estoy, principalmente porque ya no tengo columna vertebral. La perdí cuando un hermoso dios vikingo me enjabonó, me frotó y

me masajeo.

—¿Tienen un dios vikingo trabajando en este lugar?

—Se llama Fritz. Tiene unas manos mágicas y unos bíceps como ladrillos. Morgan está con él en estos momentos. Si las paredes no estuvieran insonorizadas, probablemente podríamos escuchar sus gemidos de éxtasis.

—Sí, claro —susurró él. No le gustaba pensar que un tipo como el que Carrie estaba describiendo le hubiera puesto las manos encima—. Bueno, volviendo a lo de cómo he sabido dónde encontrarte. Mientras regresábamos anoche de *El Escondite*, mencionaste que te ibas a reunir con tu madre y tus hermanas.

—Lo recuerdo.

—Cuando no pude localizarte por teléfono, me fui a hablar con Alex Blade.

—¿Estás diciendo que fuiste a trabajar en tu día libre?

—Debía terminar algunas cosas. Blade no sabía el nombre de este lugar, pero tenía una ligera idea de dónde estaba.

—Eso probablemente no te ayudó demasiado, dado que hay varios balnearios y centros de belleza por aquí.

—Lo descubrí cuando consulté las páginas amarillas. Podría haberte llamado para dejarte simplemente un mensaje, pero el tiempo va pasando y quería asegurarme de que te enterabas a tiempo.

—¿Enterarme de qué?

—Estaba charlando con Quintana de nuestra investigación cuando un detective de Dallas llamó para hablar contigo. Vio la información que pusiste sobre las dos pulseras de plata.

—¿Tenemos una pista? —preguntó Carrie, con la excitación bulléndole en los ojos. Se levantó y fue entonces cuando Linc se dio cuenta de que era ella y no el aire lo que olía a vainilla—. ¿Las pulseras fueron robadas en Dallas?

—Eso parece. La historia es algo complicada, por lo que tardaré

algo en explicártelo.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó ella, señalando la mesa.

—No, gracias. Parece bastante probable que las pulseras conduzcan a un tipo que se llama Richard Zepeda y que vive en Santa Fe. Según el detective de Dallas, Zepeda representa a varios diseñadores que trabajan en galerías de Santa Fe. También realiza viajes de ventas por todo el país, visita boutiques de lujo y acepta encargos de joyas. Un par de esas boutiques están en Dallas. Hace unos seis meses, Zepeda estuvo allí, visitando a sus clientes. Se fue a almorzar a un restaurante y cuando salió, le habían abierto el maletero del coche y su maletín de muestras había desaparecido. Él problema es que en ese maletín llevaba las muestras, el catálogo y los albaranes de los clientes, por lo que no pudo dejarle al detective de Dallas ninguna fotografía. Zepeda prometió enviarle fotografías de lo que había sido robado, pero no lo hizo nunca.

—Por eso el detective de Dallas no está del todo seguro de que las pulseras sean de Zepeda, ¿no?

—Así es. Está casi convencido de que son las de Zepeda porque fue a las boutiques que venden las joyas de Zepeda y dice que son casi idénticas. Me ha dado el número de teléfono de Zepeda y lo he llamado a Santa Fe. He hablado con su esposa, aunque ella no sabe nada del negocio de su marido y desconoce lo que llevaba en el maletín.

—¿Dónde está Zepeda?

—Ese es el otro problema. Regresa en avión de la Costa Este y por lo tanto, tiene el teléfono apagado. Su esposa ha dicho que en cuanto hable con él, le dará nuestro número para que nos llame a la unidad.

—¿Y no se sabe cuándo podrá ser?

—No, por eso quiero volver a la unidad cuanto antes. Tengo todo controlado, así que tú no tienes por qué ir, pero dado que tú diste con la pista de las joyas, quería informarte. No quiero estropearle la reunión con tu madre y tus hermanas.

—Estás hablando de dos policías y la mujer que está casada con otro policía. En mi familia, el deber es lo primero. Nadie se va a enfadar si el trabajo me llama.

—¿Significa eso que no te importa pasar tu día libre en la unidad?

—Como tú mismo has dicho, Reilly, yo descubrí la pista de las joyas. Quiero seguir trabajando en ella.

Carrie se dirigió inmediatamente a un mostrador de granito que contenía una amplia selección de peines y cepillos. Al moverse, dejó al descubierto una larga y esbelta pierna por la abertura del albornoz que no pasó desapercibida para Linc. Él apretó con fuerza la mandíbula para controlar la necesidad que sentía por ella. Se recordó que no quería tener relación alguna con ninguna mujer. Era una pena que sus hormonas no estuvieran comprendiendo el mensaje.

—Tengo que hacer un recado —dijo, imaginándose que lo mejor sería que pusiera toda la distancia posible entre él y aquel sensual aroma a vainilla—. ¿Qué te parece si nos reunimos en la unidad?

—Mal —replicó ella, mirándolo a través del espejo mientras se quitaba horquillas del cabello—. He venido aquí con Grace, así que necesito que me lleves tú. Ejercer de chófer es lo menos que puedes hacer por haberme apartado del champán y de Fritz, el dios vikingo.

—Sí, claro. Fritz.

Observó cómo el cabello le caía en cascada sobre los hombros y los senos. Cada rizo relucía como una lengua de fuego. Linc recordó que había tenido aquella sedosa y espesa melena entre los dedos. Que Dios lo perdonara, pero lo que deseaba en aquel momento de Carrie no tenía nada que ver con el deber. Con la esperanza de que el frío aire de noviembre lo refrescara un poco, se dirigió hacia la puerta.

—Te esperaré en el coche.

—Linc...

Él se detuvo al lado de la puerta y la miró por encima del hombro. Carrie seguía mirándolo a través del espejo.

—¿Qué?

—Gracias.

—¿Porqué?

—Por haberte tomado la molestia de venir hasta aquí. Habría sido mucho más fácil para ti que te ocuparas de todo y me contaras lo ocurrido mañana.

—Lo de las joyas era cosa tuya.

—Sí... —susurró Carrie. Entonces, se dio la vuelta para mirarlo con el cepillo aún en una mano—. Ésa es otra cosa que he notado sobre ti, Reilly.

—¿El qué?

—Que eres justo. No haces trampas jugando al billar, das buenas propinas... Posees un fuerte sentido de lo que es justo.

—Trato de hacer lo más adecuado —respondió él, encogiéndose de hombros.

Se sentía intranquilo ante el escrutinio al que Carrie lo estaba sometiendo.

—Eso significa algo.

—¿A qué te refieres, McCall?

—A nada en particular —replicó ella. Linc sintió que había estado a punto de decirle algo y que en el último momento, se había echado atrás—. Sólo estaba haciendo una observación.

—Sí, bueno —susurró él. Sabía que Carrie le estaba ocultando algo. Su determinación por descubrir de qué se trataba se hizo aún más fuerte—. Te espero fuera.

—Dame cinco minutos.

Linc abrió la puerta, pero antes de cerrarla de nuevo de un portazo, se atormentó una vez más volviéndose para mirarla durante un instante.

Horas más tarde, Carrie estaba saboreando el último bocado de un enorme perrito caliente con queso y chili.

—Has sido muy amable al invitarme a cenar, Reilly.

—No hay de qué —respondió él. Mientras se apoyaba sobre la puerta del conductor de su impecable Cadillac, tomó una patata frita del envase de cartón que tenían apoyado en el salpicadero—. No creo que invitarte a un perrito caliente, patatas fritas y un batido me vaya a arruinar el presupuesto. Además, es lo menos que podía hacer después de haberte apartado de Fritz, el dios vikingo.

—Eso fue una crueldad —bromeó ella—. También me has obligado a hacer muchas horas extras —añadió. Tras mirar al reloj del salpicadero, calculó que habían pasado siete horas desde que se marchó del balneario—, pero dado que voy a empezar a realizar las compras de Navidad, el dinero no me vendrá mal —comentó mientras recogía los envoltorios de la comida y los metía en la bolsa en la que había ido todo—. Además, trabajar en nuestro día libre ha resultado bastante productivo. Sabemos con toda seguridad que las pulseras de Yolanda y la mía fueron robadas en Dallas.

—Y que Howie Kling vendió las dos. Ahora tenemos más de veinte fotografías de piezas que estaban en el maletín de Zepeda cuando se lo robaron de su coche.

—Sí. Supongo que el siguiente paso es que yo memorice esas joyas.

—Así es. Cuanto mejor las conozcas, más posibilidades tendrás de identificarlas cuando llegues a ver el inventario de Klinger.

—Si consigo verlo... West Williams no ha vuelto a aparecer por el bar.

—Regresará. A pesar del espectáculo que le dimos los dos desde la ventana de la habitación de mi motel, ese tipo está loco por ti. No podrá mantenerse alejado mucho tiempo.

Al oír que Linc mencionaba lo ocurrido entre ambos, Carrie apartó la mirada. A pesar de que cuando se marcharon de la habitación del motel adoptó una actitud fría y controlada, desde entonces se había sentido muy afectada, sensación que se había ido acrecentando con cada hora que pasaba en presencia de Linc. Por

muy grande que fuera su fuerza de voluntad, sabía que lo que sentía por él era mucho más profundo de lo que estaba dispuesta a admitir, sobre todo cuando dichos sentimientos tenían como objetivo el hombre al que se le había ordenado investigar. Su cerebro le decía que Linc podía ser el *Vengador*. Su jefa estaba convencida de ello. Entonces, ¿por qué se negaba su corazón a admitirlo?

Deseó poder llamar a la capitana Scott y pedirle que le asignara el caso a otra persona, pero sabía que eso no le serviría de nada. Los policías debían trabajar donde se les ordenaba. Estaría trabajando en la UES como compañera de Linc Reilly mientras sus superiores así lo quisieran.

—¿Te duele la cabeza, McCall?

—Un poco —respondió ella, al darse cuenta de que se había estado frotando la frente—. Probablemente me lo ha causado los montones de gramos de grasa que acabo de engullir. ¿Sabes una cosa, Reilly? —le preguntó, centrando de nuevo la conversación en el trabajo—. Creo que ya tenemos suficientes violaciones de la ley como para cerrar indefinidamente *El Escondite*. Añadir que Klinger está vendiendo objetos robados es sólo la guinda del pastel.

—Eso es precisamente lo que más me gusta.

—A mí también. Si tienes razón sobre West y él se presenta pronto, es posible que me pueda llevar a ver lo que Klinger vende dentro de muy pocos días. Después de eso, podemos reunimos con Quintana y planear la redada.

—¿Se te ha olvidado el reservado, McCall? Sólo porque sospechemos que desde allí se distribuyen drogas no demuestra que sea así. Necesitamos pruebas.

—Sí, claro que me acuerdo del reservado —replicó ella. Había notado la dureza de la voz de Reilly cuando mencionó la redada—, pero sabemos que conseguiremos que nos inviten a ir muy pronto. La semana que viene, el bar podría haber pasado al olvido —concluyó. Inmediatamente, notó que Linc se ponía a mirar al frente. Carrie

estudió su perfil y dedujo que había algo que lo preocupaba—. ¿Se ha convertido ese bar en tu lugar favorito, Reilly?

—No te puedo ocultar nada, McCall. De hecho, me gusta tanto el ambiente que he encontrado durante esta misión que me muero de ganas por poder pasar más tiempo en mi suite del motel —comentó, con ironía.

—¿Te vas a quedar allí esta noche? —preguntó Carrie, tratando de adoptar un tono de voz casual.

—Supongo que debería. ¿A qué viene tanto interés? ¿Es que estabas pensando en hacerme otra visita?

—Si oyes que alguien llama a la puerta, Reilly, agarra con fuerza tu pistola, porque te aseguro que no seré yo.

Carrie decidió que había llegado el momento. Registraría la casa de Linc aquella noche, pero ya no con la intención de encontrar pruebas de que él era el *Vengador*, sino con la de descubrir algo que demostrara su inocencia.

—¿Te sigue doliendo la cabeza? —le preguntó Linc, al ver que seguía frotándose la frente.

—Un poco. Me tomaré un par de aspirinas en cuanto me dejes en mi casa.

—Si prefieres tomártelas ahora, puedo parar en una farmacia.

—Gracias, pero puedo...

En aquel momento, los sentidos de Carrie se pusieron en estado de alerta cuando vio que una mujer, ataviada con vaqueros y una parka blanca salía corriendo desde una calle lateral. Segundos más tarde, apareció un hombre que trataba de darle alcance. Cuando levantó el brazo, la escasa luz del aparcamiento se reflejó en la hoja de la navaja que llevaba en la mano.

—Linc, tiene una navaja.

—Ya lo he visto —replicó él. Rápidamente, le lanzó a Carrie su teléfono móvil—. Llama —añadió, antes de abrir la puerta del coche y echar a correr.

Carrie sacó su automática y las esposas del bolso y salió del coche. Echó a correr detrás de Linc mientras marcaba el teléfono de Urgencias. Se identificó, dio su localización y le dijo a la operadora lo que estaba ocurriendo.

—¡Alto, policía! —gritó Linc.

Si el hombre oyó la orden, decidió ignorarla. Agarró de la muñeca a la mujer y trató de inmovilizarla, pero sin conseguirlo.

Sin dejar de correr, Carrie se metió el teléfono en el bolsillo del abrigo y empuñó su arma. Sabía que la razón por la que Linc no había sacado su pistola eran los frenéticos movimientos de la mujer. No tenían garantías de que la mujer no fuera a resultar herida si disparaban al asaltante.

La hoja de la navaja reflejó claramente la luz. Los sollozos de la mujer se transformaron en un grito cuando la hoja le cortó la piel de la garganta.

Linc se abalanzó sobre el hombre. El impacto envió al sospechoso hacia un lado y no tuvo más remedio que soltar a la mujer. Ésta, con la sangre cayéndole por el cuello, se dejó caer sobre manos y rodillas. Se desmoronó sobre el suelo justo cuando Carrie llegó a su lado.

Con rapidez, se quitó la bufanda que llevaba alrededor del cuello. Tras dar las gracias por llevar guantes de cuero, aplicó la bufanda sobre la herida. La sangre ya había teñido de rojo el cuello y los hombros de la parka blanca.

—Se pondrá bien —dijo Carrie, automáticamente.

En realidad, no tenía muchas esperanzas. Había visto muchas heridas por arma blanca como para saber que la mujer moriría a menos que consiguiera cortar la hemorragia, lo que significaba que no podía dejar de apretar la herida. Por tanto, no podía ayudar a Linc.

La policía que había en ella observaba la escena sin soltar la bufanda, haciendo lo que tenía que hacer. Sin embargo, la mujer no podía controlar sus emociones. Se le hizo un nudo en el estómago al ver que el sospechoso avanzaba hacia Linc, empuñando la navaja y

trazando con ella círculos en el aire. En pocos segundos, comprendió la ira y el miedo que Parker debió de sentir aquella noche cuando el muchacho la asaltó físicamente a ella.

El sudor frío del miedo le cubrió la piel. Su corazón le decía que Linc Reilly le importaba de un modo que no había sabido comprender hasta aquel mismo instante.

—¡Policía! —volvió a gritar Linc—. Tira la maldita navaja.

—¡Cuándo te haya matado! —replicó el hombre.

Sus ojos tenían un aspecto vidrioso y salvaje, como si estuviera drogado.

Con un grito salvaje, el hombre se lanzó sobre Linc como si la navaja fuera una espada. Él se echó a un lado y lo golpeo en el brazo, haciendo así que soltara la navaja. A continuación, agarró el brazo del hombre y se lo inmovilizó contra la espalda antes de golpearlo en la parte trasera de las rodillas y tirarlo contra el suelo.

—Toma las esposas —le dijo Carrie.

Entonces, le lanzó las suyas.

Linc las agarró con una mano y se las colocó a su atacante con rapidez. Carrie sintió un profundo alivio cuando escuchó la sirena de un coche patrulla. Al bajar los ojos, vio que las manos le temblaban mientras seguía sujetando con fuerza la ensangrentada bufanda. En aquel momento, tuvo que admitir que los sentimientos que tenía hacia Linc eran mucho más profundos y peligrosos de lo que había sospechado.

Capítulo 11

A las tres de la mañana, Carrie estaba en el porche de la casa de la capitana Patricia Scott. Tal y como su jefa le había ordenado cuando Carrie la telefoneó, llamó a la puerta en vez de utilizar el timbre.

Una gélida bruma llevaba envolviendo la ciudad una hora y había enfriado tanto el aire que cuando respiraba, Carrie sentía un fuerte dolor en los pulmones.

De repente, una luz iluminó una de las ventanas. Sintió que la estaban observando por la mirilla antes de que la puerta se abriera.

Ataviada con una bata de brocado de hermosos colores, la capitana Scott apareció en el umbral. Rápidamente, se hizo a un lado para que Carrie pudiera pasar.

—Buenos días, sargento McCall —dijo la mujer.

—Buenos días. Siento haberte despertado, capitana, pero esto es muy importante.

—Dudo que estuvieras aquí si no lo fuera.

—No.

—Dame el abrigo. Iremos a hablar a la cocina. Después de que me llamas, me puse a preparar café.

—Eso suena maravilloso —dijo Carrie.

Se quitó el abrigo y empezó a soplar las manos desnudas.

—¿Por qué no llevas guantes?

—Los que llevaba esta noche se me estropearon cuando ayudé a la víctima de un apuñalamiento. Se me olvidó tomar otro par cuando estuve en mi casa.

Scott colgó el abrigo de Carrie en el armario de la entrada.

—No parece que resultaras herida.

—No. Linc y yo vimos a un hombre que estaba atacando a una mujer en un aparcamiento. El tipo le rebanó la garganta antes de que pudiéramos hacer nada. Yo la atendí mientras Linc se ocupaba del agresor.

—¿Por qué la atacó?

—Es un ex novio muy celoso al que le resulta imposible aceptar que ella ha encontrado a otra persona. Se había metido una raya de cocaína, por lo que no era muy consciente de lo que hacía. Ella ha perdido mucha sangre y los médicos no saben si saldrá adelante. El agresor tiene un historial delictivo que abarca todo el código penal de Oklahoma, por lo que se va a pasar mucho tiempo en la cárcel, sea lo que sea lo que le ocurra a ella.

—Veo que has tenido una noche muy movidita.

—Sí —comentó Carrie, mientras acompañaba a Scott a una acogedora cocina.

Sobre la encimera, había un ordenador portátil y unas carpetas que indicaban que allí había estado trabajando alguien.

Minutos después, estaba sentada sobre un taburete.

—Muy bien, sargento, ¿por qué estás aquí?

—Esta noche he registrado la casa de Linc — dijo, con la taza de café calentándole las manos.

—¿Has encontrado algo que demuestre que Reilly es el *Vengador*?

—No quiero resultar poco respetuosa, capitana, pero desde que empezó esta misión, has dado por sentado que Linc es culpable. En mi opinión, eso es un error.

—Acepto tus críticas, pero mis suposiciones se basan en hechos. Estamos investigando al sargento Reilly porque su nombre parecía estar muy relacionado con algunas de las víctimas. Es el sospechoso más probable porque es el detective de la UES que se ha ocupado de la mayoría de las víctimas. Además, todos los asesinados eran

delincuentes que de un modo u otro, habían logrado escapar a la justicia. Debo recordarte que la esposa del sargento Reilly fue asesinada por un hombre al que aún no se ha arrestado. Según parece, el sargento estaba muy enamorado de su esposa. *El Vengador* empezó a matar poco después de la muerte de Kimberly Reilly. Ésta no sería la primera vez que la desesperación ha convertido a un viudo en un asesino.

—Estás mezclando los hechos con las suposiciones y estás formando teorías poco probables, capitana.

—Puede ser, pero a pesar de eso, estoy segura al suponer que has encontrado algo cuando registrabas la casa del sargento Reilly. Si no, no estarías tomándote un café en la cocina de mi casa a las tres de la mañana.

—Sí. He encontrado algo, pero no se trata de las pruebas que esperas, sino de pruebas que me convencen aún más de la inocencia de Linc.

—Te escucho.

—Sabemos con toda seguridad que Linc estaba en Claremore la noche que Arlee Dell fue asesinado. Prueba de ello es la tarjeta de crédito que utilizó cuando invitó a sus suegros a cenar.

—Así es. Claremore está a veinte minutos escasos de Tulsa, el lugar donde se cometió el crimen. El sargento Reilly habría tenido tiempo más que de sobra de ir al escenario del crimen después de abandonar el restaurante.

—He tomado algunas fotografías —dijo Carrie. Se sacó un disquete y señaló el ordenador portátil—. ¿Tienes algún programa que sirva para reproducir fotografías digitales?

—Mi marido es un genio de los ordenadores. Ha cargado todos los programas posibles en los ordenadores que hay en esta casa.

Unos pocos minutos después, Carrie hizo girar el portátil para que la capitana Scott pudiera ver la pantalla.

—Ahí tienes.

—Tengo las gafas en mi dormitorio, pero me parece que eso es un recibo.

—Es la tarjeta de telepago de las autopistas de peaje —explicó Carrie, refiriéndose al sistema electrónico con el que se podía pagar en las autopistas de peaje de Oklahoma—. Ahí se demuestra que el sábado en el que Arlee Dell fue asesinado, Linc tomó la autopista de aquí a Claremore, no a Tulsa.

—Si la memoria no me engaña, hay varias rutas desde Claremore a Tulsa que no son autopistas de peaje. Podría haber ido a Tulsa utilizando una de ellas. Como ya sabemos dónde estaba Reilly por el cargo que efectuó en su tarjeta de crédito, no entiendo por qué crees que esa tarjeta de pago puede ayudar a exonerarlo.

—Y no lo exonera, pero verla me hizo preguntarme cómo llegó el *Vengador* a Tulsa. Tú me ordenaste que me pegara a Linc y he aprendido mucho sobre él. Lo primero es que es inteligente y frío. Si hubiera ido a Tulsa para matar a Arlee Dell, no habría dejado un rastro de papel para que la policía pudiera seguirlo.

—Podría haberlo dejado aposta, como señuelo. Reilly sabía que nadie creería que podría ser tan descuidado ni tan descarado, por lo que eso fue exactamente lo que hizo.

—No. *El Vengador* cree que su misión es librar al mundo de los malos. Tal vez se gana algunos aplausos por salvar a ciudadanos inocentes, pero no es eso de lo que estamos hablando. Lo importante es que *el Vengador* es un policía que ha decidido que su placa le da derecho a matar. Eso implica un hombre de gran arrogancia. Linc no es así.

—Pareces estar muy segura.

—Después de esta noche, sí. Durante el apuñalamiento, el agresor le dijo a Linc que lo iba a matar y se lanzó hacia él con la navaja en la mano. En ese momento, Linc habría tenido todo el derecho del mundo a dispararle. De hecho, yo misma lo habría hecho. En vez de eso, Linc se peleó con él cuerpo a cuerpo y le

arrebató el arma. *El Vengador* dispara a la gente. Debe de sentirse muy cómodo haciéndolo. Si Linc fuera *el Vengador*, ¿de verdad crees que se habría arriesgado a pelearse con un hombre que empuñaba una navaja?

—Tal vez no. ¿Significa todo esto que no encontraste nada más mientras estuviste registrando la casa de Reilly?

—No, nada —respondió, pensando en la gruesa carpeta que había visto sobre la mesa del motel y que no había logrado encontrar por la casa. ¿Qué sería lo que se ocultaba en su interior?—. No he encontrado nada que implique a Linc en los asesinatos, lo que me lleva a la razón por la que te he sacado de la cama esta noche. Quiero una orden para poder disponer de los registros de las autopistas de peaje de los dos días antes de que Arlee Dell fuera asesinado y también de los dos días después.

—¿Estás pensando que *el Vengador* tiene un pase para el peaje? ¿Que sería lo suficientemente estúpido como para dejar que su nombre apareciera en esos listados?

—Tú estás dispuesta a creer que Linc lo había hecho para dejar una pista falsa. Mira, hay una carretera de peaje al norte de la ciudad, por lo que montones de personas tienen una tarjeta de telepago pegada en el parabrisas de sus coches. Yo soy una de esas personas. Está en mi parabrisas y yo nunca pienso al respecto más que cuando me llega la factura a finales de mes. Tal vez *el Vengador* es como yo. Tal vez se le pasó por alto ese detalle y por eso, encontraremos su nombre en los listados del peaje. Algunas veces se atrapa a los delincuentes porque cometen errores estúpidos. Ésta podría ser una de esas veces. Sería una negligencia no mirar esos listados.

—Estoy de acuerdo.

—Si estás dispuesta a realizar una llamada de teléfono para conseguir que un juez nos dé esa orden, yo me ocuparé de realizar todo el papeleo y de entregarlo. Si todo va bien, puedo tener los listados a mediodía. Me los llevaré a mi casa y empezaré a

examinarlos.

—Supongo que anoche no oíste las noticias.

—¿Qué noticias?

—Un virus ha invadido todos los sistemas informáticos del gobierno estatal.

—¿Un virus? —preguntó Carrie.

El alma se le había caído a los pies.

—Un pirata informático metió una clase de virus en el sistema informático del estado. Según las noticias, todas las instituciones estatales están sin línea.

—Genial. Es genial.

—Cuando llegue a mi despacho, llamaré al juez y le pediré que dicte una orden. Tú encárgate de tener listos los papeles para que puedas entregárselos al juez en cuanto tengas noticias mías. A continuación, podrás llevar la orden a la empresa encargada de los peajes. No recibirás la información que necesitas hoy mismo, pero estarán preparados para imprimir el listado en cuanto recuperen la línea. Has estado levantada toda la noche, sargento —le dijo la capitana Scott, tras observarla detenidamente durante un instante—, y pareces agotada. Después de entregar la orden, vete a casa.

—Lo haré —afirmó Carrie—. Gracias por todo.

—Eres una buena detective, McCall. Si tu intuición sobre las tarjetas de telepago de los peajes es buena y consigues que Reilly deje de ser sospechoso, él tendrá que darte las gracias.

—Sea lo que sea lo que descubramos —replicó Carrie, mientras se bajaba del taburete—, cuando Linc se entere de que trabajo para Asuntos Internos, lo último que hará será darme las gracias.

—La clave para conseguir droga aquí es pedir un *Saltamontes* en el bar —le explicó Linc, a últimas hora de la noche, cuando Carrie y él se marchaban del bar.

—¿Un *Saltamontes*? ¿Una de esas bebidas de color verde que tienen un aspecto tan repulsivo? —preguntó, mientras avanzaban

por el aparcamiento.

—Sí —respondió Linc. Con el mando a distancia, abrió las puertas del todoterreno. Se sentó tras el volante mientras Carrie se metía en la parte de atrás y sacaba el ordenador portátil de su escondite y lo encendía—. El concepto del *Saltamontes* está muy bien pensado —añadió él—. Es una bebida realizada con crema de menta verde y blanca. Nadie en sus cabales va a entrar en un local como éste para pedir una bebida así.

—Es cierto.

Carrie llevaba los labios maquillados con un brillo rojo pasión. El lápiz de ojos y la sombra hacía que sus ojos parecieran enormes. Bajo el abrigo negro, muy ajustado, llevaba un jersey rosa y unos pantalones vaqueros se le moldeaban muy bien a las caderas. Su cabello era como una hoguera. Unos aros dorados le adornaban las orejas. El aspecto general era el que podría tumbar a un hombre y Linc no era una excepción. Con sólo mirarla, sentía que el deseo comenzaba a despertarse dentro de él. Carrie despertaba algo en él a pesar de lo mucho que se oponía a ello. La había tocado. La había besado. Deseaba más...

—Entonces, cuando un cliente pide un *Saltamontes*, el camarero sabe que alguien del interior ha dado el visto bueno para que esa persona compre drogas —resumió Carrie.

—Así es. Mientras el vaquero y tú estabais arriba comprando en la tienda de objetos robados de Howard Klinger, Yolanda me dio la contraseña. Fui al bar y pedí un *Saltamontes*. Zach ni siquiera pestañeó. Simplemente me dijo que me sentara en el reservado de la esquina, que abriera el reposabrazos, que pusiera mi «donación» en el interior y que esperara. Así lo hice. Mantuve la mano encima del reposabrazos y noté que algo se movía, como si la parte de abajo se estuviera abriendo. Cuando oí un golpe desde abajo, abrí la tapa —concluyó. Entonces, se metió la mano en el bolsillo de la cazadora y se sacó una bolsita de polvo blanco—. Mi dinero había sido

reemplazado por esto.

—Cocaína.

—Me imagino que eso será lo que dirán en el laboratorio.

—No se puede ser más astuto. Tú has comprado drogas, pero no sabes a quién.

—Lo que sí sé es que hay una o más personas en el sótano que hay justo debajo del reservado de la esquina vendiendo drogas — afirmó Linc, tras meterse la bolsita de nuevo en el bolsillo.

—Supongo que sabremos de quién se trata durante la redada. No sé tú, Reilly, pero estaré encantada de terminar con esta misión. Este bar ya no tiene ningún encanto para mí.

—Me lo imagino...

Había algo que lo preocupaba, tal vez la sensación de que aquella misión iba a ser la primera y la última que realizaran juntos. No sabía por qué estaba pensando eso, dado que tenía la promesa de Quintana de mantenerlos como compañeros en el futuro. Dado que los dos habían refrenado sus impulsos eróticos, no había razón alguna para que el teniente Quintana hubiera cambiado de opinión. Aparentemente, el fuego se había apagado. Lo que él sentía por dentro era algo muy distinto.

Se había sentido muerto durante dos años. Veinticuatro meses sin nada más que ira y desesperación en su interior. Entonces, Carrie McCall entró en la unidad. Desde aquel instante, ella se había convertido en un fuego imposible de apagar. Había fundido el hielo y había logrado que la sangre volviera a correrle por las venas. En aquellos momentos, deseaba de todo corazón poder resucitar la parte que había enterrado con su esposa.

Sabía que el único modo de poder salir adelante era terminar con el pasado para poder centrarse en el futuro. Sobre su tumba, le había jurado a Kim que encontraría al canalla que le había quitado la vida. Le había fallado como esposo, pero no lo haría también como policía.

Se quitó los guantes y empezó a frotarse el cuello. Tenía que ser la

tensión lo que le impedía razonar con claridad. ¿Por qué si no iba a haber entrado en su casa después de pasarse la noche en el motel y se había imaginado que podía oler el mismo perfume de vainilla que había notado sobre la piel de Carrie en el balneario?

Trató de recordarse que aquella misión no era como las demás. Jamás había trabajado con una compañera a la que deseara más de lo que necesitaba respirar. Sólo ese hecho bastaba para que un hombre llevara consigo el aroma de aquella mujer, para que se lo grabara en el cerebro. Tampoco había tenido nunca motivos para tratar de extender una investigación lo más posible.

—Espero que la cámara que Wade Crawford me ha puesto en el broche haya funcionado —comentó Carrie, mientras se quitaba el broche de alpaca que llevaba en la solapa del abrigo.

Linc observó el alfiler. Tenía que admitir que Crawford era un genio. Sólo era capaz de vislumbrar la pequeña lente en el nudo celta porque el propio Wade se la había señalado.

—No tienes que preocuparte por eso —afirmó, aunque en su fuero interno le habría gustado que no fuera así.

Una avería sería un modo muy viable de poder alargar la investigación.

—Tienes razón. La cámara lo ha recogido todo —dijo Carrie, con una sonrisa de satisfacción en los labios mientras estudiaba el monitor—. Sólo de memoria, reconocí unas seis piezas que estaban en el maletín de muestras de Zepeda cuando se lo robaron en Dallas. Klinger también tenía unos Rolex, un montón de ordenadores portátiles, teléfonos móviles, televisiones y otros artículos que tienen números de serie. Seguramente podremos confirmar que todos esos objetos son robados después de la redada.

—Sí.

—Esta noche hemos conseguido muchas cosas, Reilly —afirmó Carrie mientras apagaba el ordenador y volvía a guardarlo—. Tú has comprado drogas, yo he visto a Howie en posesión de objetos

robados... Todos estos delitos salpicarán irremediabilmente al dueño de este antro. Lo único que nos queda por hacer antes de planear la redada es escribir los informes sobre lo ocurrido esta noche.

—Quiero comprar más dosis de droga —afirmó Linc, sorprendiendo mucho a Carrie.

—¿Por qué?

—Porque, cuanta más compremos, más pruebas tendremos. Además, es mejor que estemos los dos en el reservado para que ambos podamos testificar en un tribunal.

—Bueno, en ese caso, pasaremos otra noche aquí. Dos como máximo —dijo ella. Estaba observando muy atentamente a Linc—. De todos modos, tenemos que reunimos con Quintana mañana para ponerlo al día. Después de todo, es él quien tiene que decidir la fecha de la redada. Cuando lo haga, tenemos que coordinarnos con los de Antivicio, los Cuerpos Especiales y la policía. Supongo que también habrá que ponerse en contacto con el alcalde. Seguramente querrá estar presente durante la redada para que pueda hacer una declaración ante los medios sobre lo bien que está limpiando la ciudad de delincuentes y criminales. Vamos a tardar tiempo en prepararlo todo.

—Hablabamos con Quintana el lunes después del día de Acción de Gracias.

—El día de Acción de Gracias es pasado mañana.

—¿Crees que necesito un calendario, McCall?

—Lo que creo, Reilly, es que tienes alguna razón oculta para que sigamos con este caso más de lo necesario. ¿Por qué no te sinceras conmigo y me dices lo que está pasando?

—¿Por qué no confías en mí?

—Porque no me has dado razones para no ir a hablar con Quintana. Mira, yo soy nueva en la UES. Quintana me considera como una tía buena sin cerebro después de lo que ocurrió con la

esposa celosa de ese policía. Tengo que demostrarle a Quintana lo que valgo. Ganarme los galones. Prolongar este caso más de lo necesario no va a reportarme nada más que el desprecio de mi jefe. Tú no haces más que afirmar que los compañeros deben apoyarse los unos a los otros. Yo no te he dicho que no vaya a hacerlo. Sólo quiero que me des una buena razón.

—Muy bien —afirmó Reilly, apretando los dientes—. Estoy buscando a un tipo que uno de mis confidentes vio en el bar. Ese tipo no suele venir por aquí. De hecho, por lo que yo sé, sólo ha estado una vez.

—¿Por qué lo estás buscando?

—Mató a alguien y tiene que pagar. Este bar es la única pista que tengo. Quiero mantenerlo abierto todo lo que pueda hasta que consiga encontrarlo. ¿Te basta con eso?

—Tú no trabajas para Homicidios. ¿Por qué vas detrás de un asesino?

—El caso está cerrado. Los de Homicidios tienen demasiados casos abiertos de los que ocuparse.

—¿Cómo se llama ese tipo?

—No lo sé. Si lo supiera, ya habría encontrado a ese canalla. Necesito más tiempo para localizarlo. Y necesito que tú me lo des.

—Y yo necesito saber por qué estás buscando a esa persona en concreto —replicó ella, mirando hacia el aparcamiento.

Linc estaba cansado de mentir. Además, Carrie era su compañera y era una mujer muy inteligente.

Además, se merecía la verdad. Lo que sentía por ella era demasiado profundo como para seguir mintiendo.

—Muy bien, McCall, tú ganas —dijo. Ella volvió a mirarlo inmediatamente—. Me resultará mucho más fácil explicártelo todo si te muestro las fotos y los informes que tengo en mi casa.

Ella lo contempló con el rostro tenso y unos ojos sin expresión alguna.

—En ese caso, ahí es a donde tenemos que ir.

Capítulo 12

«Secretos», pensó Carrie, cuando llegaron a la casa de Linc media hora más tarde. ¡Qué bien comprendía ella el cambio en el tono de voz de una persona cuando el terreno se ponía resbaladizo! Linc no era una excepción. Sus palabras habían adquirido un cierto nerviosismo cuando ella recomendó que hablaran con Quintana sobre la redada en *El Escondite*.

Para poder retrasar aquella redada, Linc estaba dispuesto a compartir información que le había ocultado hasta entonces sobre un asesino al que estaba buscando. Aquel gesto implicaba que ella debería compartir sus secretos con él, pero Carrie no podía hacerlo.

—Siéntale en el salón —dijo él, mientras se quitaba la cazadora de cuero y tomaba el abrigo de Carrie—. Lo que tengo que mostrarte está en mi despacho. Lo traeré aquí.

—Muy bien.

El rostro de Linc era el de un policía, inmóvil e inescrutable, por lo que no sirvió para ayudar a Carrie a controlar los nervios. La intuición le decía que la información que él había ido a recoger estaba en la gruesa carpeta que había visto en el motel.

Aquella noche, había estado convencida de que la carpeta contenía información sobre los asesinatos del *Vengador*, tal vez incluso una lista con el nombre de futuras víctimas, pero con el paso del tiempo, se había convencido de que estaba completamente equivocada. Estaba segura de que era un buen policía, un hombre de moral que creía en el juego limpio. No era la clase de hombre que iba por ahí ejecutando a la gente.

Sin embargo, acababa de confesarle que durante el tiempo que habían pasado investigando *El Escondite*, había estado tratando de localizar a un asesino. ¿Acaso no encajaba aquel perfil con el del *Vengador*? Carrie ya no sabía qué pensar.

—¿Quieres un café? —le preguntó él—. ¿Tal vez algo más fuerte?

Carrie lo observó atentamente. Su corazón se negaba a creer que era culpable. Su instinto como policía también le decía precisamente eso. No tenía ninguna prueba que respaldara lo que estaba diciendo, pero estaba segura de que Linc no era *el Vengador*. Lo sabía.

—No, no quiero tomar nada. Gracias —dijo, añorando el paquete de antiácidos que se había dejado en la mesilla de su cuarto.

—Muy bien. Ponte cómoda.

Entró en el salón mientras los pasos de Linc se perdían por el pasillo. Recorrió la estancia con la mirada. Todo parecía estar limpio y ordenado, tal y como lo había estado la noche anterior cuando estuvo allí, registrándolo todo.

Se escuchó un estridente chillido, que hizo que Carrie se diera la vuelta justo a tiempo para ver cómo el siamés entraba en el salón. El animal saltó sobre la mesa de café y tiró al suelo todas las revistas.

—¡Maldita sea! —murmuró Linc.

—Parece que han pisado a alguien —murmuró Carrie, mientras recogía las revistas y las volvía a colocar sobre la mesa. Cuando se sentó en el sofá, el gato se acercó inmediatamente a ella y se le sentó sobre el regazo, maullando penosamente. Carrie lo acarició suavemente—. Aún no sé tu nombre —añadió. La noche anterior, el siamés la había seguido por todas las habitaciones de la casa.

—¿Qué hay entre ese gato y tú? —le preguntó Linc desde la puerta.

—Evidentemente, tu gato tiene muy buen gusto —replicó ella, al ver que el gato había echado hacia atrás las orejas y estaba contemplando a Linc con verdadero desdén—. Creo que no le gustas mucho.

—El sentimiento es mutuo.

Carrie siguió acariciando la piel del animal y se vio recompensada por un ronroneo de contento.

—Cuando estuve aquí antes, no oí que se mencionara tu nombre —le dijo al animal.

—Fabiani —respondió Linc.

Cruzó el salón y tomó asiento frente a Carrie.

—Es un hombre muy extraño para un gato.

—Kim ya lo tenía antes de que nos casáramos. Fabiani es el apellido de un diseñador de interiores que a Kim le gustaba mucho. Peludo, que es como yo lo llamo, me tomó manía en el momento en el que entré en su territorio. Cuando Kim murió —añadió, con la voz llena de tristeza—, Peludo y yo acordamos quedarnos aquí y soportarnos mutuamente. Bueno —prosiguió, con la voz más firme y los ojos carentes de emoción—, hoy hace dos años que Kim paró en esa gasolinera y se metió de lleno en el atraco —dijo, tras colocar la carpeta sobre la mesa—. El forense me dijo que ese canalla la tuvo con vida durante cuarenta y ocho horas, torturándola y violándola antes de matarla.

—Lo siento...

—No te estoy contando todo esto porque busque tu simpatía. Estamos hablando de Kim porque el canalla que la mató sigue ahí fuera. Probablemente violando e incluso asesinando inocentes.

—¿Es al asesino de Kim al que estás buscando en el bar? —preguntó Carrie, con los ojos muy abiertos.

—Le juré ante su tumba que lo encontraría y tengo intención de hacerlo. Hace un mes, mi confidente vio a ese cerdo jugando al billar en el bar. Dado que el muy canalla no suele acudir allí, nadie sabía su nombre. Mi confidente no ha vuelto a verlo. Y yo tampoco.

—Me dijeron que el asesino quedó grabado en las cámaras de seguridad de la gasolinera, pero que llevaba un pasamontañas.

—Eso es. Nadie sabía el aspecto que tenía hasta que mi

confidente lo vio. Aun así, lo único que tengo es una descripción general. Altura media, constitución fuerte, cabello y ojos oscuros.

—El asesino llevaba un pasamontañas. ¿Qué le hace pensar a tu confidente que el hombre que vio en el bar era la misma persona?

Linc tomó la carpeta, la abrió y sacó una fotografía.

—Durante el robo, el encargado de la gasolinera se abalanzó sobre el atracador para tratar de arrebatarse la pistola. Mientras estaban peleando, le levantó la manga a ese cerdo y dejó al descubierto parte de un tatuaje —respondió él, antes de entregarle la fotografía—. Esto es una ampliación de la parte de la imagen en la que se aprecia el tatuaje. Desgraciadamente, el equipo de vigilancia que había en la gasolinera era muy malo y la imagen tiene una calidad muy pobre. Esa fotografía no es mucho, pero es lo único que tengo.

Carrie estudió la imagen en blanco y negro. Era de tan mala calidad que los bordes del tatuaje parecían estar ligeramente desenfocados.

—Parece la cola de un reptil —dijo ella, después de un momento—. Tal vez de una serpiente.

—Todos los que la han visto piensan lo mismo. El tipo que mi confidente vio jugando al billar llevaba puesta una sudadera con las mangas remangadas, igual que en el fotograma de la cinta de seguridad. Según mi confidente, el tatuaje tiene un color verde descolorido.

—Supongo que has buscado tatuajes de serpientes verdes en todas las bases de datos de la policía —comentó Carrie, tras devolverle la fotografía.

—He sacado todos los tatuajes que hay almacenados en los sistemas locales y federales —afirmó Linc. Dejó la fotografía y tomó un montón de papeles—. Al principio, restringí la búsqueda a varones blancos con una serpiente tatuada en el antebrazo derecho. Conseguí cientos de fotografías —añadió, mostrándole los papeles

que había sacado.

—¿Y no encontraste nada parecido?

—En realidad, algunas eran muy parecidas. Me pasé meses investigando a los dueños de esos tatuajes, incluso los que tenían un parecido muy superficial con el del asesino de Kim. Su tatuaje parece muy profesional, por lo que empecé a preguntar si alguien reconocía el trabajo. Hasta ahora, no he sacado nada.

Carrie se dio cuenta de que tenía una segunda carpeta, dos veces más gruesa que la primera.

—¿Qué tienes ahí?

—Cuando me resultó imposible encontrar un tatuaje que se pareciera al del asesino, amplié la búsqueda a varones blancos con cualquier tatuaje en el antebrazo derecho —contestó Linc mientras abría la carpeta, que era tan gruesa como un volumen de las páginas amarillas—. Algunos lugares en los que se realizan tatuajes tienen sitios web con dibujos de muestras. He impreso todas las que he podido encontrar.

—Debe de haber, miles de fotografías ahí.

—Te aseguro que las he mirado todas.

—¿Tenía Kim algo que ese tipo pudo haber empeñado? ¿Joyas, tal vez?

—Se había roto el dedo meñique de la mano izquierda y para estabilizárselo, el médico se lo había unido al dedo anular. Por eso, aquel día Kim no llevaba su alianza de bodas —susurró Linc, con la mirada baja—. Yo le regalé un par de pendientes de oro y esmeraldas. Eran un regalo de aniversario. Los llevaba el día del robo. Cuando encontraron el cuerpo, ya no los llevaba.

—¿Estás seguro de habérselo notificado a todas las casas de empeño?

—Envié una fotografía que tomé cuando los añadí a la póliza de seguros. Los pendientes no han aparecido por ninguna parte. *El Escondite* es mi única pista para localizar a esa basura. Mientras exista

la posibilidad de que vuelva a aparecer, necesito esa pista. Debo posponer la redada que provocará el cierre del local. Sólo te pido que me ayudes a conseguirlo.

—Hemos estado trabajando en el local durante casi tres semanas —señaló Carrie—. Aún no has visto al hombre que crees que puede ser el asesino de Kim. ¿Qué te hace pensar que podría aparecer?

—No lo pienso. Sólo lo espero.

—¿Y si yo digo que no? ¿Y si te digo que voy a ir a hablar con Quintana para recomendarle que prepare la redada? ¿Qué harás tú?

—Si es eso lo que decides hacer, no podré hacer nada para impedírtelo, pero te agradecería mucho que me escucharas antes de que tomes una decisión.

—Te escucho.

—No te estoy pidiendo que infrinjas ninguna ley, Carrie. Un par de días más... Tal vez una semana, durante la cual podríamos comprar más drogas. Así nuestro caso sería mucho más fuerte. No vendría nada mal.

Carrie estaba de acuerdo, pero a pesar de todo, seguía habiendo una sombra que la roía por dentro. Se levantó, se apartó al gato del regazo y se dirigió hacia la chimenea.

—Esta ciudad tiene muchos bares...

—Es cierto.

—El hecho de que tu confidente viera al asesino de Kim en *El Escondite* pudo ser sólo una coincidencia, pero esas cosas ocurren.

—Esto es prueba de ello.

—Sí, pero ¿qué posibilidades tenías tú de que te asignaran una misión en el mismo bar? Yo diría que la casualidad no tuvo nada que ver con nuestra investigación, ¿verdad? De algún modo, tú lo organizaste todo para que pudiéramos ir a trabajar a *El Escondite* y pudieras buscar al mismo tiempo al tipo que mató a Kim.

—Yo no podía estar en el bar mientras estuviera trabajando en otro lugar —admitió Linc—. Tenía que pasar tanto tiempo como

fuera posible en ese bar, así que eso fue lo que hice. Y lo volvería a hacer.

Carrie pensó en la reunión que tuvieron los dos el primer día que ella llegó a la UES.

—Tú dijiste que un muchacho de trece años había encontrado revistas pornográficas en el contenedor de la basura del bar, que su madre había llamado a la oficina del alcalde y había prometido que su congregación votaría en contra del alcalde si él no cerraba el bar.

—Ya sabes lo que ocurre en ese lugar, McCall. No me digas que es imposible que un muchacho encontrara revistas pornográficas allí. Incluso cosas peores. Ni que no hay muchas personas muy religiosas que viven en la zona y que preferirían no tener un lugar como ése cerca de sus casas.

Carrie entornó los ojos y se preguntó a qué mujer habría pedido Linc que llamara al despacho del alcalde.

—Todo eso está muy bien, Reilly, pero tú no preparaste todo esto para tener contentas a esas personas, sino porque le convenía a tus planes.

—Piensa una cosa, McCall. Si no hubiera estado ocurriendo nada ilegal en ese local, tú y yo habríamos tenido que marcharnos hace mucho tiempo. Además, estamos hablando de que se va a arrestar a muchos indeseables. Te aseguro que no se han violado los derechos de nadie durante esta investigación.

—Todavía no.

—¿Todavía? ¿Qué quieres decir con eso?

—Llevas dos años buscando al asesino de Kim. Te has pasado cientos de horas mirando fotos de tatuajes... ¿Qué piensas hacer con él cuando lo encuentres?

Linc se levantó y se acercó hasta ella.

—Vi el cuerpo de Kim después de que los policías lo encontraran. Sé perfectamente lo que ese hijo de perra le hizo. Cómo la torturó —dijo él, apretando los músculos de la mandíbula—. Lo que quiero

hacer es matarlo. Lo digo en serio, Carrie. Quiero destrozarlo con mis propias manos y luego arrojarlo a una cloaca trozo a trozo. Eso es lo que quiero hacer con ese cerdo asesino. El problema es que haciéndolo, no voy a conseguir que Kim vuelva a la vida. No voy a poder cambiar el hecho de que la defraudé. Nada podrá hacerlo. Por eso, cuando lo atrape, lo meteré en una celda y me aseguraré de que lo espere el corredor de la muerte. ¿Es por eso por lo que no quieres que pasemos más tiempo investigando en *El Escondite*? ¿Porque no estás segura de lo que haré cuando le ponga las manos encima a ese canalla?

—Lo había considerado —dijo ella, suspirando.

—Compresible. Te doy mi palabra de que terminará en la cárcel y no en un sumidero.

Carrie estuvo completamente segura de que le estaba diciendo la verdad, como también de que si encontraba al asesino de Kim, el hecho de que hiciera lo correcto y legal ayudaría a subrayar su inocencia de los asesinatos del *Vengador*. Además, ella podía ayudarlo a limpiar su nombre.

—Muy bien, Reilly. Veo la lógica de esperar un poco más antes de hablar con Quintana. Sería una negligencia por nuestra parte que no esperáramos para realizar la redada hasta que el caso fuera lo suficientemente fuerte.

—Me alegra que estés de acuerdo —dijo Linc, con una sonrisa—. Gracias, McCall. Te debo una.

—No. Nuestro trabajo es atrapar a los delincuentes. El que mató a Kim debería estar en la cárcel. Si alargar un poco nuestra investigación ayuda a conseguirlo, merece la pena.

—No me gustaba haberle ocultado información a mi compañera y mucho menos no haberte dicho que tenía motivos adicionales en esa investigación.

Carrie sintió que aquellas palabras la escocían de un modo insoportable.

—Comprendo tus razones —consiguió decir.

—Tengo la intención de cumplir la promesa que le hice a Kim. Encontraré a su asesino, tarde lo que tarde en hacerlo.

—No lo dudo...

El hecho de que Linc estuviera tan cerca de ella le permitía oler la colonia que él llevaba puesta. Era la misma que llevaba la noche del motel y durante un instante, Carrie volvió a estar allí, sobre el colchón, experimentando las caricias a las que Linc la sometía, sintiendo la boca de él sobre senos y garganta. Instintivamente, dio un paso atrás.

—Cuando lo haya conseguido, cuando todo haya terminado, tú y yo deberíamos reconsiderar el hecho de ser compañeros.

—¿Es que... es que no te gusta trabajar conmigo?

—Sí, pero no puedo ser tu compañero y hacer las otras cosas que me gustaría hacer contigo. Que deseo hacerte. Antes, me daba la sensación de que este caso sería el primero y el último en el que trabajaríamos juntos. Ahora, espero que no sea así.

—Linc...

Las piernas se le habían debilitado y los huesos le dolían de puro deseo. Sin embargo, el deseo no aminoraba en lo más mínimo el sentimiento de culpabilidad que tenía en el estómago. Cuando se supiera la verdad, ¿lo comprendería él? ¿Podría Linc aceptar que ella le había mentado porque cumplía órdenes?

Él le importaba mucho, tanto que casi era demasiado. La posibilidad de que él saliera de su vida le llenaba el corazón de aprensión.

—Concentrémonos en lo que hay que hacer en estos instantes —afirmó ella, mirando de nuevo hacia la mesa—. Dijiste que has repasado las fotografías de los tatuajes.

—Varias veces. ¿Por qué?

—Yo puedo verlas con otros ojos. Déjame examinarlas. Yo podría ver algo desde una perspectiva diferente.

—Podría llevarte semanas.

—No importa... No quieres desprenderte de las fotografías, ¿verdad? —dijo ella, comprendiendo inmediatamente lo que lo preocupaba.

—No. He tardado mucho tiempo en conseguirlas. No quiero que se pierda ninguna. Ya es más de medianoche —comentó Linc, tras consultar el reloj—. Puedes volver mañana y pasaremos unas horas mirándolas antes de ir al bar.

—Si me voy ahora, me limitaré a sentarme delante de la televisión hasta que esté lo suficientemente cansada como para irme a la cama. Me gustaría examinar esas fotografías, es decir, si a ti no te importa llevarme a casa más tarde.

—Claro que no. ¿Qué te parece si preparo café?

—Estupendo —contestó Carrie, antes de ponerse a mirar las fotografías.

La serpiente se acercó sigilosamente, siseando desagradablemente junto a la oreja de Carrie. Ella se despertó sobresaltada y un grito le desgarró la garganta. Al abrir los ojos, vio unos avariciosos ojos rasgados que la observaban a poca distancia de su rostro.

Se incorporó a tiempo para ver cómo el siamés aterrizaba encima de la mesa de café. Trató de encontrar algo a lo que agarrarse y con sus movimientos de tracción, empezó a mandar fotografías en todas direcciones.

—¡Dios Santo...!

Sin levantarse del sofá, trató de deshacerse de los últimos retazos de la pesadilla. Ya no estaba en un oscuro pozo infestado de serpientes, sino en el salón de Linc. El sol entraba a raudales por las ventanas del salón.

Se mesó el cabello. Lo último que recordaba era cómo los párpados empezaban a pesarle mientras examinaba una fotografía tras otra de tatuajes de serpientes. No era de extrañar que hubiera

tenido pesadillas sobre tan resbaladiza criatura.

Notó que tenía la manta que había visto sobre la espalda del sofá enredada entre las piernas. Linc la había tapado.

—¿Qué diablos ha sido eso?

Se dio la vuelta y sintió que el aire se le atascaba en los pulmones. Linc estaba en la puerta, vestido sólo con un par de pantalones de algodón que llevaba muy bajos sobre las caderas. Su cabello estaba revuelto y las mejillas y la mandíbula estaban oscurecidas por el nacimiento de la barba. La pistola que llevaba en la mano derecha le daba un aspecto muy peligroso.

—Siento haber gritado —dijo Carrie—. He tenido una pesadilla sobre serpientes —explicó. Para poder apartar la mirada del firme torso de Linc, se desenredó la manta de las piernas y empezó a doblarla—. Supongo que confundí a Fabiani con una serpiente. Me desperté muy sobresaltada. El animal debió de asustarse y saltó encima de la mesa.

—¡Maldito gato! Si tiene hambre, se acerca a la cara para que uno se entere.

—Tendré que comprarle un premio para que sepa que no lo hice intencionadamente.

Carrie colocó la manta sobre el respaldo del sofá. Cuando se dio la vuelta, vio que Linc se había acercado hasta ella. Conocía muy bien el tacto de aquel impresionante torso. El sabor de sus labios. De su piel.

Con el deseo palpitándole en la boca del estómago, se puso de rodillas sobre el suelo y comenzó a recoger las fotografías.

—No ha servido de nada separar las fotografías que ya había mirado —lamentó ella.

Linc se agachó y recogió también unas cuantas.

—Peludo siempre resulta de gran ayuda.

De repente, la mano de Carrie se quedó inmóvil cuando iba a agarrar más fotografías. Parpadeó y entonces, dejó escapar un silbido

al tiempo que tomaba una fotografía que estaba medio escondida debajo de las otras.

—Yo... Linc, necesito la fotografía...

—¿Qué fotografía?

—La del tatuaje de la gasolinera.

—Aquí tienes.

Carrie colocó las dos fotografías juntas y las comparó cuidadosamente.

—Linc, creo que Fabiani se acaba de ganar una vida entera de premios. Creo... creo que ha encontrado a tu hombre.

—¿Cómo?

—Tal y como cayó esta fotografía, quedó cubierta parcialmente por otra, de modo que yo sólo podía ver la parte inferior del tatuaje. La cola. La cola de dragón que está enroscada al final —dijo, antes de entregarle las dos fotografías.

Linc las estudió atentamente mientras Carrie esperaba en silencio mientras las comparaba. Después de un instante, él cerró los ojos.

—No era una serpiente... Dos años enteros... He estado buscando una serpiente durante dos años enteros...

—Lo único que tenías era una imagen muy borrosa tomada por una cámara de seguridad de poca calidad —afirmó Carrie—. Lo que se veía parecía la cola de una serpiente. A mí también me lo había parecido. Eso le pareció a todo el mundo, según dijiste.

—Sí.

—Ahora, lo importante es que ya sabes quién es el dueño de ese tatuaje —dijo Carrie mientras observaba la foto policial del dueño del tatuaje. Frank Young era de altura media, corpulento, con cabello oscuro y ojos también pardos y arrogantes—. Llamaré ahora mismo a la comisaría para que nos den información sobre ese Young. Si la suerte nos acompaña, lo tendremos en la cárcel antes de que acabe el día.

Capítulo 13

La experiencia le había enseñado a Linc lo rápidamente que una investigación que había estado estancada durante mucho tiempo podía entrar en la recta final. Una pequeña pista podía reabrir un caso en el tiempo en el que se tardaba en encender una cerilla.

Lo que jamás se había imaginado era lo mucho que lo afectaría saber el nombre del asesino de Kim. Tanto, que seis horas después de que Carrie le entregara las dos fotografías, aún se sentía aturdido. Casi le parecía imposible que dos años después, conociera por fin el nombre del canalla que había asesinado a su esposa.

Frank Young.

Después de una serie de pesquisas y de llamadas telefónicas, Carrie y él aún desconocían el paradero de Young, pero sí tenían una buena pista. Más que eso, considerando que en aquellos momentos, estaban en la desvencijada caravana en la que Frank había vivido dos años antes.

—No tengo mucho tiempo —dijo Olivia Díaz—. Voy a ir a cenar con mi novio —añadió, mientras se quitaba los zapatos de tacón de aguja y se sentaba en un raído sillón.

—No deberíamos tardar mucho —respondió Linc.

Por lo que habían averiguado hasta entonces Carrie y él, de Olivia Díaz sabían, que se llevaba mucho mejor con los hombres que con las de su propio sexo, a las que sólo consideraba unas competidoras. Por ello, Carrie y Linc habían decidido que fuera él quien llevara el peso de la investigación mientras ella se quedaba en un segundo plano. Eso podía cambiar, dependiendo de cómo se desarrollara la

entrevista.

—Te agradezco mucho que hayas accedido a responder a mis preguntas sobre Frank Young — dijo él, con una sonrisa.

Olivia Díaz era una mujer de casi treinta años, con grandes ojos oscuros y una espesa melena negra que le llegaba hasta la cintura. El vestido verde que llevaba puesto tenía un gran escote y se le ceñía mucho al cuerpo. Una nube de perfume barato la rodeaba.

—Frank, un canalla de primera clase —replicó ella—. ¿Por qué están preguntando por él?

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Dos años. ¿Qué es lo que ha hecho esta vez?

—¿Esta vez?

—Estuvo en la trena por robo. Eso fue unos cinco años antes de que yo lo conociera. Ustedes son policías. De eso ya me había dado cuenta.

—Sí.

—Bueno, mientras Frank vivía aquí, empezó otra vez a robar en casas. Un día, regresé a casa y me lo encontré metiendo todas sus cosas en el coche. Me imaginé que se iba a marchar de la ciudad porque los policías andaban tras él por los robos.

—¿Te contó la razón por la que se marchaba?

—No me dijo nada. La noche anterior no vino a casa. Ni llamó. Fue una suerte que yo me presentara en casa cuando lo hice porque si no, se habría llevado todo lo que yo tuviera de valor. Cuando vi que se marchaba, lo seguí. Tuvimos una buena bronca en la calle.

—Dijiste que eso fue hace dos años. ¿Te acuerdas de la fecha exacta?

—La víspera de Acción de Gracias. Lo sé porque me había prometido llevarme a una fiesta al día siguiente. Yo me había comprado un vestido y unos zapatos. Frank lo estropeó todo.

Linc apretó la mandíbula y sintió que el odio volvía a corroerlo por dentro. Sabía que Young no había vuelto a la caravana aquella

noche porque había estado torturando y violando a Kim.

—Mire —dijo Olivia, tras mirar con impaciencia al reloj—, Frank dejó de importarme cuando se marchó. Eso significa que esta conversación es una pérdida de tiempo. Tengo que terminar de arreglarme para salir.

—Sólo un par de preguntas más —le aseguró Linc—. ¿Te dijo Frank adónde tenía intención de marcharse cuando dejara la ciudad?

—No. Ni se lo pregunté. Si un hombre me deja, no me importa nada lo que le ocurra.

—¿Y su familia? ¿Sabes algo sobre ellos?

—Frank y yo sólo vivimos juntos un par de meses. Yo no conocí a ninguno de sus parientes. Puede que me mencionara que tenía una tía en Chicago, pero también me lo pudo decir otro de los tipos con los que he salido —comentó. Entonces, miró a Linc de arriba abajo—. Tú tienes una facha imponente, amigo. Me apuesto algo a que sabes bailar muy bien. ¿Sales alguna vez a bailar?

—En ocasiones —dijo, ignorando el comentario—. ¿Dejó Frank aquí algo que le perteneciera?

—Algunos papeles, pero los tiré a la basura.

—¿Nada más?

—No.

—Has dicho que no lo has visto desde que se marchó. ¿Has tenido noticias de él? ¿Has oído que alguien lo haya visto o haya hablado con él?

—No, mira, tengo cosas que hacer —replicó Olivia.

Entonces, se echó el cabello hacia atrás, dejando al descubierto las orejas. En ellas, le relucían unos pendientes de oro y esmeraldas. Linc sintió que se le hacía un nudo en el pecho. Olivia Díaz llevaba puestos los pendientes de Kim.

Intercambió una mirada con Carrie. Aquella mañana, ella había visto la fotografía del regalo de aniversario que Linc le había hecho a su esposa. Su compañera también había reconocido los pendientes

que Kim llevaba puestos cuando entró en la gasolinera. Linc tuvo que contenerse para no arrancárselos a Olivia de las orejas.

Carrie asintió. Habían acordado que si veían algo que pudiera obligar a Olivia Díaz a ayudarlos a encontrar a Young, Carrie se haría cargo de la entrevista. Se levantó y se sacó las esposas del bolsillo del abrigo.

—Olvídate de la cena, Olivia —le espetó Carrie, adoptando a la perfección su papel de policía mala—. Hoy vas a cenar en la cárcel.

—¿Cómo dices? Lo único que he hecho es responder preguntas —replicó Olivia, completamente atónita.

—Los pendientes que llevas puestos son robados —la informó Carrie—. Levántate y pon las manos sobre la espalda.

—¿Robados? Yo no los he robado.

—Eso no importa. Los tienes tú. Eso significa que te has llevado el premio gordo. Ponte de pie.

—¡Eran de Frank!

—Me dijiste que no había dejado nada aquí —intervino Linc—. No me gusta que me mientan... —añadió, con expresión sombría.

—¡Te he dicho la verdad! Frank no los dejó aquí. Al menos no a propósito.

—¿A propósito? —preguntó Linc, recuperando el aspecto tranquilo del inicio de la entrevista.

—Cuando llegué aquí aquel día y vi todas las cosas de Frank en el coche, lo saqué todo para asegurarme de que no se llevaba nada mío. Entonces, vi los pendientes. Me los escondí en el bolso cuando Frank no estaba mirando. Ese canalla me debía más de quinientos dólares. Así quedamos en paz. ¿Cómo iba a suponer yo que no eran de Frank?

Carrie entornó los ojos.

—¿Qué? ¿Creíste que se los había comprado para ponérselos con un traje verde? Ponte de pie, Díaz —rugió.

—No tienes orden de arresto —replicó Olivia—. No puedes arrestarme ni llevarte nada de aquí sin tener una.

—Te equivocas. Tú nos invitaste a entrar por tu propia voluntad. Tienes un objeto robado a la vista. Te tenemos, Díaz. No necesitamos ninguna orden.

—Tengo mis derechos...

—Que estoy a punto de decirte —la interrumpió Carrie—. ¡De pie! En aquel momento, Linc se levantó y le colocó a Carrie una mano sobre el brazo.

—Tranquila, sargento McCall. Tal vez deberíamos pensarlo mejor.

—¿Qué es lo que hay que pensar, Reilly? Lleva puestos unos objetos que son propiedad robada. ¿Acaso quieres esperar a que la cárcel le imprima una invitación para que vaya a pasar allí unos días?

—No nos olvidemos que Frank es quien nos interesa. Sospecho que él fue la persona que le robó esos pendientes a su legítima dueña.

—Eso es lo que dice esta mujer.

—¡Fue Frank! —exclamó Olivia, con los ojos llenos de lágrimas—. Mi madre me matará si tengo que pasarme en la cárcel el día de Acción de Gracias.

—Eso sería una pena —murmuró Linc—. McCall, te agradecería mucho que esperaras un momento antes de leerle sus derechos a esta mujer.

Carrie hizo un gesto de desaprobación y guardó silencio. Linc miró a Díaz como si fuera a tomar muy en serio sus súplicas.

—Tenemos que llevarnos esos pendientes como prueba —dijo.

—¡Yo no los he robado!

—Eso no cambia para nada el hecho de que los tienes tú —afirmó Linc. Esperó pacientemente mientras Olivia se quitaba los pendientes y se los entregaba a Carrie—. En mi opinión, Frank se aprovechó de ti.

—Así es —sollozó la mujer—. Canalla...

—Por eso, estoy dispuesto a echarte una mano en lo de posesión de objetos robados, pero tú tienes que ayudarme a mí primero. Si

cooperas, me ocuparé de que no vayas a la cárcel.

Olivia se puso de pie de un salto y le agarró la manga de la cazadora de cuero como si fuera un salvavidas.

—Cooperaré todo lo que quieras, pero eso no significa que yo sepa más sobre Frank. Te juro que no he tenido noticias tuyas desde hace dos años.

—Estuviste viviendo con él. De hecho, trabajabais en la misma empresa.

—Pero no en la misma división. Él conducía un camión de reparto de cervezas y yo trabajaba en las oficinas.

—Eso no importa. Los dos tenéis muchos amigos comunes, ¿verdad?

—Algunos.

—Lo único que necesitamos la sargento McCall y yo son los nombres de esas personas antes de marcharnos de aquí. Si tal y como nos han dicho, Frank está en la ciudad, podría estar durmiendo en casa de uno de ellos. Tal vez incluso haya ido a ver a alguno para pedirle dinero.

—Eso sí —replicó Olivia—. A Frank se le da muy bien pedir dinero.

Linc se metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta.

—Empieza a comprobarlo. Descubre si los conocidos que tenéis en común han sabido de él. Asegúrate de que no dices que la policía lo está buscando —le ordenó Linc, tras entregarle la tarjeta—. Ahí tienes los números de teléfono de mi despacho y de mi móvil. Llámame día o noche si descubres algo sobre Frank.

—Si lo hago, ¿no dejarás que ésta me meta en la cárcel? —preguntó Olivia, mirando con cautela a Carrie.

—Consígueme una pista sobre Frank y me aseguraré de ello —afirmó Linc—. En lo que se refiere a esos pendientes, lo busco a él.

Veinte minutos más tarde, Carrie miró a Linc mientras éste conducía el todoterreno. Aunque había conseguido camuflar muy

bien el dolor que le produjo ver que Olivia Díaz tenía los pendientes de Kim, Carrie se imaginaba muy bien el dolor que debía de estar sintiendo.

—Bueno, Reilly, ¿qué estás pensando?

—Que te mereces un Oscar por tu interpretación de dura agente de policía.

—No estaba actuando, compañero. Soy una agente de policía muy dura. Y hambrienta —añadió, señalando la luz del reloj digital del salpicadero—. No hemos almorzado, ¿te acuerdas?

—Estarás en tu casa dentro de un instante.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—También debes de tener hambre.

—Tengo cosas que hacer. Ya tomaré algo más tarde —dijo él. Entonces, detuvo el todoterreno delante de la casa de Carrie y señaló la puerta—. ¡Vaya! Pareces que esta noche eres la primera en llegar a casa.

—La única. Grace tiene turno de noche y Morgan está en casa de mis padres ayudando a mi madre a preparar el asado de mañana.

—¿Tenías tú también que ir allí?

—Hasta mañana no. Yo soy la que no sabe ni freír un huevo, ¿te acuerdas? Si me presentara esta noche, me pondrían a doblar servilletas con mi padre. Ocurre todos los días de Acción de Gracias.

—Un trabajo muy honrado.

—Sí, pero este año Morgan está prometida y se habrá llevado a Alex Blade. En estos momentos, él estará sentado delante del televisor doblando servilletas con mi padre mientras los dos ven algún acontecimiento deportivo. No quiero entrometerme.

—Dado que esta noche no vamos a ir al bar, tienes la noche libre. Bueno, que pases unos días muy agradable. Si averiguo algo sobre Young, te llamaré.

—De acuerdo.

Cuando ella no mostró intención de abrir la puerta, Linc frunció el ceño.

— ¿Tienes algo en mente?

— Espaguetis.

— ¿Espaguetis?

— Es un plato italiano, Reilly.

— Sé muy bien lo que es, McCall.

— No es cierto, dado que nunca has probado la salsa que prepara Morgan. Tengo un bol en el congelador, así que esta noche tienes la oportunidad de descubrir lo maravilloso que puede resultar un plato de espaguetis.

— Y esto me lo dice la mujer que casi no sabe ni freír un huevo.

— Sé cómo hervir agua y echar la pasta. ¿Qué tal se te da quitarle el corcho a una botella de vino?

— No puedo quedarme, McCall —afirmó él, sin mirarla—. Tengo que encontrar a Young.

— Lo encontraremos juntos. Será más fácil seguir haciéndolo si nos tomamos un descanso para recobrar energías. Presta atención, Reilly —susurró, casi ronroneando—. Estoy a punto de hacerte una proposición.

— Resulta muy difícil no prestarte atención, McCall —replicó él, mirándola a los ojos.

— Ésta es mi proposición. Esta mañana me di una ducha en tu casa, pero llevo veinticuatro horas con esta ropa y ése es el límite para mí. Entramos. Yo voy arriba, me ducho y me cambio. Mientras tanto, tú te acomodas en el despacho, que es donde está la máquina de fax, y envías la lista con los nombres que Díaz nos ha dado. Los dos sabemos que tardarán unas dos horas en comprobar esos nombres. Tú y yo utilizaremos ese tiempo para recobrar energías con unos espaguetis y una copa de vino. Después de eso, pensaremos qué podemos hacer para encontrar a Young. ¿Te parece bien?

Después de unos segundos, Linc se frotó el rostro con la mano.

—Tan bien que no se me ocurre ninguna razón para decir que no.

—En ese caso, no lo hagas.

Carrie se duchó rápidamente y se puso unos pantalones y un enorme jersey para estar cómoda. A los pocos minutos, estaba en la cocina, meneando la salsa de espaguetis mientras esperaba que hirviera el agua para la pasta.

—Parece que sabes lo que estás haciendo —comentó Linc, tras entrar en la cocina.

—Claro. El sacacorchos está en el cajón de la derecha —le dijo, tras señalar la botella y las copas—. ¿Han recibido bien el fax los de Registros?

—Sí —respondió Linc. Terminó de servir las copas y le entregó una a Carrie. A continuación, se sentó en uno de los taburetes—. Han dicho que me llamarán al móvil cuando terminen.

—Bien —observó Carrie antes de tomar un sorbo del vino.

—Esa salsa huele estupendamente —comentó él.

Parecía estar mucho más relajado y tranquilo, si eso era posible después de un día con tantas emociones.

—Espera a probarla.

—¿Te puedo ayudar con algo?

—Tienes una facha imponente, amigo —respondió ella, parafraseando a Olivia Díaz—. Estoy segura de que puedes lavar los platos muy bien. ¿Los has lavado alguna vez?

—Considérame el lavavajillas oficial —comentó él, con una sonrisa.

El gesto era tan irresistible que se despertó una profunda necesidad en Carrie. Dispuesta a controlarla, se dio la vuelta y sacó los platos de un aparador. Hacía mucho tiempo que había dejado de tratar de convencerse de que Linc Reilly no la afectaba. De que ella no lo deseaba.

«No puedes tenerlo», se recordó. «No te puedes acostar con un compañero, y mucho menos con uno al que estás investigando». Sabía muy

bien que lo mejor era guardar las distancias, no cruzar la línea... Lo mirara como lo mirara, acostarse con Linc sería un tremendo error, pero a pesar de todo, lo deseaba.

Tomó la copa de vino y dio un largo trago, pero éste no pudo calmar sus anhelos. ¿Qué habría ocurrido si Linc y ella se hubieran conocido en otras circunstancias? ¿Si todo lo que ella hacía o decía no se basara en una mentira?

Sin dejar de observarla, Linc dejó su copa y se levantó.

—De repente tienes mucha sed. ¿Qué es lo que te ocurre, McCall?

Antes de que Carrie pudiera encontrar una excusa, el teléfono móvil de Linc comenzó a sonar. Sin dejar de observarla, él contestó la llamada. Después de unos momentos, desvió la mirada y su rostro adquirió una expresión muy seria.

—Iré mañana a echar un vistazo —dijo, antes de colgar.

—¿Malas noticias?

—Sí, y es la tercera vez este año que me llaman para lo mismo. Era el encargado del cementerio en el que está enterrada Kim. Algunos chicos de esta ciudad se divierten profanando tumbas. Como la tumba de Kim está en un rincón algo apartado del cementerio al que resulta fácil acceder, van y...

En aquel momento, Carrie recordó lo que Don Gaines había dicho sobre la elección de tumba que Linc había hecho para su esposa. Que había elegido la más barata porque no la quería. Sin embargo, Carrie sabía que no era así.

—¿Por qué...?

—¿Por qué la enterré tan cerca de la calle? ¿Quieres saberlo por curiosidad o porque Gaines te dijo que enterré a Kim allí porque no me importaba?

—Me lo dijo, pero no es eso lo que me estaba preguntando. Sé que la querías mucho. Me lo has demostrado cientos de veces —dijo Carrie. Extendió una mano y se la colocó sobre el brazo. Cuando fue a apartarlo, él le agarró con fuerza los dedos y se los cubrió con los

suyos.

—Aparte de los padres de Kim, no le he dicho a nadie por qué enterré a Kim allí. No le importa a nadie, pero sí valoro mucho lo que tú pienses, Carrie —susurró. Al cabo de unos segundos, volvió a tomar la palabra—. Enterré allí a Kim porque era lo más cerca que podía tenerla de nuestra casa.

Carrie sintió que una profunda ternura se apoderaba de ella. Sintió que la mano que él le tenía agarrada empezaba a temblarle.

—¿Sabes una cosa, Reilly? Las mujeres somos criaturas muy sentimentales. Cuando escuchamos que un hombre dice algo así, nos entra debilidad. No hay muchos hombres como tú, te lo aseguro y cuando una mujer se topa contigo, su resistencia sufre un fuerte revés...

—Carrie... —musitó él.

Le colocó una mano sobre la mejilla.

—¿Cómo puede una mujer resistirse a un hombre como tú?

—No te resistas...

—Tengo que hacerlo.

—Un hombre como yo encuentra a una mujer tan hermosa como tú... Yo también tengo un problema con eso de la resistencia —afirmó. Entonces, la tomó entre sus brazos y la estrechó con fuerza contra su cuerpo. Le dio un suave beso en la mejilla y poco a poco, fue bajando hacia la mandíbula primero y luego a la garganta—. Estoy cansado de no poder tocarte. Deseo hacerlo. Deseo tocarte por todas partes...

—Linc... —musitó ella, sintiendo que su fuerza de voluntad se iba desintegrando poco a poco. Tenía tanto miedo... Tenía miedo porque estaba enamorada de él. Si sucumbía a la tentación antes de tener oportunidad de decirle la verdad, los resultados serían fatales—. Linc... Tenemos que hablar.

—Más tarde.

Empezó a besarla larga y profundamente, hasta que el cuerpo de

Carrie comenzó a temblar. Cuando ella lanzó un gemido de placer, Linc levantó la cabeza y la miró a los ojos. Los de él estaban llenos de pasión y emoción.

—Eres la primera mujer a la que he mirado en estos dos últimos años. Me haces sentirme vivo, Carrie. Me haces sentirme vivo cuando durante mucho tiempo, lo único que he deseado ha sido morir. Déjame tenerte... Déjame tenerte entera...

El deseo se apoderó de Carrie y destruyó por completo las barreras que ella había levantado. La palabra «*rendición*» era la única que podía describir cómo se sentía. Había perdido la batalla y se había entregado a la desesperación que sentía por tenerlo, por sentirlo dentro de ella. En aquellos momentos, nada le importaba más que estar con él.

Capítulo 14

Con los dientes de Carrie devorándole la garganta, el último pensamiento coherente de Linc fue apagar los quemadores de la cocina.

—¿Dónde está tu habitación? —consiguió decir, mientras las agudas flechas del deseo lo atravesaban por todas partes.

—Arriba —respondió Carrie, antes de fundir sus labios con los de Linc en un beso igual de apasionado y desesperado por parte de ambos. Con una mano, se le agarró al cuello mientras con la otra empezaba a desabrocharle los botones de la camisa—. Primera... puerta... a la derecha —añadió, casi sin dejar de besarlo—. Ahora.

—Ya vamos.

Linc deslizó las manos y tras colocárselas encima del trasero, la levantó. Con los brazos y las piernas de Carrie rodeándolo completamente, se dispuso a salir de la cocina. Sin poder evitarlo, se chocó contra el taburete en el que había estado sentado y los lanzó a ambos contra el umbral de la puerta.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

La respuesta de Carrie fue dejarle la piel de un hombro al descubierto y reemplazar tela por dientes. Completamente desesperado por tocarla, se la colocó de manera que pudiera sostenerla con un brazo y le metió una mano debajo del jersey. En silencio, dio las gracias por encontrar sólo piel cálida y desnuda.

Sin dejar de besarla, comenzó a acariciarle un seno y a subir por la escalera. Cuando llegaron al rellano, Linc le sacó el jersey por la cabeza, la apretó contra la pared, rodeó un erecto pezón con los

labios y empezó a chupar con avidez. Los gemidos de placer que ella emitía lo volvían loco.

Mientras tanto, ella empezó a bajarle la camisa y a clavarle las uñas sobre los hombros.

—No... vamos... a llegar... al dormitorio —susurró.

—Claro que sí —replicó él. La apartó de la pared y abrió la puerta del dormitorio—. He esperado mucho tiempo para volver a meterte en una cama.

—Date prisa...

La habitación estaba iluminada por una tenue luz. Entre los muebles, la cama destacaba como un lago de cálidas y suaves mantas. Allí, los aromas que eran propios de Carrie se manifestaban con más fuerza que nunca.

A duras penas, atravesó el dormitorio y cayó con ella encima de la cama. Los dos estaban completamente locos de deseo. Ninguno pensaba en la ternura, en las dulces palabras o en las lentas caricias. Se devoraban el uno al otro mientras se arrancaban zapatos y ropa.

Linc se levantó de encima de ella y le separó los muslos. Sentía un tremendo deseo de conquistar, de poseer, por lo que le agarró las muñecas con una mano y se las levantó por encima de la cabeza. Entonces, bajó la cabeza y la devoró. El ronroneo que a ella se le escapó de la garganta se le subió a la cabeza como el mejor whisky. Para hacerla gozar a ella y a sí mismo, le acarició el vientre con la mano y entre las piernas. La encontró húmeda e insoportablemente excitada. Le hundió los dedos mientras se daba un festín con su Carrie. Carrie era suya. A partir de aquel momento, sería suya para siempre.

Cuando ella susurró el nombre de Linc, él se sintió saturado de pasión, como si alguien hubiera abierto la puerta de un horno y hubiera dejado que un potente fuego envolviera el dormitorio. Como la tenía empalada con los dedos, sentía los latidos de su pulso, la vibración que le sacudía. Con el pulgar estimulaba la palpitante

carne del centro de su feminidad con un erótico masaje.

De repente, apartó los dedos y volvió a introducirselos una y otra vez. El sudor cubría las curvas del cuerpo de Carrie. Linc sintió que tensaba los músculos y que los espasmos comenzaban a apoderarse de su cuerpo. Siguió estimulándola hasta que notó que ella caía por el resbaladizo y cálido abismo del placer. Cuando el segundo clímax se apoderó de ella, Linc se abrazó a su cuerpo.

—Mírame... Mírame, Carrie... Quiero verte los ojos mientras te poseo.

Ella abrió los ojos, que tenían una expresión saciada, embriagada de puro gozo.

—Ahora —susurró ella, con labios temblorosos—. Necesito tenerte dentro de mí ahora mismo.

Lo miró a los ojos mientras él la penetraba. Se deslizó dentro de ella, cada movimiento acicateado por creciente urgencia y creciente necesidad.

El placer lo cegó. Carrie se arqueó para acogerlo por completo, uniendo las caderas a las de él, empujando con igual fuerza mientras sus cuerpos se unían. Los músculos se apretaron alrededor del miembro de Linc en el mismo instante en el que el cuerpo de él se convulsionó.

Sintiendo que la tierra temblaba debajo de él, enterró el rostro en el cabello de Carrie y se entregó por completo a ella.

La mañana del día de Acción de Gracias, Carrie se despertó con el sonido de la lluvia sobre el tejado y un hombre abrazándola. Al volver la cabeza, vio como Linc dormía y sintió oleadas simultáneas de felicidad y ansiedad. Con gran emoción, comprendió con toda seguridad que ya no estaba en posesión de su corazón. En algún momento durante las largas y exquisitas horas que habían pasado haciendo el amor, se lo había entregado a él.

Estaba enamorada de Lincoln Reilly.

Al mismo tiempo, era muy consciente de que le estaba mintiendo.

No lamentaba haberse convertido en su amante, pero sí no haberle sido sincera antes de hacerlo. Debería haberle contado que pertenecía a Asuntos Internos y que lo estaba investigando para comprobar si era el culpable de siete asesinados a sangre fría.

Hacía tiempo que sabía que Linc era inocente. Primero se lo había dicho su corazón y luego su instinto como policía. Después de recibir la llamada de la capitana Patricia Scott, Carrie sabía que los registros de las tarjetas de telepago que la capitana Scott había confiscado demostraban que *el Vengador* era un detective de la UES. No se sabía cuál era la identidad de dicho detective, pero los registros demostraban con bastante certeza que Linc no era el asesino que Carrie buscaba.

Le acarició el cabello mientras una extraña emoción le atenazaba la garganta. El modo en el que Linc se había apoderado de ella resultaba reconfortante y amenazador a la vez. Éste último sentimiento se había transformado en pánico cuando decidió que debía decirle la verdad. En silencio, rezó para que Linc comprendiera que simplemente estaba haciendo su trabajo. Cumpliendo órdenes.

Con cuidado, se soltó de él y se levantó de la cama. Tras dedicarle una última mirada, salió silenciosamente del dormitorio para dirigirse a la ducha.

Con el rostro medio enterrado en una almohada, Linc lanzó una maldición al escuchar el insistente sonido del teléfono. A tientas, agarró el auricular del aparato, que estaba encima de la mesilla de noche y como solía hacer con el de su propia casa, dijo:

—Reilly al habla. Espero que el motivo sea bueno.

Cuando sólo escuchó silencio, abrió los ojos. Tardó un segundo, en darse cuenta de que estaba en el dormitorio de Carrie. En su cama. Había respondido el teléfono de ella.

Se dio cuenta de que estaba solo, aunque el aroma de Carrie seguía latente en todas partes. Era una mujer apasionada, hermosa... En poco más de un instante, reconoció que el hecho de haber pasado

la noche con Carrie había cambiado por completo el curso de su vida. No estaba seguro de lo que quería de ella, pero sabía que era mucho más que una noche de pasión.

—Buenos días, Reilly —dijo una voz de mujer, llena de calidez y simpatía—. Soy Grace.

—¡Ah! Buenos días, Grace. ¿Cómo estás? —le preguntó, aunque no la conocía muy bien.

—Estupendamente. ¿Y tú?

—No me puedo quejar. ¿Qué querías?

—Estoy en la cocina de la casa de mis padres, rodeada de ingredientes para la cena de hoy. ¿Está Carrie?

—Debe de estar en la ducha —respondió, al escuchar que aparte del ruido de la lluvia, se oía el chapoteo del agua en algún lugar de la casa—. ¿Quieres que te llame?

—Sería mejor si no te importara escribir un par de cosas mientras aún me acuerdo de ellas. Me gustaría que Carrie comprara hielo de camino aquí y un par de cosas más.

—Espera. Voy a encontrar un trozo de papel.

—Mira en el escritorio de Carrie.

Linc agradeció que Grace no tratara de comportarse como si no supiera lo que acababa de ocurrir en el dormitorio de su hermana. Apartó las sábanas y se dirigió hacia la parte del dormitorio en el que había una estantería y un pequeño escritorio de madera de pino. Abrió el único cajón que tenía y tomó un cuadernillo y un bolígrafo.

—Tú dirás.

—Una lata de leche condensada...

Cuando Grace terminó y Linc cortó la llamada, arrancó el papel del cuadernillo y lo volvió a meter en el cajón junto con el bolígrafo. Fue entonces cuando le llamó la atención una carpetilla. Sintió que algo se le helaba por dentro cuando vio que su nombre estaba escrito en la solapa.

Con el cabello recogido en una toalla y envuelta en su albornoz,

Carrie salió del cuarto de baño envuelta en una nube de vapor. Miró la cama y frunció el ceño. Había esperado que Linc siguiera durmiendo.

—Detrás de ti.

La dureza del tono de su voz le hizo darse la vuelta. Ya estaba vestido y se encontraba apoyado contra el pequeño escritorio con una carpetilla abierta entre las manos. La furia que se reflejaba en sus ojos le dijo a Carrie exactamente de qué carpetilla se trataba.

—Linc, escúchame...

—Ha llamado Grace. Me pidió que anotara unas cosas para que las compres de camino a casa de tus padres. Como necesitaba papel, busqué en el cajón de tu escritorio. No me gustaría que pensaras que había invadido intencionadamente la privacidad de una detective de Asuntos Internos —dijo él, con amargura.

—Deja que te lo explique...

—Estos papeles se explican por sí solos —la interrumpió él, tras dejar la carpetilla sobre el escritorio—. ¿Tienes ya lo suficiente para atribuirme los asesinatos de esos delincuentes, McCall? En tus notas he visto que llamas «*El Vengador*» a ese asesino. ¿Soy yo?

—No. Sé que tú no cometiste esos asesinatos.

—Entonces, ¿por qué estás investigándome? ¿Por qué estás realizando una misión paralela a la que haces como compañera mía? ¿Porque sabes que yo no maté a esos siete maleantes, de la mayoría de los cuales me he ocupado en el pasado? ¿Porque todos ellos tenían expedientes con la UES?

—¿Te habías dado cuenta del modus operandi de ese asesino?

—No sería muy buen detective si no lo hubiera hecho, ¿no te parece? Especialmente cuando probablemente se trata de alguien que quiere que yo parezca culpable de esos asesinatos. ¿Sabes cuál es la ironía de todo esto, Carrie? —preguntó. La expresión de sus ojos era tan fría como la de su voz—. El otro día hablé con Quintana sobre esos asesinatos. Le dije que me sorprendía que los de Asuntos

Internos no hubieran empezado a investigar a la UES. Qué equivocado estaba. ¿Sabe Quintana lo que estás haciendo?

—No. Su jefe, el capitán Vincent, fue el que nos llamó. Le pareció que cuantas menos personas lo supieran, mejor. Linc —dijo Carrie. Tenía que hacerle comprender como fuera—, los de Asuntos Internos tenían razones muy serias para enviarme a que te investigara. Tu esposa fue asesinada por un hombre que aún no ha sido arrestado. Las siete víctimas son delincuentes que tenían expedientes abiertos en la UES y además, *el Vengador* comenzó a asesinar justo después del asesinato de Kim. Eso también parecía indicarte a ti.

—Pareces que tienes un caso muy sólido contra mí.

—En teoría sí. Tu nombre aparecía con demasiada frecuencia como para no investigarte.

—El problema es que yo no soy tu *Vengador*.

—Lo sé. Debes comprender que hubiera sido una negligencia no investigarte a ti por esos asesinatos.

—Esta mañana me estoy dando cuenta de muchas cosas. En esa carpetilla —afirmó, sacando un documento de su interior—, tenemos una fotocopia de la factura del mes pasado de mi tarjeta de telepago para las autopistas de peaje. Cuando pago una factura, escribo la fecha y el número del cheque en la misma. En esta fotografía aparece precisamente eso, lo que significa que no te enviaron a ti una copia, sino que tomaste esta fotografía en mi casa.

—Así es.

—¿Cuándo?

—Registré tu casa anteanoche, cuando tú te quedaste en el motel —contestó.

A continuación, le explicó cómo había conseguido la llave y el código de seguridad de la alarma.

—Por eso, cuando llegué a casa a la mañana siguiente, noté tu aroma en el aire. Pensé... —musitó. Apartó la mirada durante un segundo, al cabo del cual volvió a mirar a Carrie a los ojos—. Ese

registro fue ilegal, a menos que tuvieras una orden.

—La capitana Scott, la jefa de Asuntos Internos, consiguió una orden para registrar tu residencia cuando ésta no estuviera ocupada. Me autorizaba a buscar pruebas que te relacionaran con los crímenes del *Vengador*. Si encontraba algo, sólo podía fotografiarlo y marcharme. Para este tipo de orden, la notificación se puede retrasar unos días.

—¿Y por qué tomaste una fotografía de la factura de mi tarjeta de telepago?

—Cuando la vi, me di cuenta de que *el Vengador* también tendría que haber ido en coche desde aquí a Tulsa, por lo que existe la posibilidad de que él también tenga una de esas tarjetas. Para saberlo, necesitábamos comprobar los registros.

—¿Crees que un tipo que ha asesinado a siete personas sin dejar rastro alguno sería tan descuidado como para dejar que su nombre apareciera en uno de esos registros?

—Yo creo que cualquier cosa es posible.

—¿Y has conseguido algo?

—Más o menos —respondió ella. Dio un paso hacia él y pudo apreciar la tensión que se le reflejaba en el rostro—. Como hay una autopista de peaje que recorre esta ciudad, el Departamento de Policía de la ciudad de Oklahoma tiene una cuenta propia. Casi todo los vehículos tienen una de esas tarjetas en el parabrisas. Las tarjetas se cambian cuando se sustituye un vehículo o se lo llevan al taller. Por eso, no hay modo de estar segura de qué vehículo tiene qué tarjeta en cada momento. La UES, como cualquier otra unidad, tiene un cierto número de esas tarjetas. Una de ellas fue utilizada el día del asesinato de Dell en un vehículo que abandonó Oklahoma una media hora después de ti. Los vecinos de tus suegros recuerdan haberte visto llegar a la casa más o menos a la misma hora que el otro vehículo con la tarjeta que pasó por el lector de telepago en Tulsa. No podías estar en los dos lugares simultáneamente.

—Entonces, ¿crees que eso significa que ya no soy sospechoso de los asesinatos?

—Sí, Linc ¿Qué me dices de Don Gaines? Amaba a Kim y te echa la culpa de habérsela robado. De su muerte. ¿Crees que llegaría hasta el punto de hacerte parecer culpable?

—No lo sé.

—¿Y qué me dices de...? —dijo ella.

Iba a haberle preguntado por Tom Nelson, pero Linc la interrumpió antes de que pudiera hacerlo.

—Hay otras cosas de las que me interesa más ocuparme en estos momentos. Como lo bien que has hecho tu trabajo.

—De eso se trata precisamente. Estoy haciendo mi trabajo. Como me ordenaron. Linc, lo siento. No te podía decir lo que estaba haciendo. Te ruego que lo comprendas.

—Soy policía. Lo comprendo muy bien. Lo que no me cuadra es que digas que crees que yo no soy *el Vengador*.

—Y así es.

—Si lo fuera, ¿por qué no me dijiste la verdad antes de meterte en la cama conmigo? ¿Por qué me dejaste que te acariciara cuando esa mentira se interponía entre nosotros?

—Quería decírtelo —susurró—. Es... Es lo que tenía la intención de hacer cuando te dije que teníamos que hablar. Te lo debería haber dicho entonces —admitió ella—, pero las cosas se calentaron muy rápidamente entre nosotros. No sabes lo mucho que siento no haberlo hecho.

—Tengo que admitir, McCall, que no se me engaña fácilmente —replicó él. Aún seguía observándola con la mirada tan fría como el hielo—. Sabía que tenías algún secreto, pero ni siquiera llegué a imaginarme de qué se trataba. Ahora, tengo que preguntarme que si eres tan buena, ¿cómo sé que lo que me estás diciendo de las tarjetas es cierto?

—¿Y por qué no iba a serlo?

—Dices que estás convencida de que yo no soy *el Vengador*.

—Así es.

—Anoche, hiciste todo lo posible para que yo viniera aquí a cenar. ¿Estabas pensando ya entonces que nos acostáramos juntos, esperando tal vez que cuando yo estuviera dentro de ti estaría tan presa del placer que te confesaría que yo era *el Vengador*?

—¿Cómo puedes pensar siquiera que...?

—Además, insististe mucho en que teníamos que planear cómo encontrar a Frank Young. Tal vez estabas pensando que si yo le metía una bala en la cabeza contigo como testigo, tendrías un caso más que sólido contra mí.

—No. No hagas eso, Linc. Sé que estás enfadado y herido porque yo te haya mentado. Comprendo que tal vez nunca serás capaz de perdonarme por haber hecho mi trabajo. Bien. Ya conocía los riesgos y los acepto. Sin embargo, no te atrevas a convertir lo que compartimos anoche en algo tan despreciable. No lo fue y lo sabes. He de admitir que sí hice todo lo posible para que vinieras a cenar. Te pedí que te quedaras porque recordé lo afectada que se mostró Grace cuando atraparon al asesino de Ryan. Ayer identificamos al hombre que mató a tu esposa y pensé que como mi hermana, lo último que necesitarías era estar solo. Sin embargo, no planeé lo de acostarme contigo. Hasta más tarde, no me di cuenta de que...

—¿De qué?

«*De que estaba enamorada de ti*». Carrie sintió que estaba perdiendo a Linc. La distancia entre ellos se iba haciendo cada vez mayor a pesar de lo cercanos que se encontraban.

—No importa —dijo—. Lo que sí importa es que no te conocía cuando me dieron esta misión. Cuando vi la clase de hombre que eres, lo más importante de mi trabajo fue demostrar que eras inocente. Anoche, tenía intención de confesártelo todo aunque me temía que no lo comprenderías. Parece que tenía razón.

—Eres muy perspicaz, McCall —afirmó Linc. Se apartó

bruscamente del escritorio—. Es mejor que les digas a los de Asuntos Internos que he descubierto tu tapadera. Tendrán que tratar de encontrar otro modo de investigarme.

Al ver cómo Linc se dirigía hacia la puerta, Carrie sintió que el pánico se apoderaba de ella.

—Linc, lo último que quería era hacerte daño.

Él se detuvo en el umbral de la puerta y la miró por encima del hombro con expresión sombría.

—Cuando se es policía, saber algo es siempre mucho mejor que no saberlo. No puedo decir que me parezca así en estos instantes.

Capítulo 15

Aquella tarde, cuando Linc aparcó frente a la casa de John Quintana, aún seguía lloviendo. Aunque no estaba de humor para dar explicaciones a nadie, había decidido entrometerse en las celebraciones del día de Acción de Gracias de su jefe.

La esposa de Quintana lo acompañó hasta el despacho de su marido. Linc se disculpó repetidamente y rechazó el ofrecimiento de un poco de pastel de calabaza.

Cuando se quedó a solas, Linc comprobó que se escuchaba un gran bullicio de voces en el aire. Supuso que los cinco hijos de Quintana estaban allí con sus familias. Se imaginó que lo mismo ocurriría en casa de los McCall. Al pensar en Carrie, recordó de nuevo el engaño y la ira y el resentimiento volvieron a surgir una vez más.

Se acercó a la ventana y comprobó cómo la lluvia caía sobre el jardín. No quería pensar en la resignación que había escuchado en la voz de Carrie, ni en el dolor que se le había reflejado en los ojos. Se sentía demasiado enojado, demasiado herido como para que le importara lo que ella sintiera. Sabía que debía cumplir con su trabajo y no la culpaba por ello. Como policía, lo entendía perfectamente. Lo que más lo había molestado era el hecho de que se hubiera acostado con él. ¿Y si las acusaciones de las que le había hecho objeto eran ciertas? ¿Y si se había acostado con él sólo para sacarle información, para lograr que confesara?

Una parte de él admitía que aquella noción era completamente absurda, pero la otra se aferraba desesperadamente a la idea. Sabía

que los policías podían ser muy traicioneros. De hecho, hasta él mismo podía serlo cuando lo consideraba necesario. ¿Por qué no iba a serlo Carrie? Aquél era precisamente el problema. Estaba a punto de enamorarse de una mujer que podría haberse acostado con él sólo con el propósito de descubrir algo malo dentro de él. Una mujer que lo creía capaz de cometer asesinatos a sangre fría.

Inmediatamente, corrigió sus pensamientos. No. Tan sólo le gustaba. Eso distaba mucho de estar a punto de enamorarse de ella. Además, a cada momento que pasaba, la distancia que los separaba se hacía cada vez mayor.

Cuando oyó que la puerta del despacho se abría, se dio la vuelta.

—Siento haberte hecho esperar —dijo Quintana. Tenía un aspecto muy tranquilo y relajado—. Cuando llegaste aquí, tenía cuatro nietos subidos encima de mí.

—No hay problema, teniente. Siento haber venido a molestarte en un día de fiesta, pero ha surgido algo con lo que creo que te encontrarás cuando llegues a trabajar el lunes. Tal vez antes. No quería que te pillara desprevenido.

—No suena bien —repuso Quintana con los ojos llenos de cautela.

—Así es.

—Te escucho —afirmó Quintana al tiempo que indicaba las dos butacas.

—McCall trabaja para Asuntos Internos.

—Supongo que lo debe de haber organizado el capitán Vincent —susurró Quintana, con aspecto muy intranquilo—. Creo que esto deja muy claro que sospechan que tú eres el policía que ha matado a esos siete delincuentes.

—Así es.

—¿Estás seguro de lo de McCall?

—Sí. Esta mañana descubrí el expediente que tiene sobre mí.

—¿Dónde?

—En su casa —confesó Linc, sin pestañear.

—Esta mañana... Dado que todos estamos de permiso hoy, imagino que no estabas allí para trabajar... —comentó Quintana. Cuando Linc guardó silencio, sacudió la cabeza—. Ya sabía yo lo que estaba pasando entre vosotros desde aquel día que os vi en la escalera...

Linc no quería recordar aquellos momentos de pasión. No quería pensar en Carrie más que como policía.

—El otro día, cuando estuvimos hablando de los asesinatos, me dijiste que habías estado hablando con la capitana de Asuntos Internos.

—Sí, pero la capitana Scott no me dijo que McCall era una de los suyos —respondió Quintana.

Había girado la cabeza y estaba mirando hacia la ventana.

—¿Te mencionó las tarjetas de telepago? —le preguntó Linc.

Al oír aquello, Quintana giró la cabeza rápidamente.

—No. ¿Por qué? —replicó. Rápidamente, Linc le contó lo que Carrie le había dicho—. ¡Maldita sea! Cuando esas tarjetas no están colocadas en un vehículo, están en el fondo de un cajón. Cualquiera tiene acceso a ellas.

—Así es. Teniente, aunque los de Asuntos Internos me consideren inocente, hay otra razón por la que pueden venir detrás de mí. Tienes que saberlo.

—En realidad, no estoy seguro de querer escuchar nada más. Si mis nietos no estuvieran aquí, ya me habría tomado un buen whisky.

—Es sobre *El Escondite*. Como McCall lo sabe, supongo que los de Asuntos Internos lo saben también —dijo. Entonces, explicó cómo había preparado la misión para poder encontrar al asesino de su esposa. A continuación, le habló de Olivia Díaz y de la entrevista que habían tenido con ella—. Si Díaz me llama y me dice dónde está Young, iré a por él.

—Creo que me voy a tomar ese whisky —anunció Quintana. Se

levantó y fue al bar. Allí, sacó dos vasos y sirvió dos copas. A continuación, regresó al lado de Linc—. Toma, Débetelo.

—Teniente —dijo Linc, tras tomarse el whisky de un trago—, McCall sabe que no sabías lo que yo estaba haciendo en ese bar, por lo que no se te culpará de nada. Yo asumo todas las responsabilidades, pero quería que lo supieras para que no te pille desprevenido.

—Maldita sea... —susurró Quintana, también después de haberse tomado el whisky— no me supone ningún problema que hayas querido ir a por el canalla que mató a Kim, pero me gustaría que no hubieras implicado al alcalde cuando lo preparaste todo.

—Necesitaba que la investigación fuera una prioridad.

—Pues lo conseguiste —replicó Quintana. Entonces, estuvo en silencio durante unos instantes—. Bueno, ya conoces quién mató a Kim y a través de esa Olivia Díaz, tienes una manera de encontrarlo. Ya no necesitas la tapadera del bar. Prepararé la redada para el lunes por la noche. Siempre has hecho un buen trabajo y además, todo lo que habéis descubierto en la redada supondrá que esta ciudad será un lugar mejor para vivir. Por eso, si los de Asuntos Internos se te echan encima por el modo en el que has preparado la operación, yo te respaldaré.

—Gracias, teniente.

Los dos hombres se levantaron y se dieron la mano.

—Te agradezco mucho que me hayas advertido sobre todo esto. Por cierto, McCall necesita tomar parte en la redada, dado que puede ayudar a identificar a los sospechosos. ¿Podrás soportar estar con ella una vez más sabiendo lo que sabes ahora?

—Haré lo que haga falta —prometió Linc.

Carrie hizo de tripas corazón y pasó el día de Acción de Gracias sin que nadie de la familia se diera cuenta del torbellino que le bullía en su interior. Después, se marchó a casa, se encerró en su dormitorio y empezó a repasar los informes de los asesinatos del

Vengador. En aquellos momentos, a últimas horas del domingo, aún seguía tumbada sobre la cama, estudiando los informes con decisión. Tanta concentración la ayudó a no pensar en Linc. Más o menos.

Cuando se tomaba un respiro, no podía evitar que la mente volara. Consideró llamarlo en varias ocasiones e incluso pasarse por su casa, pero desechó ambas ideas. Dijera lo que dijera, Linc no la creería.

«Me has hecho sentirme vivo, Carrie. Me has hecho sentirme vivo cuando, durante mucho tiempo, lo único que quería era morir».

El recuerdo de aquellas palabras la hizo echarse a llorar. Con aquellas palabras le había dicho lo profundo que eran sus sentimientos por ella. Las caricias que le había entregado durante aquella noche habían sido la confirmación de esas palabras.

El arrepentimiento volvió a resurgir dentro de ella. Lo amaba y tal vez lo había perdido para siempre por haberle ocultado la verdad. Ya nada de lo que pudiera decirle cambiaría ese hecho. Sin embargo, sí podría demostrarle que había sido sincera cuando le dijo que creía que era inocente de los crímenes del *Vengador*. Para hacerlo, tenía que encontrar al policía que les había metido una bala en la cabeza a los siete criminales. Un policía que posiblemente, tenía la intención de hacer que Linc pareciera responsable de esos asesinatos. Aquel pensamiento la tranquilizó un poco.

Una vez más, volvió a examinar los informes de los asesinatos. Recordó que Bran, su hermano mayor, que había trabajado durante dos años en Homicidios, le había dicho en innumerables ocasiones que el primer asesinato era muy importante en los casos de asesinos en serie. En general, el asesino era menos cuidadoso en su primer delito. Un asesino, como ocurre con cualquier cosa en la vida, se va perfeccionando con el tiempo y aprende a preparar mejor sus delitos y a planearlo todo más cuidadosamente.

Carrie volvió a repasar el informe del primero de los asesinatos y frunció el ceño cuando nada le llamó la atención. Aquel asesinato no

tenía fallo alguno. Si *el Vengador* había cometido algún error, había sabido encubrirlo muy bien.

¿Podría ser que aquél no fuera su primer asesinato?

Cuando se le asignó el caso, se le entregaron copias de los informes que se creía que había cometido *el Vengador*. El primero ocurrió poco después de que Linc fuera destinado a la UES, sólo después de que su esposa hubiera sido asesinada. ¿Sería posible que hubiera habido asesinatos que hubieran ocurrido antes de la muerte de Kim y que tuvieran el mismo modus operandi? ¿Crímenes similares en los que las víctimas no tuvieran expediente en la UES? ¿Víctimas con las que Linc jamás hubiera tenido contacto? ¿Se habría molestado alguien en comprobarlo?

Presa de la excitación, Carrie agarró el teléfono.

A las nueve y media de la mañana siguiente, Linc estaba con un grupo de policías en la sala de reuniones del Centro de Entrenamiento del Departamento de Policía. Sentía que alguien lo estaba observando. Al ver a Carrie al lado de la puerta, sintió que se le hacía un nudo en el estómago. En aquel momento, Linc no deseó nada más que poder quitarle la ropa y volver a perderse en ella. Y eso que se había pasado horas diciéndose que no deseaba a una mujer que lo había engañado tan completamente.

Arrojó la taza de café al cubo de la basura y se dirigió hacia la puerta. De cerca, vio que ella tenía ojeras y una palidez poco natural en las mejillas.

Sintió una malintencionada satisfacción al pensar que tal vez Carrie se había desvelado tanto como él pensando en lo que había ocurrido entre ambos.

— ¿Puedo hacer algo por ti, McCall?

— Tenemos que hablar.

— Pensaba que ya lo habíamos hablado todo la otra mañana.

— Creo que ya sé quién es *el Vengador* —susurró, con tono urgente

—. Estoy aquí porque si tengo razón, es un policía muy cercano a ti.

Si quiere hacerte parecer culpable, puede hacerlo. Fácilmente.

—Vamos a hablar.

Linc la agarró del brazo y minutos más tarde, se acomodaban los dos en las sillas de una sala vacía.

—Ya me he disculpado por el modo en que manejé lo ocurrido entre nosotros. Fui muy sincera al respecto, igual que cuando te dije que te había tachado de mi lista de sospechosos hacía mucho tiempo. Por eso, he estado repasando una y otra vez los informes que me dieron cuando me encargué del caso. No hacía más que pensar que había pasado algo por alto. Que si examinaba con el suficiente cuidado los informes, lo vería. Anoche, comprendí por fin que tal vez no tenía todos los informes. Que cuando los de Asuntos Internos se centraron en ti, ya no vieron nada más. Nadie se preocupó por ver si *el Vengador* había asesinado antes de la muerte de Kim. Ha resultado que yo tenía razón.

—¿Hay más? —preguntó Linc, atónito—. Yo investigué y descubrí sólo siete.

—Tú sólo miraste a las víctimas que tenían expediente en la UES, ¿verdad?

—Sí.

—Yo he hecho que los de Homicidios repasen todos los asesinatos sin resolver en los que la víctima muriera de un tiro en la cabeza. Encontraron uno que no había sido incluido en la lista. El asesinato de un ladrón profesional llamado Eby.

—Eby... No me suena.

—No tiene expediente en la UES, lo he comprobado. Eby fue asesinado en un callejón. No hay testigos ni pruebas. A juzgar por su historial delictivo, la persona que lo mató evitó que cometiera muchos más delitos. Eby era mucho más que un ladrón. Hace unos cinco años, lo arrestaron acusado de un homicidio triple, pero salió libre por un tecnicismo. Las víctimas eran un hombre, su esposa y el hijo pequeño. Todos murieron por disparos en la cabeza en el

restaurante del que el hombre era dueño. El policía que lo arrestó lo vinculó con los asesinatos porque un confidente le dio parte de la matrícula del coche de Eby. Todas las partes consideraron que la detención había sido en toda regla, pero el abogado defensor encontró algo en contra del modo en el que el policía había utilizado la información que le dio ese confidente. No conozco muy bien los detalles, pero el juez retiró los cargos.

—Algo muy difícil de entender, especialmente para el policía.

—Así es. Años más tarde, el nombre de Eby surgió como sospechoso en el asesinato de una anciana, a la que dieron una paliza y dispararon en la cabeza. Poco después, Eby fue encontrado muerto en un callejón. Dos días más tarde, el policía que arrestó a Eby por el triple homicidio se convirtió en el jefe de la UES. A partir de entonces, los delincuentes que tenían expedientes en esa unidad empezaron a morir por disparos en la cabeza.

—¿Quintana? —preguntó Linc, completamente atónito.

—Nada de esto demuestra que él es *el Vengador*, pero tiene sentido cuando se ponen todos los detalles juntos. ¿Existe animadversión entre vosotros?

—No. Yo le hablé de los asesinatos. Estuve en su casa hablándole del tema el otro día.

—Esta mañana me llamó y me dijo que está preparando la redada del bar para esta noche. Espera que yo esté allí. A juzgar por el tono de su voz, tú le has dicho que yo trabajo para Asuntos Internos, ¿verdad?

—Me imaginé que tú le contarías a tu jefa que yo había preparado lo del bar. Quería que Quintana supiera que él no era responsable de lo sucedido.

—No se lo he dicho a nadie. Ni tengo intención de hacerlo —afirmó Carrie, mirando atentamente a los ojos de Linc—. El modo en el que hiciste que empezara la operación fue muy poco ortodoxo, pero los únicos que van a salir perjudicados son los que lo merecen.

En aquel momento, el teléfono móvil de Linc empezó a sonar. Agradecido por la interrupción, él apretó el botón y respondió.

—Eh, Reilly, ya va siendo hora de que vayas al colegio.

—¿Qué pasa, Nelson? —le preguntó Linc.

—Tu compañera ha llamado antes. Te estaba buscando. Le dije que te lo diría.

—Carrie está aquí conmigo. ¿Algún otro mensaje?

—Una chica llamada Olivia Díaz.

—¿Ha dejado algún mensaje?

—Empezó a hablarme de un tipo llamado Frank. Entonces, se acercó Quintana y cuando vio los nombres que yo había anotado, me dijo que él se ocuparía de la llamada. Si lo quieres, aún tengo el número de esa chica.

—Sí. ¿Sigue el teniente ahí?

—Lo vi marcharse justo después de colgar el teléfono. Parece que iba a comer temprano para poder ir al gimnasio.

Linc cortó la llamada y le contó a Carrie lo que Nelson le había dicho al mismo tiempo que marcaba el número de Olivia. Un minuto más tarde, consiguió hablar con ella. La conversación que tuvieron fue breve y preocupante.

—Me ha dicho que le dio a Quintana la dirección del lugar en el que se aloja Young —le relató a Carrie—. Me voy ahora mismo.

—Nos vamos ahora mismo —lo corrigió Carrie. Se levantó de la silla como por un resorte y se fue poniendo el abrigo mientras avanzaban por el pasillo—. Supongo que Quintana sabe lo de Young, ¿no? Sabe que mató a Kim.

—También se lo dije —confesó Linc, con una maldición.

Linc se fue a firmar su salida del Centro de Entrenamiento mientras que Carrie llamaba al gimnasio de Quintana.

—La recepcionista me ha dicho que escaneó su tarjeta hace una media hora —le dijo a Linc cuando volvieron a reunirse—. Aún no lo ha visto marcharse —añadió, mientras salían al exterior y se dirigían

al todoterreno de Linc—. Le he dicho que lo llame al busca, pero nada. Ha enviado a un preparador a buscarlo. Por lo que ellos han podido averiguar, Quintana no está allí.

—Según Olivia Díaz —añadió Linc, tras arrancar el poderoso motor del vehículo—, Quintana dijo que me llamaría y me daría la localización de Young. No lo ha hecho, lo que significa que va a por Young. Si Quintana es *el Vengador* y está tratando de atribuirme los crímenes, lo va a conseguir cargándose al tipo que mató a mi esposa.

—Entonces, si estamos en lo cierto, tenemos que encontrar a Young antes que él —concluyó Carrie—. ¿Por qué tú, Linc? Si no hay mala sangre entre Quintana y tú, ¿por qué quiere inculparte?

—No lo sé. Además, ahora, mírame. Estoy llevándome por delante a todos los coches para poder salvar la vida del tipo que mató a mi esposa. Explícamelo.

—Paso. Mi récord a la hora de explicarte las cosas no es demasiado impresionante.

—Es cierto...

Linc la miró de soslayo. En los días que habían pasado desde que supo la verdad, la furia que sentía hacia Carrie había ido disminuyendo. Aún no había conseguido poner en orden los sentimientos que tenía hacia ella, pero tenía que admitir que resultaba agradable volver a tenerla a su lado. Muy agradable.

Capítulo 16

Carrie sacó la pistola de la funda cuando Linc apartó el todoterreno cerca de la calle en la que Olivia Díaz había dicho que encontrarían a Young. Habían recorrido la zona, pero no habían visto el coche de Quintana. Carrie sabía que el hecho de que él fuera *el Vengador* sólo era una teoría sin pruebas concretas que la sostuvieran, como lo era el hecho de que pensarán que podría ir detrás de Young. Podría haber dado la casualidad de que estuviera en la ducha cuando estuvieron tratando de localizarlo. Miró a Linc y se preguntó qué estaría sintiendo ante la perspectiva de arrestar por fin al asesino de su esposa.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó mientras se metía la pistola en el bolsillo del abrigo.

—Sí. Vamos.

—No hay ningún coche aparcado frente a la casa, por lo que no podemos saber con seguridad si hay alguien dentro.

—Yo me ocuparé de la parte delantera —dijo Linc—. Tú ocúpate de la trasera por si a Frank se le ocurre huir por ahí.

Carrie se encaminó hacia la parte trasera. Se encontró con unos cubos de basura justo cuando captó movimiento en el garaje. Se agachó detrás de los cubos y con un nudo en la garganta, vio a Quintana dirigiéndose desde el garaje hasta la puerta trasera.

La joven sacó su arma y el teléfono del cinturón. Marcó el número de teléfono de Linc y susurró:

—El teniente está aquí. Garaje.

Observó cómo Quintana se asomaba por la ventana de la puerta y

que entonces, extraía una pistola del bolsillo. En el momento en el que él entró por la puerta, Carrie se dirigió a toda velocidad hacia el garaje y se pegó contra la pared que quedaba al lado de la puerta. Vio que Linc aparecía por el lateral de la casa al tiempo que Quintana rugía:

—¡Vas a morir, Young!

Completamente segura de que Quintana estaba a punto de meterle una bala en la cabeza a Young, Carrie abrió la puerta de par de par.

—¡Quieto!

Carrie vio a un hombre con las manos levantadas, el rostro muy pálido y los ojos llenos de terror. Reconoció inmediatamente a Frank Young, no sólo por la fotografía que había visto, sino también por el tatuaje. Quintana estaba enfrente de Young, apuntándolo con su pistola.

—¡Tira la pistola! —repitió—. No va a morir nadie.

—Tiene razón —afirmó Linc, entrando en ese momento por la puerta—. Tira la pistola, teniente.

—¿Es policía? —preguntó Young, atónito—. ¡Ha entrado en mi garaje y me ha dicho que yo estaba muerto! Es mejor que lo arresten.

—Mantén la boca cerrada —le espetó Linc a Young, dedicándole una mirada amenazadora.

Carrie se preguntó durante un instante si el marido apenado sustituiría al policía. «No». Linc sabía muy bien cómo separar sus emociones. Se dirigió a Quintana.

—Teniente, sé por qué has hecho lo que has hecho. Vi las fotos de esa familia que Eby mató en el restaurante —dijo, con voz muy tranquila. Al escuchar el nombre de Eby, Quintana levantó la barbilla—. Comprendo por qué mataste a Eby —repitió mientras avanzaba lentamente hacia él—. Y a los otros. Eran basura. Has salvado a muchas personas inocentes, pero ya ha llegado el momento de parar. Tienes que parar. Tira la pistola y...

—¡Quieta! —rugió Quintana—. Ese niño del restaurante... Tenía el cabello rubio, igual que mi nieto el mayor. Se parecía a él. Estaba tumbado allí, con una bala en la cabeza...

—Lo sé —susurró Carrie.

—¡El arresto de Eby fue legal! —exclamó Quintana, con la respiración muy acelerada—. Lo hice todo según el manual. Entonces, un maldito abogado consiguió que lo absolvieran y Eby siguió matando.

—Tú lo detuviste —dijo Linc—. Se lo merecía, pero no puedes hacer lo mismo con todos...

—¡Matar a Eby era el único modo de compensar a ese niño! El único modo en el que se haría justicia para él... —dijo. Levantó de nuevo la pistola y empezó a apuntar a Young al tiempo que realizaba espasmódicos movimientos. Carrie se maravilló de que la pistola no se disparara—. ¿Sabes quién es este tipo, Reilly?

—Lo sé —respondió Linc. Intercambió una mirada con Carrie y dio un paso lateral hacia Young. Su intención era acercarse al delincuente lo bastante como para poder tumbarlo en el suelo y así apartarlo del cañón de la pistola de Quintana.

—¿Quieres hacer justicia para Kim? —le preguntó el teniente.

—Esa es mi intención —respondió Linc—. Baja el arma y le pondré las esposas a ese canalla para poder llevarlo a la cárcel.

—¿Crees que paró con Kim? —continuó Quintana—. ¿Crees que después de torturar, violar y asesinar a tu esposa hace dos años Frankie dejó de divertirse?

Young pareció comprender de lo que estaban hablando. Levantó los brazos para cubrirse un rostro muy pálido.

—¡Yo no toqué a tu esposa!

—¡Dispárale, Reilly! —le ordenó Quintana—. McCall está muy colada por ti, por lo que no te delatará. Estoy seguro de ello. Mata a ese cerdo y todos guardaremos el secreto.

—¡Sois policías! —aulló Young—. ¡No podéis matarme!

—¡Cállate! —rugió Quintana. Entonces, dedicó a Linc una mirada de hostilidad—. ¿A qué viene esta actitud? Te has pasado dos años tratando de encontrar a esta escoria. Has arriesgado tu carrera creando una misión sólo para encontrarlo. ¿Y para qué? ¿Para que puedas ir a la tumba de Kim a decirle que has dejado que este maleante se marche de paseo?

—El corredor de la muerte no es ningún paseo.

—Tampoco es justicia. La justicia se administra con una pistola. Sin jurado. Sin juicio. Ésa es la única manera de evitar que un maldito juez lo vuelva a poner en las calles. Sé que piensas que traté de hacer que tú parecieras culpable, Reilly. No es así. Las cosas simplemente salieron de esa manera.

—¿Y por eso mataste a Dell en Tulsa el fin de semana que yo estaba cerca? —preguntó Linc—. ¿Por qué si no, utilizaste una tarjeta de telepago de las que tienen asignadas la UES?

—¡Maldita sea! ¡Yo no sabía que ibas a ir a ver a tus suegros ese fin de semana! Si lo hubiera sabido, habría esperado. En cuanto a lo de la tarjeta, no me había dado cuenta de que la tenía en el maletín —comentó, con una risotada impregnada de pánico—. Pagué el peaje con dinero, sin saber que tenía la tarjeta electrónica. No me di cuenta hasta que regresé de Tulsa. En teoría, los lectores de códigos sólo pueden leer un pase si está sobre el parabrisas. Sólo me quedó esperar que fuera así. Cuando me dijiste que McCall trabajaba para Asuntos Internos y que habían encontrado lo de las tarjetas de telepago, decidí que tenía que hacer algo para quitárnoslo de encima. Cuando esa Díaz llamó esta mañana, vi el modo de conseguirlo. Tú estabas realizando un curso con otros policías, por lo que tenías coartada. En lo que respecta a mí, estaba en el gimnasio y lo sabía todo el mundo. Si este canalla moría del mismo modo que los otros, tu coartada te dejaría limpio. Yo también estaría cubierto, por lo que ni siquiera me investigarían. Como los de Asuntos Internos no tendrían ningún otro sospechoso, cerrarían el caso.

—Eso ya no va a servir de nada, teniente. Tira la pistola —insistió Linc.

—Reilly, por el amor de Dios... ¡Dispárale! —le ordenó Quintana, con los ojos llenos de pánico—. Diremos que trató de escapar. Nosotros guardaremos silencio sobre lo que sabemos. Todo saldrá bien...

Carrie agarró con fuerza la pistola y se acercó un poco más.

—Dame tu arma, teniente —dijo, con suavidad—. Trataremos de...

Carrie captó movimiento por el rabillo del ojo. Se dio la vuelta a tiempo para ver que Young se abalanzaba sobre una caja de herramientas. Los destornilladores y las llaves inglesas cayeron al suelo. Entonces, Young levantó el brazo. Tenía una pistola.

—¡Está armado! —gritó Linc.

Sus palabras se vieron subrayadas por un disparo.

Carrie sintió un golpe en el brazo derecho, lo que provocó que su pistola saliera volando. El miedo se apoderó de ella. Desesperadamente, buscó un lugar en el que esconderse. Lo encontró detrás de un montón de cajas.

Se escuchó otro disparo. Entonces, el silencio la envolvió por completo.

—¡Carriel

Linc estaba vivo. Con mucha cautela, se levantó y se asomó desde detrás de las cajas.

—Estoy bien —dijo.

Vio que Quintana estaba tumbado de espaldas, con el rostro dirigido hacia ella. En sus ojos tenía la misma mirada vidriosa que ella había visto en otros cadáveres. Tenía una mano sobre el pecho. La otra estaba extendida sobre el suelo, vacía. Carrie examinó la zona, pero no pudo localizar la pistola.

Vio la suya justo detrás de ella. Cuando la agarró, el dolor le atenazó el brazo. Bajó los ojos y vio que le caía un hilo de sangre por

debajo de la manga. Un pequeño agujero atravesaba la manga de su abrigo. El golpe que había sentido en el brazo había sido la bala que Young había disparado. Seguramente la había rozado a ella para luego dar a Quintana.

Se asomó un poco más y comprobó que el cuerpo de Young estaba sobre la caja de herramientas. La pistola le colgaba por el gatillo del dedo índice de la mano derecha.

Con una patada, Linc le quitó el arma sin dejar de apuntarlo. A continuación, le apretó dos dedos contra el cuello. El hecho de que no hiciera intención de esposarlo significaba que Young estaba muerto.

Carrie se puso de pie con la intención de ver cómo estaba Quintana. Al hacerlo, empezó a ver pequeños puntos negros dándole vueltas delante de los ojos. Linc se acercó rápidamente a ella.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Creo que el teniente está muerto.

Linc se agachó y le tomó el pulso.

—Sí —susurró. Se enfundó su arma y se pasó una mano por el rostro—. ¡Maldita sea...!

—Es mejor que llames...

—Ya lo he hecho. Pedí refuerzos en el momento en el que tú viste a Quintana —respondió Linc—. Supongo que no tuvo tiempo de mirar en la caja de herramientas de Young.

—Linc, sé que no viniste aquí con la intención de disparar a Young —afirmó ella. Se apoyó contra las cajas para no caerse—. Hiciste lo que tenías que hacer.

—Sí. De otro modo, los dos estaríamos muertos —repuso él. Cuando se levantó y se dio la vuelta, se percató de la situación—. ¡Oh, Dios mío! ¡Estás herida!

—Creo... creo que sólo es un arañazo.

—¡Maldita sea, McCall! Un disparo es un disparo —le quitó la pistola de la mano y la obligó a sentarse en el suelo. A continuación, se agachó delante de ella y utilizó la bufanda para realizarle un

torniquete en el brazo—. ¿Habías pensado en desangrarte antes de decirme que estabas herida?

Los bruscos movimientos que Linc estaba realizando le provocaron un dolor casi insoportable. Contuvo el aire y sintió cómo el sudor le cubría la frente.

—Reilly... sé... que sigues... muy enfadado conmigo, pero... ¿podrías tener un... poco más de... cuidado?

—Lo siento —susurró él. Le colocó una mano en la mejilla—. Lo siento.

Carrie sintió en el pecho una emoción al ver una mirada en los ojos de Linc que no pudo interpretar. Estaba enamorada de él. Quería desesperadamente una oportunidad para intentar que él aceptara su amor, pero sabía que no podía forzarlo.

Linc se apartó de ella en el momento en el que dos agentes de policía entraron por la puerta. Les mostró su placa y les ordenó que pidieran una ambulancia por radio. Entonces, se volvió para mirar a Carrie con una expresión muy seria en el rostro.

—Tienes razón en una cosa, McCall —dijo.

—¿En qué?

—Sigo muy enfadado contigo.

Capítulo 17

Aquella noche, Linc se sentó sobre la mesa de la sala de interrogatorios de la UES y miró a Carrie. La fatiga le ensombrecía los ojos y para gusto de él, tenía las mejillas demasiado pálidas. El cabestrillo negro aumentaba el aura de vulnerabilidad.

Aquella era la primera vez que estaban a solas desde que los enfermeros de la ambulancia la sacaron del garaje. Cualquier agente de policía implicado en un tiroteo tiene que entregar su arma, además de realizar media docena de entrevistas y montón de papeleo. Carrie y él estaban suspendidos hasta que Homicidios y Asuntos Internos completaran sus investigaciones sobre las muertes del teniente Quintana y de Frank Young.

Linc sentía un profundo remordimiento por la muerte de su jefe. Aunque Quintana había cruzado la línea del deber, Linc no podía pensar en él como un monstruo. En cuanto a Frank Young, sólo era escoria humana. Linc no sentía ningún remordimiento por haberlo matado. Young había asesinado a Kim y si él no hubiera reaccionado, su siguiente disparo podría haber acabado también con la vida de Carrie.

—Young te disparó hace once horas, McCall —dijo—. Deberías estar en tu casa. En la cama.

—Sólo ha sido un arañazo —lo corrigió ella—. Además, me voy a marchar dentro de unos minutos. Sólo quería terminar esto —añadió, señalando el expediente de la redada de *El Escondite*.

La redada se había efectuado poco antes y se había saldado con un gran número de arrestos, cientos de objetos robados, drogas...

Como estaban suspendidos, Carrie y Linc no pudieron participar, por lo que observaron la redada desde una de las furgonetas.

— Ese informe es muy entretenido — comentó Linc.

— Así es. Aparte de Howard Klinger, esta noche se han realizado cuarenta y nueve arrestos.

— Habrían sido cincuenta si tú les hubieras permitido que se llevaran al vaquero.

— No habría estado bien. Lo único que teníamos en contra de West Williams era que había estado en posesión de un objeto robado, la pulsera que le compró a Klinger. Si yo no hubiera insistido en lo mucho que me gustaba el de Yolanda, él jamás lo habría comprado.

— Supongo que ahora su único problema será superar el hecho de que le has mentado — repuso Linc.

Reconoció que el vaquero y él tenían eso en común.

— ¿Vas a dejar de estar enfadado conmigo alguna vez, Reilly?

— No lo sé, pero lo he estado pensando — contestó él.

En realidad, no había podido pensar en otra cosa desde que la vio pálida y temblorosa en el garaje.

— ¿Te gustaría compartirlo conmigo?

— En otra ocasión. Ahora, márchate a casa, McCall. Métete en la cama y descansa ese brazo.

— El médico me ha dado analgésicos, por lo que lo tengo perfectamente. Lo que necesito es resolver las cosas contigo, por lo que empezaré diciendo que he llamado a la capitana Scott mientras estaba en el hospital y le he pedido el traslado de Asuntos Internos.

— ¿Por qué?

— No me gusta mentir a las personas a las que aprecio.

— ¿Significa eso que me aprecias?

— Sí.

— Me alegro, porque yo también te aprecio a ti — afirmó él.

Extendió la mano y le colocó un dedo debajo de la barbilla. Los ojos azules de Carrie se centraron en él como si fueran un láser.

—¿De verdad?

—Sí. En realidad no lo había comprendido hasta que terminamos en ese garaje. Admito que cuando Young te disparó, no pensé en cómo te sentías.

—¿No?

—Mientras te hacía el torniquete, lo único que hacía era preguntarme cómo me sentiría yo si esa bala te hubiera dado en un órgano vital. En cómo me sentiría yo si te murieras. Como Kim...

—¿Y cómo te sentirías, Linc?

—Destrozado —contestó. Entonces, empezó a acariciarle el labio inferior con el dedo pulgar—. Ya perdí una mujer que amaba, Carrie. No quiero volver a pasar por lo mismo.

—¿Tú... me amas? —preguntó ella, con voz temblorosa.

—Sí —confesó él. Hizo un mal gesto cuando vio que Carrie se apartaba de sus caricias y se levantaba con la mirada inescrutable—. No parece que te alegres mucho de oírlo.

—No es eso. Te mentí. Me acosté contigo sabiendo que había una mentira entre nosotros.

—Eso me dolió mucho —admitió Linc.

—Podría decirte un millón de veces lo mucho que lo siento —musitó ella—. Lo mucho que lamenté no haberte dicho la verdad.

—Carrie, ya lo sé...

—Sé que lo sabes, pero ¿puedes perdonarme de verdad? ¿Volverás a confiar plenamente en mí?

—¿Estás tratando de convencerme para que no sienta lo que siento?

—No, pero necesito saber que no te despertarás una mañana y te arrepentirás de amarme.

Linc se inclinó sobre ella y le agarró el brazo bueno para que se pusiera de pie delante de él.

—Estás observando a un hombre que sabe mucho sobre arrepentimiento. Durante el resto de mi vida, me arrepentiré de no

haber estado con Kim ese día. La amaba y ahora no puedo pensar en ella sin que el arrepentimiento forme parte de esos pensamientos — dijo. Se movió ligeramente encima de la mesa hasta que consiguió colocarse a Carrie entre las piernas—. No quiero tener también que lamentarme por haberte perdido. Si todo termina entre nosotros ahora, así será como piense siempre en ti. Con arrepentimiento.

—No quiero que terminemos —susurró ella, colocándole la mano sobre la mejilla.

—Entonces, veamos a donde nos lleva el futuro. Para hacerlo, vas a tener que confiar en lo que siento por ti, lo que nos devuelve a nuestro problema. La confianza. Cuando descubrí que tú eras de Asuntos Internos, no podía estar seguro de si no me habrías mentido también cuando me dijiste que sentías algo por mí. Hasta hoy, cuando tuve tu sangre sobre las manos, no comprendí que estaba enamorado de ti. Que quería una vida contigo y que iba a tener que confiar en que me decías la verdad cuando afirmabas que sentías algo por mí.

—No era cierto...

—¿Y eso?

—No es toda la verdad. Es mucho más, Linc. Te amo —musitó Carrie, mientras enredaba los dedos en el cabello de Linc—. Creo que me enamoré de ti la primera noche en el bar, cuando el portero nos sorprendió. Me besaste hasta que casi perdí el sentido y me enamoré. Besas muy bien, Reilly.

—¿De verdad? —preguntó él, colocándole las manos sobre las caderas.

—Sí.

—Y yo que pensaba que necesitaba practicar un poco...

Le rodeó el cuello con una mano y atrajo la boca de Carrie hacia la suya. Su cálido y rico sabor le recorrieron todo el cuerpo. Profundizó el beso y le poseyó la boca como si fuera un hombre que se moría de hambre por ella. Y lo era.

Minutos, o tal vez horas después, ella le colocó la mano sobre el hombro y se apartó de él. Tenía una mirada de asombro en los ojos.

— ¿En... en qué estaba yo pensando, Reilly? Besas fatal. Necesitas mucha práctica.

— ¿Quieres acompañarme a casa, McCall? —susurró mientras le mordisqueaba la mandíbula con suavidad—. Podría cuidar de ti entre práctica y práctica.

—Trato hecho. ¿Significa esto que ya no estás enfadado conmigo?

—No, pero creo que estaré loco por ti durante el resto de mi vida —respondió.

Le metió un dedo por debajo del cuello del jersey y empezó a acariciarle suavemente la clavícula.

—Eso es mucho tiempo —comentó ella, temblando con sus caricias.

—Tal vez tú me podrías ayudar a recuperar la cordura.

—Creo que eso me llevaría el resto de mi vida.

—En ese caso, parece que los dos tendremos este problema durante mucho tiempo, McCall.

—Yo encantada, Reilly.

Fin